

The background of the cover is a painting of a coastal landscape. It shows a rugged, light-colored cliffside on the left that drops down to a dark blue sea. The sky is a pale, hazy blue. The overall style is somewhat impressionistic, with visible brushstrokes and a muted color palette.

Joseph

Conrad

La posada de
las dos brujas
y otros relatos

Lectulandia

Escritas entre 1897 y 1915, tres de las cuatro narraciones de Joseph Conrad (1857-1924) incluidas en el presente volumen se hallan unidas por la técnica del relato dentro del relato. El misterio anima «LA POSADA DE LAS DOS BRUJAS», ambientada en la costa vasca española durante la Guerra de la Independencia, y flota también alrededor de «El socio», cuyo personaje principal es un pintoresco capataz de estibadores del puerto de Londres. Los sucesos que acompañan a la accidentada travesía que constituye el hilo argumental de «Juventud» están relatados por el mismo capitán Marlow que reaparecerá más tarde en «El corazón de las tinieblas» y en «Lord Jim». «Una avanzada del progreso» es, por su parte, un prodigio de ironía acerca de la explotación de África por parte de los europeos.

Lectulandia

Joseph Conrad

**La posada de las dos brujas y otros
relatos**

ePub r1.1

Titivillus 09.01.15

Título original: *The Inn of the Two Witches & Youth & The Partner & An Outpost of Progress*

Joseph Conrad, 1915

Traducción: Javier Alfaya

Traducción: Barbara McShane

Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus

El libro es una recopilación de los siguientes relatos: La posada de las dos brujas: Un hallazgo (The Inn of the Two Witches 1915), Juventud (Youth 1902), El socio (The Partner 1915) y Una avanzada del progreso (An Outpost of Progress 1897)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Índice

- La posada de las dos brujas: Un hallazgo
- Juventud
- El socio
- Una avanzada del progreso

La posada de las dos brujas

Un hallazgo

Este relato, episodio, experiencia —como ustedes quieran llamarlo— fue narrado en la década de los cincuenta del pasado siglo por un hombre que, según su propia confesión, tenía en esa época sesenta años. Sesenta años no es mala edad a menos que la veamos en perspectiva, cuando, sin duda, la mayoría de nosotros la contempla con sentimientos encontrados. Es una edad tranquila; la partida puede darse casi por terminada; y manteniéndonos al margen empezamos a recordar con cierta viveza qué estupendo tipo era uno. He observado que, por un favor de la Providencia, muchas personas a los sesenta años empiezan a tener de sí mismas una idea bastante romántica. Hasta sus fracasos encuentran un encanto singular. Y, desde luego, las esperanzas del futuro son una buena compañía, formas exquisitas, fascinantes si quieren, pero —por así decirlo— desnudas, prontas para ser adornadas a nuestro antojo. Las vestiduras fascinantes son, por fortuna, propiedad del inmutable pasado, que sin ellas estaría acurrucado y tembloroso en las sombras.

Supongo que fue el romanticismo de esa avanzada edad lo que llevó a nuestro hombre a relatar su experiencia para su propia satisfacción o para admiración de la posteridad. No fue por la gloria, porque la experiencia fue de un miedo abominable, terror, como él dice. Ya habrán adivinado ustedes que el relato al que se alude en las primeras líneas fue hecho por escrito.

Ese escrito es el Hallazgo que se menciona en el subtítulo. El título es de mi propia cosecha (no puedo llamarlo invención) y posee el mérito de la veracidad. Es de una posada de lo que vamos a tratar aquí. En cuanto a lo de brujas, es una expresión convencional y tenemos que confiar en nuestro hombre en cuanto a que se ajusta al caso.

El Hallazgo lo hice en una caja de libros comprada en Londres, en una calle que ya no existe, en una tienda de libros de segunda mano en la última fase de su decadencia. En cuanto a los libros, habían pasado por lo menos por veinte manos y al examinarlos resultó que no valían siquiera la pequeña cantidad de dinero que pagué por ellos. Realmente tuve cierta premonición cuando le dije al librero: «Déme también la caja». El arruinado librero asintió con el gesto trágico y descuidado de un hombre destinado a la extinción.

Un montón de páginas sueltas en el fondo de la caja animó débilmente mi curiosidad. La letra compacta, ordenada, regular no era muy atractiva a primera vista. Pero cuando leí que el escritor tenía en 1813 veintidós años, me llamó la atención. Veintidós años es una edad interesante en la que se es fácilmente imprudente y asustadizo; se reflexiona poco y la imaginación es viva.

En otro lugar, la frase «Por la noche corrimos bordeando la costa» atrajo mi

distraída atención de nuevo porque era una frase de marino. «Vamos a ver de qué se trata», pensé sin mayor entusiasmo.

¡Pero qué aburrido era el aspecto de aquel manuscrito, con sus líneas rigurosamente iguales en su orden cerrado y regular! Parecía el murmullo de una voz monótona. Un tratado sobre la refinación de azúcar (lo más pesado que se me ocurre) hubiera tenido un aspecto más ameno. «En 1813 tenía veintidós años», empezaba con gran seriedad y seguía con una tranquila, horrible dedicación. No piensen ustedes que aquello tenía nada de arcaico. El ingenio diabólico aplicado a la invención, aunque es viejo como el mundo, no es un arte perdido. Piensen en los teléfonos, que se encargan de destrozarse la escasa tranquilidad de espíritu que nos es dada en el mundo y en el poco tiempo que precisa una ametralladora para arrancarnos la vida del cuerpo. En nuestros días cualquier vieja bruja de vista nublada, con fuerza suficiente para manejar una pequeña manivela insignificante, podría tirar por tierra a un centenar de jóvenes de veinte años en un abrir y cerrar de ojos.

¡Si esto no es el progreso!... ¡Qué enormidad! Hemos adelantado, y por tanto deben esperar ustedes una cierta ingenuidad en la invención y una sencillez en la intención que pertenecen a una época remota. Es seguro que algún automovilista encontrará hoy una posada semejante. Ésta, la del título, se encontraba en España. Lo descubrí por evidencia interna, porque faltaban un buen número de páginas del relato: tal vez no fueran una gran pérdida. El escritor parecía haber entrado en elaborados detalles del porqué y del cómo de su presencia en aquella costa, se supone que la septentrional de España. Su relato, sin embargo, nada tenía que ver con el mar. Colijo que era oficial a bordo de una corbeta. Nada hay de particular en ello. En todas las etapas de nuestras largas guerras peninsulares muchos de nuestros más pequeños barcos de guerra cruzaban por la costa norte de España, el sitio más peligroso y desagradable que se pueda imaginar. Parece que su navío tenía alguna misión especial que cumplir. Se podía esperar de nuestro hombre una cuidadosa explicación de todas las circunstancias, pero, como ya he dicho, algunas de las páginas (que por cierto eran de papel muy fuerte) faltaban: fueron aprovechadas como etiquetas de botes de confitura o empleadas en escopetas de caza por la irreverente posteridad. Pero es evidente que las comunicaciones con la orilla, e incluso el envío de mensajes hasta el interior, formaba parte de su servicio, ya fuera para obtener informes o para transmitir órdenes a los patriotas españoles, a los *guerrilleros* ^[1] o las *justas* secretas de las provincias. Debía de ser algo de ese tipo. Eso es al menos lo que puede deducirse de lo que queda de aquel concienzudo escrito.

Le sigue un panegírico de un excelente marino, miembro de la tripulación del barco, que tenía el grado de patrón del bote del capitán. A bordo se le conocía por Cuba Tom; no porque fuera cubano; por el contrario, era el mejor ejemplar de genuino lobo de mar británico de la época y llevaba sirviendo muchos años en la

marina. Su nombre procedía de ciertas maravillosas aventuras que había tenido en la isla en su juventud, aventuras que eran el tema favorito de los largos relatos que acostumbraba a contar a sus camaradas al anochecer, bajo el palo de proa. Era inteligente, muy fuerte y de probado valor. Nos cuenta, de modo incidental, tan exacto es nuestro narrador, que Tom tenía la que, por su espesor y longitud, era la más hermosa trenza de la Flota. Ese apéndice, que cuidaba con esmero y mantenía envuelto en una piel de marsopa, le caía hasta la mitad de su ancha espalda para mayor admiración de los espectadores y gran envidia de algunos.

Nuestro joven oficial se extiende sobre las varoniles cualidades de Cuba Tom con cierto afecto. Este tipo de relación entre un oficial y un marinero era entonces bastante frecuente. Al joven que se alistaba en el servicio se le ponía bajo la tutela de un marinero de confianza, que le extendía su primera hamaca y, con frecuencia, se convertía en el humilde amigo del joven oficial. Al embarcar en la corbeta, el narrador se había encontrado a bordo con ese hombre después de algunos años de separación. Hay algo de conmovedor en el cálido placer con que recuerda y nos cuenta su encuentro con el mentor profesional de su adolescencia.

Descubrimos que, como no aparecía ningún español para el servicio, fue elegido ese digno marinero de la trenza sin par y de carácter valeroso y firme para servir de mensajero en la misión al interior de la que hemos hablado anteriormente. Los preparativos no fueron laboriosos. Una sombría mañana de otoño la corbeta se adentró en una ensenada poco profunda, por donde se podía alcanzar fácilmente aquella rocosa costa. Lanzaron al agua un bote, que condujo Tom Corbin (Cuba Tom) situado en la proa y en que fue nuestro joven (señor Edgar Byrne era el nombre que tenía en este mundo) sentado en la cámara.

Unos cuantos habitantes de una aldea, cuyas casas se entreveían a unas cien yardas de distancia desde una profunda ensenada, bajaron hasta la orilla y contemplaron la arribada del bote. Los dos ingleses saltaron a la arena. Fuera por torpeza o asombro, los campesinos no les saludaron y permanecieron en silencio.

El señor Byrne había decidido esperar hasta que Tom Corbin se pusiera en camino. Miró en torno las caras estupefactas.

—Éstos no nos van a decir nada —dijo—. Subiremos a la aldea. Seguramente habrá una taberna donde encontraremos a alguien que nos pueda decir algo y nos dé algunos informes.

—A fe mía, señor —dijo Tom marchando tras su oficial—, que nos vendría bien hablar un poco de caminos y distancias; he atravesado Cuba de parte a parte sin más ayuda que mi lengua, aunque entonces sabía mucho menos español que ahora. Como ellos dicen, sabía «cuatro palabras nada más» cuando me dejó en tierra la fragata *Blanche*.

No le preocupaba la misión que tenía que cumplir, que suponía un viaje de un día

por las montañas. Por cierto que había un día entero de marcha antes de llegar al sendero de la montaña, pero eso no era nada para un hombre que había atravesado la isla de Cuba andando y sin saber más que cuatro palabras del idioma.

El oficial y el marinero caminaban ahora sobre un húmedo lecho de hojas muertas, que los campesinos amontonaban en las calles de su aldea para que se pudrieran durante el invierno y utilizarlas como abono en el campo. Al volver la cabeza el señor Byrne se dio cuenta que toda la población masculina de la aldea les seguía sin ruido sobre la esponjosa alfombra. Las mujeres miraban desde las puertas de las casas y los niños parecían haberse escondido todos. Los aldeanos conocían el barco porque lo habían visto desde lejos, pero ningún extranjero había desembarcado en ese lugar tal vez en cien años, o más. El tricornio del señor Byrne y la espesa barba y la enorme trenza del marinero les llenaban de estupor. Apretaban el paso tras los dos ingleses, mirando de hito en hito como esos indígenas que el capitán Cook descubrió en los mares del Sur.

Entonces vio Byrne por primera vez a un hombrecillo con capa y tocado con un sombrero amarillo que, a pesar de estar descolorido y usado, bastaba para llamar la atención.

La puerta de entrada de la taberna parecía un tosco agujero en una pared de pedernal. El dueño era la única persona que no estaba en la calle, ya que vino desde el oscuro fondo de la taberna donde se distinguían vagamente las hinchadas formas de los pellejos colgados. Era un asturiano alto y tuerto, de mejillas hundidas y mal afeitadas; su grave aspecto contrastaba de modo extraño con la incesante movilidad de su único ojo. Al saber que se trataba de indicar a aquel marinero inglés el camino para que se encontrara con un tal González en las montañas, cerró su ojo sano por un momento como si estuviera meditando. Luego lo abrió, moviéndolo rápidamente de nuevo.

Es posible, es posible. Puede hacerse.

Un murmullo de simpatía surgió entre la gente que estaba en la puerta al escuchar el nombre de González, el jefe local de la lucha contra los franceses. Después de cerciorarse del grado de seguridad en la carretera, Byrne quedó encantado de saber que desde hacía meses no se veía por aquellos parajes a ningún soldado francés. Ni siquiera el más insignificante destacamento de aquellos impíos *polizones*. Al tiempo que daba sus informes, el tabernero sacó vino de un cántaro de barro que colocó ante el hierático inglés, guardando en su bolsillo, con cierta gravedad distraída, la pequeña moneda que el oficial había dejado sobre la mesa, como reconociendo la ley no escrita según la cual nadie puede entrar en una taberna sin tomar algo. Su único ojo se movía continuamente, como si intentara hacer el trabajo de los dos; pero cuando Byrne preguntó si podían alquilar una mula, miró fijamente hacia la puerta donde se apiñaban los curiosos. Frente a ellos, justamente en el umbral, estaba plantado el

hombrecillo de gran capa y el sombrero amarillo. Era una persona distinta, un verdadero homúnculo, dice Byrne; en actitud ridículamente misteriosa, pero a la vez confiada, con un extremo de su capa airosamente sobre el hombro izquierdo, tapándole barbilla y boca, a la vez que el sombrero amarillo de ala ancha colgaba de una parte de su cabeza cuadrada. Estaba allí tomando rapé sin parar.

—Una mula —repitió el tabernero, con sus ojos fijos en aquella figura curiosa y atiborrada de rapé—. ¡No, señor oficial! No hay manera de conseguir una mula en este lugar tan pobre.

El patrón del bote, que en medio de aquella curiosa concurrencia tenía un aspecto de absoluta indiferencia, dijo tranquilamente.

—Si el honorable oficial quiere hacerme caso, mis dos piernas servirán mejor para este trabajo. De todas maneras tendría que dejar la bestia en cualquier parte, puesto que el capitán me ha dicho que la mitad del camino tendré que hacerlo por senderos donde únicamente pueden andar las cabras.

El hombre diminuto dio un paso adelante y habló a través de los pliegues de la capa que parecían disimular una intención sarcástica.

—Sí, *señor*. La gente de esta aldea es demasiado honrada como para tener una sola mula que le sirva a usted. Lo juro. En estos tiempos, solamente los bandidos y la gente astuta disponen de mulos u otros animales de cuatro patas y de medios para mantenerlos. Pero lo que necesita ese valiente marinero es un guía; y aquí, señor, está mi cuñado Bernardino, tabernero y alcalde de esta hospitalaria y muy cristiana aldea, que le encontrará uno.

Eso, según dice el señor Byrne en su relato, era lo único que podían hacer. Después de intercambiar unas cuantas palabras más apareció un joven con un abrigo harapiento y pantalones de piel de cabra. El oficial inglés pagó vino para toda la aldea y mientras los campesinos bebían, él y Cuba Tom partieron acompañados del guía. El hombrecillo de la capa había desaparecido. Byrne acompañó al patrón del bote más allá de la aldea. Quería verlo en camino; y les hubiera acompañado más lejos si el marinero no le hubiera advertido respetuosamente que era mejor que volviera para que la corbeta no tuviera que permanecer más tiempo del necesario cerca de la costa en una mañana tan poco apacible. Sobre sus cabezas se veía un cielo sombrío y borrascoso cuando se separaron y un triste paisaje de matorrales incultos y campos pedregosos les rodeaba.

—Dentro de cuatro días —fueron las últimas palabras de Byrne—, el barco se acercará y enviará un bote, si el tiempo lo permite. Si no es posible, arrégleselas como pueda en tierra y espere a que le vengán a buscar.

—Muy bien, señor —contestó Tom, alejándose a grandes zancadas.

Byrne le vio tomar un estrecho sendero. Con su recia guerrera, sus dos pistolas al cinto, un machete a un lado y un buen garrote en la mano tenía aspecto de fortaleza y

de ser muy capaz de cuidar de sí mismo. Se volvió un momento para hacer un saludo con la mano, mostrando a Byrne una vez más su honesta y bronceada cara de tupidas patillas. El muchacho de pantalones de piel de cabra, que parecía, según Byrne, un fauno o un pequeño sátiro, dando brincos, se detuvo para esperarlo y luego partió con un salto. Los dos desaparecieron.

Byrne volvió hacia atrás. La aldea se escondía en un repliegue del terreno, y el lugar parecía el rincón más solitario de la tierra, maldito en su deshabitada y desolada esterilidad. No había andado ni cien yardas cuando apareció repentinamente detrás del arbusto el hombrecillo español embozado. Naturalmente, Byrne se paró en seco.

El otro hizo un gesto misterioso con una diminuta mano que extrajo de debajo de su capa. Tenía el sombrero muy ladeado.

—*Señor* dijo sin más preliminares—. ¡Cuidado! Todos sabemos que Bernardino el tuerto, mi cuñado, tiene un mulo en este momento en su establo. ¿Y por qué él, que no es astuto, tiene un mulo en su establo? Porque es un bandido; un hombre sin conciencia. Tuve que darle el *macho* para conseguir un techo bajo el que guarecerme y un poco de *olla* para que el alma no se me escapara de este insignificante cuerpo. Pero, señor, este cuerpo tiene dentro un corazón mucho mayor que esa cosa miserable que late en el pecho del bruto de mi pariente, del cual me avergüenzo, aunque me opuse a su matrimonio con todas mis fuerzas. Cuánto sufrió aquella malaconsejada mujer. Tuvo su purgatorio aquí en la tierra. Que Dios le haya perdonado.

Byrne dice que se quedó tan asombrado por la súbita aparición de aquel ser con apariencia de duende y por la sardónica amargura de sus palabras, que fue incapaz de captar lo que de significativo había en esa supuesta historia familiar que le contaba sin motivo ni razón. Al principio no entendió nada. Quedó confundido y al mismo tiempo impresionado por la manera rápida y enérgica con que hablaba, tan diferente de la locuacidad frívola y animada de los italianos. Se quedó mirando al homúnculo, que dejando caer su capa aspiró una inmensa cantidad de rapé que tenía en la palma de la mano.

—Un mulo —exclamó Byrne, entendiendo por fin el aspecto importante del discurso—. ¿Dice que tiene un mulo? ¡Qué extraño! ¿Por qué no quiso dejármelo?

El diminuto español se embozó otra vez con una gran dignidad.

—*Quién sabe* dijo fríamente, encogiendo los hombros—. Es muy *político* en todo lo que hace. Pero de una cosa puede estar seguro su señoría: sus intenciones son siempre las de un bribón. Este marido de mi difunta hermana debería haberse casado hace tiempo con la viuda de las piernas de palo ^[2].

—Ya lo veo. Pero le recuerdo que, fueran cuales fueran sus motivos, su señoría le permitió mentir.

Dos ojos brillantes e infelices situados a cada lado de una nariz de rapaz, miraron a Byrne sin pestañear, mientras decía con esa irascibilidad que se encuentra con tanta

frecuencia en el fondo de la dignidad española:

—Sin duda el señor oficial no perdería ni una onza de su sangre si a mí me dan un golpe bajo la quinta costilla. Pero ¿qué sería de este pobre pecador? —Luego, cambiando de tono: —Señor, las necesidades de estos tiempos me han obligado a vivir aquí exiliado a mí, que soy castellano y cristiano viejo, a vegetar entre estos brutos de asturianos y a depender del peor de ellos, que tiene menos conciencia y escrúpulos que un lobo. Y como soy un hombre inteligente, me conduzco con arreglo a lo que soy. Pero a duras penas puedo disimular mi desprecio. Usted oyó la forma en que hablé. Un caballero como su señoría debió de comprender que ahí había gato encerrado.

—¿Qué gato?, dijo molesto Byrne—. ¡Ah, ya entiendo! Algo sospechoso. No, señor. No adiviné nada. En mi país no sabemos adivinar esas cosas; y por esta razón le pregunto llanamente: ¿ha dicho el tabernero la verdad respecto a otros asuntos?

—Ciertamente no hay franceses en estos lugares dijo el hombrecillo adoptando de nuevo su actitud indiferente.

—¿Ni ladrones?

—*Ladrones en grande*, no, desde luego que no contestó en tono fríamente sentencioso—. ¿Qué les puede quedar después de haber pasado por aquí los franceses? Ya en estos tiempos no viaja nadie. ¡Pero quién sabe! La ocasión hace al ladrón. Además, su marinero tiene un aspecto feroz y las ratas no quieren jugar con el hijo del gato. Pero también hay que decir que adonde hay miel en seguida acuden las moscas.

Estas frases sibilinas exasperaron a Byrne.

—En nombre de Dios —gritó—, dígame usted llanamente si mi marinero está seguro en su viaje.

El homúnculo, sufriendo una de sus rápidas transformaciones, agarró al oficial por el brazo. La fuerza del apretón de su pequeña mano era asombrosa.

—¡Señor! Bernardino se ha fijado en él. ¿Qué más quiere usted? Y escúcheme: ha habido hombres que han desaparecido en esa carretera, en la parte del camino donde Bernardino tenía un *mesón*, una posada, y yo, su cuñado, tenía carruajes y mulas de alquiler. Ya no hay viajeros ni carruajes. Los franceses me han arruinado. Bernardino se ha retirado aquí por razones particulares tras la muerte de mi hermana. Eran tres para atormentarla hasta que se murió, él, Herminia y Lucila, sus dos tías, todos compañeros del diablo. Y ahora me ha robado mi último mulo. Usted es un hombre armado. Póngale una pistola en la cabeza a Bernardino y exíjale el *macho*, señor: no es suyo como le ha dicho, y corra tras su marinero si quiere salvarlo. Y después los dos estarán seguros porque no se ha dado el caso de que dos viajeros desaparezcan juntos en estos días. En cuanto al animal, yo, su dueño, lo confío a su honor.

Se miraron ambos cara a cara y Byrne estuvo a punto de romper en carcajadas al

ver la ingenuidad y transparencia de la trama que había urdido el hombrecillo para recuperar su mula. Pero no le fue difícil mantenerse serio porque sintió en su interior una extraña inclinación a hacer lo que le decía. No se rio, pero sus labios temblaron; con lo cual el diminuto español, desviando sus fulgurantes ojos negros del rostro de Byrne, se volvió con un gesto brusco, envolviéndose en la capa de un modo que parecía expresar a la vez desprecio, amargura y desaliento. Se volvió, pero permaneció quieto, con el sombrero ladeado, embozado hasta las orejas. Aunque no estaba tan ofendido como para rechazar el *duro* de plata que le ofreció Byrne, junto con un discurso poco comprometedor, como si nada fuera de lo normal hubiera pasado entre ellos.

—Debo volver a bordo a toda prisa —dijo Byrne.

—*Vaya usted con Dios* —murmuró el gnomo. Y terminó la entrevista saludando sarcásticamente con el sombrero, que volvió a colocar en el mismo peligroso ángulo que antes.

Tan pronto como la embarcación fue izada a bordo, la corbeta salió a lo largo y Byrne contó toda la historia a su capitán, que era poco mayor que él. Hubo algo de divertida indignación, pero mientras se reían se miraban con seriedad. Un enano español tratando de engañar a un oficial de la Flota de Su Majestad para que robara un mulo para él: demasiado divertido, ridículo, increíble. Tales fueron las exclamaciones del capitán. No podía superar el asombro que le producía aquel grotesco asunto.

—Increíble. Eso es —murmuró Byrne finalmente en tono significativo. Cambiaron una larga mirada.

—Es tan claro como la luz del día —exclamó el capitán con impaciencia, ya que en el fondo de su corazón no estaba seguro.

Y Tom, el mejor marinero del barco para uno, el jovial amigo deferente de la adolescencia del otro, comenzó a adquirir una urgente fascinación, como una figura simbólica de la lealtad que atraía a sus sentimientos y a su conciencia, de manera que no podían apartar de sus pensamientos su seguridad. Varias veces subieron a cubierta para contemplar la costa, como si ésta pudiera decirles algo sobre su suerte. La costa se iba borrando, alargándose en la distancia, muda, desolada y bárbara, velada aquí y allá por los fríos y oblicuos dardos de la lluvia. La marejada del oeste hacía rodar sus interminables y coléricas líneas de espuma y grandes nubes oscuras pasaban sobre el barco en siniestra procesión.

—Ojalá hubiera hecho usted lo que su hombrecillo del sombrero amarillo quería que hiciera —dijo el comandante de la corbeta al atardecer con visible exasperación.

—¿Está usted seguro, señor? —preguntó Byrne lleno de angustia—. Me pregunto qué hubiera dicho usted después. ¡Vaya! Me podrían haber expulsado de la marina por haber robado un mulo perteneciente a una nación aliada de Su Majestad. O me

podrían haber hecho pedazos con trillas y horquillas —un precioso cuento a costa de uno de sus oficiales— al intentar robarlo. O hubiese sido ignominiosamente perseguido hasta el barco; porque supongo que usted no imaginará que iba a disparar contra una gente inofensiva por un mulo sarnoso... Y, sin embargo —añadió en voz baja—, casi me arrepiento de no haberlo hecho.

Antes de que oscureciera los dos jóvenes habían ido entrando en un complejo estado psicológico de desdeñoso escepticismo y alarmada credulidad. Se sentían excesivamente atormentados; y la idea de que aquello tenía que durar seis días por lo menos, y posiblemente prolongarse durante un tiempo indefinido, se les hizo casi insoportable. Así, el barco puso proa a la orilla por la noche. Toda aquella noche borrascosa y sombría la nave avanzó hacia la costa para buscar al marinero, unas veces inclinándose bajo el impulso de las fuertes ráfagas de viento, otras deslizándose perezosamente durante la marejada, casi inmóvil, como si tuviera un espíritu propio que oscilaba con perplejidad entre la fría razón y un cálido impulso.

Al amanecer bajaron un bote, que navegó sacudido por las olas hacia una ensenada poco profunda donde, con considerables dificultades, un oficial que llevaba un recio abrigo y un sombrero redondo atracó sobre un lecho de guijarros.

«Era mi deseo», escribió Byrne, «un deseo que mi capitán aprobaba, atracar, si era posible, en secreto. No quería que me vieran ni mi susceptible amigo del sombrero amarillo, cuyas intenciones no estaban claras, ni el tabernero tuerto, fuera o no compañero del diablo, ni tampoco ningún otro vecino de aquella primitiva aldea. Desgraciadamente, esa era la única ensenada donde se podía atracar en muchas millas; y debido a lo escarpado de la barranca era imposible dar un rodeo para evitar las casas».

«Por fortuna todo el mundo estaba acostado», continúa. «No había apenas luz cuando me encontré pisando aquella espesa capa de hojas húmedas que cubría la única calle. No había un alma ni se oía ladrar a un perro. El silencio era profundo y de ese detalle había deducido asombrado que no había un solo perro en toda la aldea, cuando oí a mi lado un sordo gruñido y vi surgir de un apestoso callejón sin salida entre dos casuchas a un horrible perro vagabundo con el rabo entre las piernas. Me esquivó en silencio, me mostró los dientes corriendo delante de mi y desapareció tan rápidamente que podría haber sido una repugnante encarnación del Maligno. Hubo algo tan espectral en su aparición y desaparición que mi ánimo, ya no muy bueno, se deprimió aún más ante la visión nauseabunda de tal criatura, como si fuera un mal presagio».

Se alejó de la costa sin ser visto, según creyó él, y avanzó valientemente hacia el oeste, contra el viento y la lluvia, por una meseta sombría y desnuda, bajo un cielo de ceniza. A lo lejos, las ásperas y desoladas montañas, con sus cimas escarpadas y peladas, parecían aguardarle amenazadoramente. Al atardecer se encontró bastante

cerca de ellas, pero, en lenguaje marinero, en una posición incierta, hambriento, mojado y cansado por un día entero de marcha continua a través de un terreno abrupto, durante el cual había visto a muy poca gente y no había podido averiguar nada sobre el paso de Tom Corbin. «¡Vamos, vamos!, tengo que seguir», se decía durante las horas de solitario esfuerzo, animado más por la incertidumbre que por un temor o una esperanza definidos.

La escasa luz que había se extinguió rápidamente, dejándole frente a un puente en ruinas. Descendió por la escarpadura, vadeó una estrecha corriente, orientándose por el último destello del agua que corría velozmente, y trepaba por la otra orilla cuando la noche cayó como una venda sobre sus ojos. El viento que azotaba en la oscuridad el costado de la sierra, zumbaba en sus oídos con un rugido continuo, como un mar enfurecido. Creyó haberse extraviado. Incluso a la luz del día era difícil distinguir el camino, entre los baches, los charcos de barro y los rebordes de piedras erizadas de una triste landa sembrada de pedruscos y grupos de arbustos desnudos. Pero, como él dice, «ajustó su marcha a la dirección del viento», con el sombrero hundido hasta los ojos, la cabeza baja, deteniéndose de cuando en cuando más por el cansancio de su espíritu que de su cuerpo: como si no fuera su fuerza, sino su decisión, la que se sintiera agobiada por la tensión de su empeño, que presentía vano, y por la intranquilidad de sus sentimientos.

En una de sus paradas oyó, traído por el viento como desde muy lejos, el sonido de un golpe, un golpe sobre una madera. Se dio cuenta de repente, de que el viento había dejado de soplar. Su corazón empezó a latir tumultuosamente porque estaba bajo la impresión de las desiertas soledades por las que había atravesado en las últimas seis horas: la opresiva sensación de un mundo deshabitado. Al levantar la cabeza, un rayo de luz, ilusorio como sucede a menudo en la densa oscuridad, se movió ante sus ojos. Mientras miraba se repitió el sonido de un débil golpeteo y bruscamente sintió más que vio la presencia de un masivo obstáculo en su camino. ¿Qué era? ¿La falda de una colina? O una casa. Sí. Era una casa que parecía surgida del suelo o como si se hubiera deslizado hacia él, muda y pálida, desde algún oscuro rincón de la noche. Se alzaba altivamente. Le protegía del viento; tres pasos más y hubiera tocado la pared con la mano. Sin duda era una *posada* y algún otro viajero estaba intentando entrar. Escuchó de nuevo el sonido de un prudente golpeteo.

En seguida un ancho rayo de luz atravesó la noche por una puerta abierta. Byrne penetró gustoso en esa zona de luz, mientras que la persona que se hallaba fuera dio un salto y con un grito ahogado desapareció en la noche. Del interior llegó también un grito de sorpresa. Byrne, lanzándose contra la puerta entreabierta, entró, encontrándose con una considerable resistencia.

Una vela miserable, una simple lamparilla, ardía en el extremo de una mesa de madera blanca. Y a su luz Byrne vio a la muchacha, todavía tambaleante, que le había

intentado impedir la entrada. Llevaba una falda corta de color negro y un chal anaranjado; tenía la tez cetrina y los cabellos rebeldes que se escapaban de una masa oscura y espesa como un bosque cogida por una peineta, formaban una niebla oscura en torno a su estrecha frente. Un grito agudo y tristísimo de «¡*Misericordia!*» llegó en dos voces desde el fondo de la larga habitación donde la luz del fuego de una chimenea brillaba entre las pesadas sombras. La muchacha al recuperarse dejó oír el silbido de su respiración entre dientes.

No es necesario recordar aquí el largo proceso de preguntas y respuestas con las que calmó los temores de las dos viejas que se sentaban a cada lado del fuego donde bullía una gran marmita de barro. A Byrne le evocaron en seguida a dos brujas vigilando el cocimiento de alguna mortífera poción. Sin embargo, cuando una de ellas levantó penosamente su encorvada forma para levantar la tapa de la marmita, la humareda que de ella salió le trajo un apetecible olor. La otra no se movió, seguía encogida con la cabeza temblando sin cesar.

Eran horribles. Había algo de grotesco en su decrepitud. Sus bocas desdentadas, sus narices ganchudas, la delgadez de la que se había movido y las mejillas flácidas y amarillas de la otra (la que no se movía, la de la cabeza temblorosa) habrían sido risibles si la visión de su temible degradación física no hubiera resultado repulsiva, si la inexpresable miseria de la edad, la terrible persistencia de la vida que termina convirtiéndose en objeto de asco y de temor no hubiera encogido el corazón con espanto.

Para sobreponerse a esta impresión, Byrne comenzó a hablar, diciendo que era inglés y que estaba buscando a un compatriota suyo que debía haber pasado por allí. En cuanto empezó a hablar, la despedida de Tom vino a su memoria con asombrosa nitidez: los aldeanos silenciosos, el colérico gnomo, el tabernero tuerto, Bernardino. ¡Claro! Aquellos dos indefinibles espantos debían ser las tías de aquel hombre, las comadres del diablo.

Hubieran sido lo que hubieran sido, era imposible imaginar de qué podían ahora servirle al diablo unas criaturas tan débiles en el mundo de los vivos. ¿Cuál era Lucila y cuál era Herminia? Ahora eran dos cosas sin nombre. Un momento de tenso silencio siguió a las palabras de Byrne. La bruja del cucharón dejó de dar vueltas al guiso de la marmita y la temblona cabeza de la otra se detuvo el tiempo que dura un suspiro. En esa fracción infinitesimal de segundo, Byrne tuvo la sensación de estar cerca de lo que buscaba, de haber alcanzado el final de su camino, donde casi podía oír a Tom.

«Éstas le han visto», pensó convencido. Al fin había encontrado a alguien que le había visto. Estaba seguro de que negarían saber nada del *inglés*; pero, por el contrario, se apresuraron a contarle que había cenado y dormido por la noche en la casa. Empezaron a hablar al mismo tiempo, describiendo su aspecto y

comportamiento. A pesar de su debilidad, parecían poseídas por cierta feroz excitación. La bruja encogida blandía su cucharón de madera, el monstruo hinchado se levantó de su taburete y chilló, balanceándose sobre sus pies, mientras que el temblequeo de su cabeza se convertía en una verdadera vibración. Byrne quedó desconcertado ante su nervioso comportamiento... ¡Sí! El grande y orgulloso *inglés* se había ido por la mañana después de haber comido un pedazo de pan y tomado un trago de vino. Y si el *caballero* deseaba seguir el mismo camino nada sería más fácil, por la mañana.

—¿Me proporcionarán a alguien que me enseñe el camino? —preguntó Byrne.

—Sí, señor, a un chico muy serio. El hombre que ha visto salir el *caballero*.

—Pero él estaba llamando a la puerta —protestó Byrne— y se escapó cuando me vio. Iba a entrar.

—¡No! ¡No! —gritaron a la vez las dos brujas—. ¡Iba a salir! ¡Iba a salir!

Después de todo quizá fuera verdad. El sonido de la llamada había sido débil, furtivo, pensó Byrne. Quizá sólo efecto de su imaginación.

—¿Quién era? —preguntó.

—Su *novio* —gritaron señalando a la muchacha—. Se ha ido a una aldea bastante lejos de aquí. Pero volverá por la mañana. ¡Su *novio*! Es huérfana, hija de unos pobres cristianos. Vive con nosotros por el amor de Dios, por el amor de Dios.

La huérfana, acurrucada en un rincón del hogar, contemplaba a Byrne. Pensó que más bien era una hija de Satanás, que las brujas conservaban con ellas por amor al diablo. Sus ojos eran ligeramente oblicuos; su boca, más bien gruesa pero admirablemente formada; su oscuro rostro tenía una belleza salvaje, voluptuosa e indomable. En cuanto a la expresión de su mirada, fija en él con una salvaje y sensual atención, «para saber cómo era», dice el señor Byrne, «no tienen más que observar a un gato hambriento espiando a un pájaro enjaulado o un ratón en una ratonera».

Fue ella quien le sirvió la comida, lo que le gustó; aunque aquellos ojos negros, grandes y oblicuos, que no dejaban de examinarle de cerca como si tuviera algo curioso escrito en su rostro, le produjeron una sensación de malestar. Pero cualquier cosa era mejor que la proximidad de aquellas dos brujas de pesadilla, de ojos neblinosos. De alguna forma sus aprensiones se habían apaciguado; tal vez se debía a la sensación de calor después de haber pasado tanto frío y a la facilidad con que podía descansar después de luchar contra la tempestad en el camino. Estaba convencido de que Tom estaba a salvo. Estaría durmiendo en algún campamento de la montaña después de haberse encontrado con los hombres de González. Byrne se levantó, llenó su copa de estaño con el vino de un pellejo colgado en la pared y volvió a sentarse. La bruja de cara de momia empezó a hablarle, recordando viejos tiempos; se jactaba del renombre que había tenido la posada en días mejores. Grandes personajes con sus carruajes se habían detenido allí. Un arzobispo había dormido en su *casa* hacía

mucho, mucho tiempo. La bruja de la cara inflamada parecía estar escuchando desde su taburete, inmóvil salvo por el temblequeo de su cabeza. La muchacha (Byrne estaba seguro de que era una gitana recogida por alguna razón) estaba sentada en la piedra del hogar, al resplandor de las pavesas. Tarareaba una canción para sí, haciendo sonar un par de castañuelas de cuando en cuando. Al oír hablar del arzobispo, se rio impíamente y se volvió a mirar a Byrne de modo que el resplandor rojizo del fuego iluminó sus negros ojos y sus blancos dientes que contrastaban con el sombrío reborde de la enorme chimenea. Y él sonrió.

Ahora se sentía dominado por una sensación de seguridad. Había llegado inesperadamente, así que no podía existir ninguna conspiración contra él. La somnolencia se apoderó de sus sentidos. Se abandonó un poco, pero todavía se mantenía alerta, o al menos eso es lo que él creía; pero debió de abandonarse excesivamente, porque se sintió sobresaltado por un ruido infernal. En su vida había escuchado nada tan cruelmente estridente. Las brujas reñían entre sí por algo. Fuere lo que fuere la causa, se insultaban con violencia, sin argumentos; sus gritos seniles expresaban una furia malvada y una rabia feroz. Los negros ojos de la gitana iban de la una a la otra. Nunca hasta entonces se había sentido Byrne tan distanciado de la solidaridad con los seres humanos. Antes de que pudiera entender la causa de la riña, la muchacha dio un salto, tocando estrepitosamente sus castañuelas. Se hizo un silencio. La muchacha se acercó a la mesa y se inclinó, mirándole fijamente.

—Señor —dijo con decisión—. Dormirá en la habitación del arzobispo.

Ninguna de las dos brujas se opuso. La reseca se doblaba sobre un bastón. La de la cara inflamada tenía ahora una muleta.

Byrne se levantó, fue hacia la puerta y haciendo girar la llave en la enorme cerradura la guardó fríamente en su bolsillo. Aquélla era, sin duda, la única entrada y no quería que le cogiera por sorpresa ningún peligro que pudiera acechar fuera. Cuando volvió de la puerta vio a las dos brujas, «compañeras del diablo», y a la satánica muchacha mirándole en silencio. Se preguntó si Tom Corbin habría tomado la misma precaución la noche anterior. Y pensando en él de nuevo tuvo otra vez la rara impresión de su proximidad. Todo estaba en silencio. Y en esta calma oyó latir la sangre en sus oídos con un ruido confuso y turbador en el cual una voz parecía murmurar:

—Señor Byrne, tenga usted cuidado.

Era la voz de Tom. Se estremeció. Porque las sensaciones del oído son las más vividas de todas y, por su naturaleza, poseen un carácter imperativo.

Parecía imposible que Tom no estuviera allí. De nuevo un frío ligero, como una corriente furtiva, penetró a través de su ropa. Se sobrepuso a esa impresión con un esfuerzo.

La muchacha subió las escaleras delante de él, llevando una lámpara de hierro

cuya llama desnuda desprendía un delgado hilo de humo. Sus sucias medias blancas estaban llenas de agujeros.

Con la misma tranquila decisión con que había cerrado la puerta abajo, Byrne abrió una tras otra todas las puertas del pasillo. Todas las habitaciones estaban vacías, con la excepción de una o dos que tenían trastos viejos. La muchacha, comprendiendo su intención, levantaba pacientemente la humeante lámpara ante cada puerta. Entre tanto le observaba detenidamente. Ella misma abrió la última puerta.

—Dormirá usted aquí, señor —murmuró con una voz tan suave como la respiración de un niño mientras le ofrecía la lámpara.

—*Buenas noches, señorita* —contestó él cortésmente tomándola.

No se oyó el saludo de ella, aunque sus labios se movieron ligeramente mientras que su mirada, negra como una noche sin estrellas, se mantenía imperturbable. Él entró, y mientras se volvía para cerrar la puerta la muchacha permaneció inmóvil y turbadora, con su boca voluptuosa y sus ojos oblicuos y la expresión de ferocidad expectante de un gato desconcertado. Él vaciló un momento y en el silencio de la casa volvió a oír la sangre batiendo pesadamente sus oídos mientras que una vez más la ilusión apremiante de Tom, que le llegaba desde algún lugar cercano, era especialmente aterradora, porque esta vez no podía distinguir las palabras.

Por fin le cerró la puerta en las narices a la muchacha, dejándola en la oscuridad; y volvió a abrirla casi al instante. No había nadie. Se había desvanecido sin hacer ruido. Cerró la puerta rápidamente y echó dos pesados cerrojos.

Una profunda desconfianza le invadió repentinamente. ¿Por qué las brujas habían reñido acerca de si debían dejarle dormir en aquella habitación? ¿Y qué significaba la mirada fija de la muchacha, como si quisiera imprimir sus rasgos en su espíritu para siempre? Su nerviosismo le alarmó. Le parecía estar muy lejos de los seres humanos.

Examinó su habitación. No era muy alta, lo preciso para contener una cama que sostenía un enorme dosel en forma de baldaquín, del que colgaban pesadas cortinas a la cabecera y a los pies; una cama ciertamente digna de un arzobispo. Había una mesa maciza de ángulos tallados, algunos pesados sillones que parecían restos de algún palacio señorial y un armario alto y poco profundo adosado a la pared y con puertas dobles. Las probó. Estaban cerradas. Le asaltó una sospecha y tomó la lámpara para examinar el armario más de cerca. No, no era una entrada disimulada. El pesado y alto mueble estaba separado de la pared por lo menos una pulgada. Examinó los cerrojos de la puerta de su habitación. ¡No! Nadie podía sorprenderle a traición mientras dormía. Pero ¿podría dormir?, se preguntaba ansiosamente. Si Tom estuviera allí..., aquel valiente marinero que había peleado a su lado en un par de ocasiones difíciles y que siempre le había aconsejado que cuidara de sí mismo. «No es difícil», solía decir, «dejar que te maten en una pelea. Cualquiera tonto puede hacerlo. Lo que se debe hacer es combatir contra los franceses y luego vivir para

volver a hacerlo al día siguiente».

Byrne se dio cuenta de lo difícil que le resultaba no escuchar el silencio. En cierto modo tenía la impresión de que nada lo rompería a menos que volviera a oír el perturbador sonido de la voz de Tom. Ya lo había oído dos veces. ¡Qué raro! Sin embargo, no era de extrañar, se decía, puesto que llevaba treinta horas seguidas pensando en aquel hombre y además sin llegar a ninguna conclusión. La ansiedad que sentía por Tom nunca había tenido una forma concreta. «Desaparecer» era la única palabra relacionada con la idea del peligro que podía correr Tom. Era algo muy vago y terrible. «Desaparecer». ¿Qué significaba eso?

Byrne se estremeció y se dijo que debía de tener algo de fiebre. Pero Tom no había desaparecido. Byrne acababa de tener noticias de él. Y de nuevo el joven sintió la sangre latiendo en sus oídos. Se sentó inmóvil, esperando a cada momento oír a través de los latidos de su sangre el sonido de la voz de Tom. Esperó, forzando sus oídos todo lo que pudo, pero nada ocurrió. De repente le vino un pensamiento: «No ha desaparecido, pero no puede hacerse oír».

Se levantó del sillón. ¡Qué absurdo! Dejando la pistola y la vaina de la espada sobre la mesa, se quitó las botas y, sintiéndose de pronto demasiado cansado para permanecer de pie, se tendió en la cama, que encontró más suave y cómoda de lo que esperaba.

Estaba desvelado, pero debió de adormecerse porque de pronto se encontró sentado en la cama intentando recordar lo que le había dicho la voz de Tom. ¡Ah, sí, ya recordaba! Le había dicho: «Señor Byrne, tenga usted cuidado». Era una advertencia. ¿Pero contra quién?

Dio un salto, se encontró en medio de la alcoba, jadeante, y luego miró en torno suyo. La ventana tenía las contraventanas cerradas y echado el cerrojo de hierro. Paseó de nuevo la mirada con lentitud por las paredes desnudas y luego miró el techo, que era bastante alto. Después se acercó a la puerta para examinar los cerrojos. Eran enormes y se deslizaban dentro de dos agujeros hechos en la misma pared; y como el pasillo era demasiado estrecho para que se pudiera hacer palanca o golpear con un hacha, no se podía echar la puerta abajo salvo utilizando pólvora. Pero mientras se estaba cerciorando de que el cerrojo de abajo estaba bien corrido, tuvo la impresión de que había alguien en la habitación. La impresión fue tan poderosa que se volvió con la rapidez de un rayo. No había nadie. ¿Quién podía estar allí? Sin embargo...

Fue entonces cuando perdió la calma y el dominio de sí mismo que un hombre conserva por su propia estimación. Dejó la lámpara en el suelo y se puso a gatas para mirar bajo la cama como si fuera una muchacha tonta. No vio más que mucho polvo. Se levantó con las mejillas coloreadas y paseó de un lado a otro, avergonzado por su comportamiento e irracionalmente enfadado con Tom, que no le dejaba en paz. Las palabras «Señor Byrne, tenga usted cuidado» continuaban dándole vueltas en la

cabeza en tono de advertencia.

«¿No sería mejor que me acostara e intentara dormir?», se preguntó. Pero sus ojos se fijaron en el gran armario y fue hacia él, irritado consigo mismo, pero incapaz de hacer otra cosa. No tenía la menor idea de cómo iba a explicar al día siguiente a las dos odiosas brujas su fechoría. Sin embargo, introdujo la punta de la espada entre las dos puertas y trató de forzarlas. Resistían. Comenzó a maldecir, empeñado en su intento. Murmuró: «Ahora espero que quedes satisfecho, maldito», dirigiéndose al ausente Tom. En aquel momento las puertas cedieron y se abrieron. Tom estaba allí.

Él, el leal, sagaz y valiente Tom estaba allí, erguido y tieso, en un prudente silencio como si sus grandes ojos de mirada fija parecieran ordenar a Byrne que lo respetara. Pero Byrne estaba demasiado impresionado para articular palabra. Asombrado, dio un paso atrás, y en aquel momento el marinero se lanzó hacia adelante como si fuera a coger a su oficial por el cuello. Instintivamente Byrne echó hacia adelante sus temblorosos brazos. Sintió la horrible rigidez del cuerpo y luego la frialdad de la muerte, cuando chocaron sus cabezas y se tocaron sus rostros. Se tambalearon y Byrne estrechó a Tom contra su pecho para evitar que se cayera estrepitosamente. Aún tuvo fuerzas para depositar en el suelo su horrible carga: luego la cabeza comenzó a darle vueltas, las piernas le fallaron y cayó de rodillas, inclinado sobre el cadáver, con las manos descansando sobre el pecho de aquel hombre que antes había estado lleno de vida generosa y ahora era tan insensible como una piedra. «¡Muerto, mi pobre Tom, muerto!», repetía mentalmente. La luz de la lámpara colocada en el borde de la mesa caía sobre la mirada vidriosa y vacía de aquellos ojos que en vida tuvieron una expresión alegre y vivaz.

Byrne desvió su mirada. Tom no tenía anudado al cuello el pañuelo negro de seda. Los asesinos también le habían despojado de los zapatos y de los calcetines. Y observando ese despojo, aquella garganta descubierta y los pies descalzos y rígidos, Byrne sintió que tenía los ojos llenos de lágrimas. En otros aspectos, el marinero estaba completamente vestido; en su ropa no había la menor señal de desarreglo, como habría ocurrido de producirse una lucha. Sólo habían subido su camisa a cuadros por encima de su cintura como para comprobar si llevaba un cinturón con monedas. Byrne sacó su pañuelo y rompió en sollozos.

Fue un estallido nervioso que duró poco. Todavía de rodillas, contempló tristemente el cuerpo atlético del mejor marinero que jamás hubiera desenvainado un cuchillo, disparado una pistola o maniobrado durante un temporal, allí tieso y helado, con su alma alegre e intrépida ausente: tal vez vuelta hacia él, su joven amigo, hacia su barco que navegaba sobre las olas grises frente a una costa rocosa en el mismo momento de su partida.

Advirtió que los seis botones de cobre de la guerrera de Tom habían sido arrancados. Se estremeció ante la visión de aquellas dos miserables y repulsivas

criaturas encarnizándose con el cuerpo indefenso de su amigo. ¡Cortados! Tal vez con el mismo cuchillo que... La cabeza de una de ellas temblaba; la otra, encorvada, irritados y neblinosos los ojos, con sus informes garras movedizas... El crimen tuvo que ocurrir en esa misma habitación, porque Tom no podía haber sido asesinado fuera y luego trasladado hasta allí. Byrne estaba seguro de ello. Aquellas dos diabólicas viejas no podían haberle asesinado, ni siquiera a traición: Tom las habría estado vigilando constantemente. Era un hombre muy prudente y discreto cuando tenía alguna misión que cumplir... ¿Cómo le habían asesinado? ¿Quién lo había hecho? ¿De qué manera?

Byrne se incorporó, tomó la lámpara de la mesa y se inclinó rápidamente sobre el cuerpo. La luz no reveló en la ropa ninguna mancha, ninguna huella, ningún indicio de sangre. Las manos de Byrne empezaron a temblarle de tal manera que tuvo que colocar la lámpara en el suelo y volver la cabeza para recobrar de aquella agitación.

Luego empezó a examinar aquel cuerpo rígido, frío y quieto, buscando una herida de cuchillo o de bala, alguna huella de un golpe mortal. Palpó ansiosamente el cráneo. Estaba intacto. Deslizó su mano por debajo del cuello. No estaba roto. Con ojos aterrorizados miró debajo de la barbilla y no encontró señales de estrangulamiento en la garganta. No había señal alguna. Sencillamente, estaba muerto.

Impulsivamente, Byrne se alejó del cuerpo como si el misterio de una muerte incomprensible hubiera trocado su piedad en sospecha y miedo. La lámpara colocada en el suelo, junto al rostro rígido y quieto del marinero, le mostraba mirando al techo como si estuviera desesperado. En el círculo formado por la luz, Byrne vio, por los montones de intocado polvo que había en el suelo, que no se había producido una lucha en la habitación. «Lo mataron fuera», pensó. En el estrecho pasillo, donde apenas había espacio para dar la vuelta, la muerte había sorprendido a su pobre y querido Tom. Byrne venció el impulso de tomar las pistolas y lanzarse fuera de la habitación. Tom también había ido armado, exactamente con las mismas armas impotentes que él llevaba: ¡Pistola y machete! Y Tom había padecido una muerte sin nombre, por medios incomprensibles.

Byrne tuvo una nueva idea. El desconocido que llamaba a la puerta y que huyó con tanta rapidez al aparecer él venía a recoger el cadáver. ¡Ah! Ése era el guía que la momificada bruja había prometido que enseñaría al oficial inglés el camino más corto para reunirse con su marinero. Una promesa, comprendió ahora, que tenía un espantoso significado. El que había llamado a la puerta tendría que encargarse de dos cadáveres. Byrne estaba seguro de que moriría antes de la mañana y de la misma misteriosa manera, dejando tras sí un cuerpo sin señales.

El descubrimiento de una cabeza aplastada, de una profunda herida de bala, de un cuello cortado, habría sido un alivio inexpresable. Habría desvanecido todos sus

miedos. Su alma imploraba a aquel hombre muerto, que siempre había demostrado su valor en el peligro. «¿Por qué no me dices lo que tengo que buscar, Tom? ¿Por qué no me lo dices?». Pero en su rígida inmovilidad, tendido sobre su espalda, parecía conservar un austero silencio, como si, dueño de un terrible secreto, desdenara hablar con los vivos.

De pronto Byrne se arrodilló junto al cadáver y con ojos secos y feroces le abrió la camisa, como si quisiera arrancar por la fuerza un secreto de aquel corazón frío que en vida le había sido tan leal. ¡Nada! ¡Nada! Levantó la lámpara y el único signo que le reveló la cara, que antes tenía tan bondadosa expresión, fue una pequeña contusión en la frente, casi nada, una simple señal. Ni siquiera la piel estaba rasgada. Le miró durante largo tiempo, como perdido en un sueño espantoso. Luego observó que las manos de Tom estaban cerradas, como si hubieran caído enfrentándose a alguien en una lucha a puñetazos. Al mirar más de cerca, los nudillos parecían un poco magullados. En las dos manos.

El descubrimiento de esas señales insignificantes fue para Byrne más espantoso que lo hubiera sido la ausencia de señal alguna. Así pues, Tom había muerto luchando con algo que se podía golpear y que, sin embargo, podía matar sin dejar heridas: mediante un soplo.

El terror, un terror ardiente, empezó a apoderarse del corazón de Byrne como una lengua de fuego que toca y se retira antes de reducir algo a cenizas. Se alejó todo lo que pudo del cadáver, luego volvió cuidadosamente, echándole miradas furtivas para mirar de nuevo su frente. Tal vez al amanecer tendría él una herida semejante en la frente.

«No aguanto más», murmuró para sí. Ahora Tom se había convertido en un objeto de horror, un espectáculo a la vez tentador y repugnante para su miedo. No soportaba volver a mirarlo.

Finalmente, la desesperación pudo más que el creciente horror, dejó de apoyarse en la pared, recogió el cuerpo por debajo de las axilas y lo arrastró hasta el lecho. Los desnudos talones del marinero se deslizaron sin ruido por el suelo. Pesaba mucho, con el peso muerto de los objetos inanimados. Con un último esfuerzo, Byrne lo colocó de bruces sobre el borde de la cama, le dio la vuelta, sacó de debajo de aquella cosa rígida y pasiva una sábana y lo tapó con ella. Luego corrió las cortinas a la cabecera y a los pies y las sacudió de manera que al unirse le ocultaron por completo la vista del lecho.

Fue tambaleando hacia un sillón y se dejó caer en él. El sudor le impregnó el rostro durante un momento y por sus venas pareció correr un hilillo de sangre casi congelada. Estaba poseído por un terror total, un terror que había trocado su corazón en ceniza.

Se mantuvo erguido en un sillón de respaldo recto con la lámpara ardiendo a sus

pies, sus pistolas y su machete junto al codo izquierdo en el borde de la mesa, los ojos girando en sus órbitas sin parar, mirando las paredes, el techo, el suelo, a la espera de una terrorífica visión. Lo que podía provocarle con un soplo la muerte estaba tras la puerta cerrada. Pero Byrne ya no creía ni en las paredes ni en los cerrojos. Un terror irracional transformaba todas las cosas, su antigua admiración adolescente por el atlético Tom, por el indomable Tom (que le parecía invencible), contribuía a paralizar sus facultades, aumentando su desesperación.

Ya no era Edgar Byrne. Era un alma torturada que sufría más angustia que la que hubiera padecido el cuerpo de cualquier pecador en el potro o en la bota española. Se podrá medir la hondura del tormento de aquel joven, de un valor al menos normal, cuando diga que pensó tomar la pistola y pegarse un tiro. Pero una languidez mortal y fría invadía sus miembros. Su carne era como yeso mojado que empezaba a ponerse rígido en torno a sus costillas. Después pensó que las dos brujas entrarían con su muleta y su bastón monstruos horribles y grotescos—, comadres del diablo, para hacerle una señal en su frente, la pequeña contusión de la muerte. Y no podría hacer nada. Tom se había defendido, pero él no era como Tom. Sus miembros ya estaban muertos. Estaba inmóvil, sintiéndose morir una y otra vez; y la única parte de su cuerpo que se movía eran sus ojos girando en sus órbitas, recorriendo las paredes, el suelo y el techo una y otra vez hasta que de pronto se quedaron quietos y pétreos, mirando hacia la cama.

Vio moverse y agitarse las pesadas cortinas, como si el cadáver que escondían hubiera dado la vuelta para sentarse. Byrne, que creía haber llegado al límite humano del terror, sintió que se le erizaban los cabellos hasta la raíz. Sus manos se crisparon sobre los brazos del sillón, su mandíbula se aflojó, el sudor le corrió por la frente mientras que su lengua seca se pegaba al paladar. Las cortinas se movieron de nuevo, pero no se abrieron. «¡No, Tom!». Byrne intentó gritar, pero todo lo que oyó fue un débil gemido, como el de una persona que duerme intranquila. Sintió que la razón huía de él, porque ahora le parecía que el techo que estaba encima de la cama se movía, se ladeaba y luego se enderezaba de nuevo, y una vez más las cortinas cerradas se movieron suavemente como si estuvieran a punto de abrirse. Byrne cerró los ojos para no ver la horrible aparición del cadáver del marinero reanimado por un espíritu maligno. En el profundo silencio de la habitación aguantó un momento más de espantosa agonía y volvió a abrir los ojos. Vio en seguida que las cortinas continuaban cerradas, pero el techo se había elevado un pie más por encima de la cama. Con la última luz de la razón que le quedaba comprendió que era el enorme baldaquín sobre la cama lo que se estaba bajando mientras que las cortinas que pendían de él se movían con suavidad, hundiéndose paulatinamente hacia el suelo. Cerró la mandíbula abierta y, medio erguido en su sillón, espío, mudo, el silencioso descenso del monstruoso dosel. Bajó con suaves sacudidas hasta la mitad del camino

aproximadamente y, de repente, tuvo una brusca caída hasta ajustar su forma de caparazón de tortuga con sus pesados bordes, encajando exactamente en los rebordes de la cama. Una o dos veces se oyó el crujido de la madera, volviendo luego la abrumadora tranquilidad a la habitación. Byrne se incorporó, aspiró fuertemente para tomar aliento y dio un grito de cólera y asombro, el primer sonido que pudo salir de sus labios aquella noche de terrores. ¡Ésa era la muerte de la que había escapado! Ése era el diabólico artefacto de la muerte contra el cual el alma del pobre Tom, ya tal vez en el otro mundo, había tratado de advertirle. Así había muerto. Byrne estaba seguro de haber oído la voz del marinero, repitiendo débilmente su frase familiar: «¡Señor Byrne, tenga usted cuidado!», murmurando luego unas palabras que no podía distinguir. ¡Pero la distancia que separa a los vivos de los muertos es tan grande! El pobre Tom lo había intentado. Byrne corrió hacia la cama e intentó levantar o empujar la horrible tapadera que sofocaba el cadáver. Resistió sus esfuerzos, era tan pesada como el plomo, inamovible como la piedra de una tumba. La rabia de la venganza le hizo detenerse; en su cabeza zumbaban caóticos pensamientos de exterminio, dio vueltas por la habitación como si no pudiera encontrar ni sus armas ni la salida; y mientras profería espantosas amenazas...

Unos violentos golpes en la puerta de la posada le devolvieron su presencia de ánimo. Corrió hacia la ventana abrió las persianas y miró afuera. A la débil luz vio a un grupo de hombres. ¡Ajá! Saldría en seguida para enfrentarse con aquella gavilla de asesinos reunidos allí, sin duda, para acabar con él. Después de luchar con terrores sin nombre deseaba combatir frente a frente con unos enemigos armados. Pero no debía haber recuperado por completo la razón porque, olvidándose de sus armas, bajó corriendo por las escaleras lanzando gritos salvajes, descerrajó la puerta, a pesar de que llovían golpes asestados desde fuera, y abriéndola se lanzó con las manos desnudas al cuello del primer hombre que encontró. Rodaron juntos por tierra. La confusa intención de Byrne era abrirse paso y correr por el sendero de la montaña y volver en seguida con los hombres de González para tomarse una venganza ejemplar. Luchó furiosamente hasta que un árbol, una casa o una montaña pareció caer sobre su cabeza y luego perdió el conocimiento.

* * * * *

Aquí el señor Byrne describe detalladamente cómo encontró cuidadosamente vendada su cabeza rota, nos cuenta que perdió mucha sangre y atribuye el haber conservado la razón a esa circunstancia. También describe por extenso las múltiples excusas de González. Porque era González quien, cansado de esperar noticias del inglés, había bajado a la posada con la mitad de su banda, camino del mar.

—Su excelencia —le explicó se lanzó contra nosotros como una fiera y como además no sabíamos que se trataba de un amigo, así que..., etc., etc.

Cuando Byrne preguntó por las brujas, González señaló silenciosamente con el dedo el suelo y luego hizo tranquilamente una reflexión moral:

—La pasión por el oro es inexorable en la vejez, *señor* —dijo—, sin duda antes debieron de meter a más de un viajero solitario en la cama del arzobispo.

—También había una gitana —dijo débilmente Byrne desde la litera improvisada en la que le llevaba hasta la costa una patrulla de *guerrilleros*.

—Era ella quien izaba esa máquina infernal y también fue la que la bajó esa noche.

—Pero ¿por qué, por qué? —exclamó Byrne—. ¿Por qué deseaba mi muerte?

—Sin duda por los botones de la guerrera de su excelencia —contestó cortésmente el melancólico González—. Encontramos los del marinero muerto escondidos en su persona. Pero su excelencia puede estar seguro de que se ha hecho cuanto era preciso.

Byrne no siguió preguntando. Aún había otra muerte que González consideraba «un asunto que había que resolver». Bernardíno el tuerto fue arrimado contra la pared de su taberna y recibió en el pecho la descarga de seis escopetas. Mientras disparaban, el tosco ataúd con el cuerpo de Tom pasaba portado por un grupo de patriotas españoles con pinta de bandidos que lo bajaron desde la barranca hasta la orilla, donde los botes de la corbeta esperaban los restos del que en vida había sido su mejor marinero.

El señor Byrne, muy pálido y débil, entró en el bote que llevaba el cuerpo de su humilde amigo. Porque se decidió que Tom Corbin debía descansar muy adentro del golfo de Vizcaya. El oficial tomó la caña del timón y, volviendo la cabeza para mirar por última vez a la costa, vio en la pendiente gris de la colina algo que se movía y reconoció como el hombrecillo del sombrero amarillento montado en un mulo: el mulo aquel sin el cual la muerte de Tom hubiera sido para siempre un misterio.

Juventud

Solo en un país puede ocurrir una historia como ésta y ese país es Inglaterra, porque aquí los hombres y el mar viven, por decirlo así, compenetrados: el mar está presente en la mayoría de los hombres, que lo saben todo o casi todo sobre él, ya sea como modo de diversión, como vía de transporte o porque es la fuente de su sustento.

Estábamos sentados con los codos apoyados en torno a una mesa de caoba en la que se reflejaban nuestros rostros, al igual que la botella y las copas. Éramos un director de empresa, un contable, un abogado, Marlow y yo. El director había sido grumete del *Conway*, el contable había servido cuatro años en el mar, el abogado —miembro del Partido Conservador, fiel a la Alta Iglesia, el mejor de los compañeros, el honor personificado— había sido oficial mayor en el servicio de P & O, en aquellos buenos tiempos en que los buques-correo llevaban aparejo de crucero en dos palos por lo menos y solían navegar por el mar de China, cuando el monzón era apacible, con todas las velas desplegadas. Todos iniciamos la vida en la marina mercante. A los cinco nos unía ese sólido vínculo que es el mar y también el compañerismo de un oficio que no puede producir ni el mayor de los entusiasmos por los yates, la navegación de crucero y otras cosas por el estilo, porque esto es mera diversión y lo otro es la vida misma.

Marlow (al menos creo que así escribía él su nombre) contó este relato, o más bien esta crónica de un viaje:

—Sí, conozco un poco los mares de Oriente, pero lo que mejor recuerdo es el primer viaje que allí hice. Como ustedes saben, compañeros, hay viajes que parecen destinados a mostrarnos qué es la vida, que son como un símbolo de la existencia. Luchas, trabajas, sudas, te matas casi o llegas a matarte incluso intentando conseguir algo, y no puedes. Y no por tu culpa. Simplemente resulta que no puedes hacer nada, ni poco, ni mucho, absolutamente nada, ni siquiera casarte con una vieja solterona, ni llevar un maldito cargamento de seiscientas toneladas de carbón a su puerto de destino.

»Fue un viaje memorable. Era mi primer viaje a Oriente y el primero como segundo oficial; era también el primer mando de nuestro capitán y la verdad es que ya era hora. Tenía sesenta o más años; era un hombre pequeño, de espaldas anchas aunque algo encorvadas, hombros caídos y una pierna más zamba que la otra, con ese aspecto un tanto deformado que a menudo tienen los hombres que trabajan en el campo. Su rostro parecía un cascanueces —la barbilla y la nariz intentaban unirse por encima de una boca sumida—, orlado por unos cabellos de color gris acero, que eran como un barboquejo de algodón en rama salpicado de polvo de carbón. Y en aque; viejo rostro lucían dos ojos azules, asombrosamente parecidos a los de un niño, con esa expresión de candidez que algunos hombres corrientes conservan hasta el final de

sus días gracias a un raro don interior de sencillez de corazón y rectitud de espíritu. No sé por qué me aceptó. Yo había servido en un espléndido *clipper* australiano como tercer oficial y él parecía tener prejuicios contra los grandes *clippers*, por aristocráticos y pretenciosos. Me dijo: “¿Sabe usted?, en este barco tendrá que trabajar”. Contesté que había trabajado en todos los barcos donde había servido. “¡Ah!, pero es que esto es diferente y ustedes, los caballeros que vienen de esos grandes barcos...; pero en fin, estoy seguro de que usted servirá. Empezará mañana”.

»Empecé al día siguiente. Fue hace veintidós años; y yo acababa de cumplir veinte. ¡Cómo pasa el tiempo! Fue uno de los días más felices de mi vida. ¡Imagínense! Segundo oficial por primera vez, un oficial con verdaderas responsabilidades. No hubiera cambiado mi nuevo cargo por una fortuna. El segundo de a bordo me miró con mucha atención. También él era mayor, pero de otro corte. Tenía nariz romana, larga barba, blanca como la nieve, y su nombre era Mahon, pero se empeñaba en que se pronunciara Mann. Estaba bien relacionado; pero algo le falló en su suerte y no hizo carrera.

»En cuanto al capitán, había hecho durante años narración de cabotaje, después había estado en el Mediterráneo y finalmente en el comercio de las Antillas, Nunca había doblado los Cabos. Apenas sabía escribir y tampoco es que tuviera mucha afición a la escritura. Los dos eran excelentes marinos, por supuesto, y entre aquellos dos viejos me sentía como un niño pequeño entre dos abuelos.

»También era viejo el barco. Se llamaba *Judea*. Curioso nombre, ¿no les parece? Su propietario era un hombre que se llamaba Wilmer, Wilcox o algo por el estilo; pero como quebró y ha muerto hace más de veinte años, su nombre no importa. El barco llevaba mucho tiempo anclado en la dársena de Shadwell. Se pueden imaginar su estado. Era todo herrumbre, polvo y mugre, hollín en la arboladura, suciedad en la cubierta. Para mí era como salir de un palacio para meterme en una cabaña en ruinas. Desplazaba unas cuatrocientas toneladas, tenía una cabria primitiva, aldabillas de madera en las puertas, nada de bronce en todo el barco y una tremenda popa cuadrada. En ella, bajo su nombre escrito con grandes letras, se veía una especie de ornamentación con volutas de las que había desaparecido el dorado y algo parecido a un escudo de armas, con el lema “Obrar o morir” debajo. Recuerdo que me impresionó enormemente. Había en él cierto romanticismo, algo que me hizo tomarle cariño al viejo trasto, ¡algo que atraía a mi juventud!

»Zarpamos de Londres en lastre —lastre de arena— para cargar carbón en un puerto del norte, con destino a Bangkok. ¡Bangkok! Estaba encantado. Llevaba seis años en el mar, pero sólo conocía Melbourne y Sidney, lugares muy buenos, encantadores a su manera, ¡pero Bangkok!

»Salimos del Támesis con las velas desplegadas y un piloto del Mar del Norte a bordo. Se llamaba Jermyn y estaba todo el día colándose en la cocina y secando su

pañuelo ante la estufa. No parecía dormir nunca. Era un hombre fúnebre, con una gota reluciendo perpetuamente en la punta de la nariz, que había tenido problemas, los tenía o esperaba tenerlos; no estaba contento si no había algo que marchara mal. Desconfiaba de mi juventud, de mi sentido común y de mi habilidad marinera y se esforzaba en demostrármelo de mil maneras. Confieso que tenía razón. Me parece que por aquel entonces yo sabía muy poco y no sé mucho más ahora; pero he conservado el odio hacia el tal Jermyn hasta hoy.

»Navegamos durante una semana hasta la rada de Yarmouth y entonces nos pilló un temporal: el famoso temporal de octubre de hace veintidós años. Hubo viento, relámpagos, aguanieve, nieve y un mar terrorífico. Volamos arrastrados por el viento y se pueden imaginar lo mal que iban las cosas cuando les diga que las amuradas se hicieron añicos y se nos inundó la cubierta. En la segunda noche el lastre se corrió hasta la proa a sotavento y para entonces habíamos ido a parar al bajío de Dogger. No quedaba otro recurso que descender a la bodega con palas e intentar enderezar el barco, así que nos metimos en aquella enorme cala, sombría como una caverna, con velas de sebo de llamas temblorosas pegadas a los tablones, mientras que temporal rugía allá afuera y el barco se movía de costado como enloquecido; estábamos todos, Jermyn, el capitán, todo el mundo, sin podernos sostener apenas en pie, paleando como sepultureros y tratando de lanzar hacia barlovento grandes paladas de arena húmeda. Cada vez que el barco daba un tumbo veía vagamente, en aquella débil luz, a los hombres que se caían blandiendo sus palas. Uno de los grumetes (teníamos dos), impresionado por lo espectral de la escena, se echó a llorar como si se le fuera a romper el corazón. Le oíamos llorar a lágrima viva en algún lugar en la oscuridad.

»Al tercer día el temporal amainó y en seguida nos recogió un remolcador procedente del Norte. ¡En total tardamos dieciséis días en ir desde Londres hasta el Tyne! Cuando llegamos a la dársena habíamos perdido nuestro turno para cargar y nos llevaron hasta un muelle donde permanecimos durante un mes. La señora Beard (el capitán se llamaba Beard) llegó desde Colchester para visitar al viejo. Vivió a bordo. Los marineros de la tripulación se habían ido y únicamente quedábamos los oficiales, un grumete y el camarero, un mulato que respondía al nombre de Abraham. La señora Beard era una mujer vieja, con el rostro arrugado y rojizo como una manzana de invierno, pero con figura juvenil. Me vio una vez cosiendo un botón y se empeñó en que le diera mis camisas para repasarlas. Era muy diferente de las esposas de capitanes que había conocido en los espléndidos *Clippers*. Cuando le llevé las camisas me dijo: “¿Y los calcetines? Seguramente necesitarán un repaso y las cosas de John —el capitán Beard— ya están arregladas. Me encanta tener algo que hacer”. Que Dios bendiga a aquella anciana mujer. Repasó toda mi ropa y entretanto yo leía por primera vez *Sartor Resartus* y *Excursión a Khiva*, y de Burnaby. Del primero no entendí mucho; pero recuerdo que entonces me gustó más el soldado que el filósofo;

preferencia que la vida me ha confirmado. El uno era un hombre; el otro, algo más, o algo menos. Sin embargo, ambos están muertos y la señora Beard está muerta, y la juventud, la fuerza, el genio, los pensamientos, los triunfos, los corazones sencillos, todo muere... No importa.

»Por fin pudimos cargar. Trajimos una tripulación. Ocho buenos marineros y dos grumetes. Una noche halamos hasta las boyas que estaban en las puertas del muelle, preparados para salir y con buenas perspectivas de comenzar el viaje al día siguiente. Una vez amarrado el buque, fuimos a tomar el té. Hablamos muy poco durante la colación, Mahon, el viejo matrimonio y yo. Terminé el primero y me fui a fumar a mi camarote, que estaba sobre cubierta, en la popa. Había pleamar y soplaba un viento fresco que traía ráfagas de llovizna; las dobles puertas del muelle estaban cubiertas y los vapores entraban y salían en la oscuridad con sus luces bien encendidas, gran ruido de las hélices, entrechocar de los manubrios, griterío en los extremos de los malecones. Miraba la procesión de luces que brillaban altas y las verdes que brillaban bajas en la noche cuando, de repente, un destello rojo resplandeció ante mí, desapareció, volvió a aparecer y se quedó quieto. Vi muy cerca la proa de un vapor. Grité desde el camarote: “¡A cubierta, rápido!”, y luego escuché una voz asombrada que decía lejos, en la oscuridad: “Párelo, señor”. Sonó una campana. Otra vez sonó, advirtiendo: “Vamos directos contra ese barco”, señor. La respuesta fue un áspero “Está bien” y lo que vino después fue un choque estrepitoso al golpear el vapor con su proa nuestro aparejo delantero. Hubo un momento de confusión, gritos y carreras. Bramó el vapor. Luego se oyó a alguien que decía: “Ya está, señor...”. “¿Están ustedes bien?”, preguntó la voz áspera. Yo había saltado hacia adelante para ver el daño y contesté con fuerza: “Creo que sí”. “Orza la popa”, dijo la voz áspera. Sonó la campana. “¿Qué vapor es ése?”, gritó Mahon. Pero ya entonces para nosotros no era más que una sombra pesada que maniobraba a lo lejos. Respondieron gritando algún nombre, un nombre de mujer, Miranda, Melissa o algo por el estilo. “Esto significa otro mes en este maldito agujero”, me dijo Mahon mientras mirábamos a la luz de los faroles las amuradas astilladas y las brazas rotas. “Pero ¿dónde está el capitán?”.

»No le habíamos visto ni oído en todo aquel tiempo, Corrimos hasta la popa a mirar. Se oyó una voz lastimera que procedía de algún lugar situado hacia la mitad del muelle: “¡Eh, *Judea!*”. ¿Cómo demonio había llegado hasta allí? “¡Hola!”, gritamos. “Estoy al garete en nuestro bote, sin remos”, dijo. Un barquero trasnochador ofreció sus servicios y Mahon llegó a un acuerdo con él para que por media corona remolcara al capitán hasta el barco; pero fue la señora Beard quien primero subió las escalas. Llevaban casi una hora flotando en el muelle bajo aquella fría llovizna. Nunca me había sentido más sorprendido en mi vida.

»Parece ser que cuando el capitán oyó mi grito de “¡Todos a cubierta!” comprendió en seguida lo que había ocurrido, agarró a su esposa, subió a cubierta, la

atravesó y bajó el bote que estaba amarrado a la escalera. Nada mal para un hombre de sesenta años. Imagínense a aquel viejo salvando heroicamente en sus brazos a su mujer, a la mujer de su vida. La sentó en uno de los banquillos e iba a volver a bordo cuando la amarra se soltó, no se sabe cómo y se alejaron del barco. Naturalmente, en medio de la confusión no le oímos gritar. Parecía un tanto avergonzado. Ella dijo alegremente: “Me imagino que ya no importa si pierdo el tren ahora”. “No, Jenny, vete abajo y caliéntate”, gruñó el capitán. Y luego nos dijo: “En mi opinión, un marino no debe estar con su esposa. Ahí estaba yo, fuera del barco. Bueno, esta vez no ha ocurrido nada serio. Vamos a ver lo que ha destrozado ese maldito vapor”. No era mucho, pero nos retrasó tres semanas. Al final, como el capitán estaba ocupado con los agentes, acompañé a la señora Beard a la estación, le llevé la maleta y la acomodé en un vagón de tercera. Bajó la ventanilla para decirme: “Es usted un buen muchacho. Si ve usted a John —el capitán Beard— sin su bufanda por la noche, recuérdeme de mi parte que tiene que llevar la garganta bien tapada”. “Desde luego, señora Beard”, respondí. “Es usted un buen muchacho; me di cuenta de lo atento que es usted con John —con el capitán”. El tren arrancó bruscamente; me quité la gorra para saludar a la anciana señora. Nunca más volví a verla... Pásame la botella.

»Zarpamos al día siguiente. Hacía tres meses que habíamos salido desde Londres para Bangkok. Esperábamos tardar quince días a lo sumo.

»Estábamos en enero y hacía un tiempo magnífico: el magnífico tiempo soleado de invierno tiene más encanto que el de verano, porque nadie lo espera, es fresco y sabemos que va a durar poco. Es como un regalo, una merced un inesperado golpe de suerte.

»Duró todo el viaje por el Mar del Norte y también por el Canal; y duró hasta que nos encontramos a unas trescientas millas al oeste de las Lizards; luego el viento viró sudoeste y comenzó a soplar con más fuerza. En dos días se convirtió en un temporal. El *Judea* subía y bajaba en el Atlántico como una caja de velas. El vendaval sopló día tras día; soplaba con rencor, sin dar tregua, sin piedad, sin descanso. El mundo no era más que inmensidad de grandes olas espumosas que nos acometían, con un cielo tan bajo que se podía tocar con la mano y tan sucio como un techo ahumado. En el tormentoso espacio que nos rodeaba había tanta espuma volando como aire. Día tras día y noche tras noche lo único que hubo en torno a nosotros fue el ulular del viento, el tumulto del mar, el ruido del agua barriendo la cubierta. No había descanso ni para el barco ni para nosotros. El barco subía y bajaba, unas veces hundiéndose de popa y otras de proa, se balanceaba atrozmente de babor a estribor, crujía y teníamos que asirnos a cualquier cosa cuando estábamos en cubierta y sujetarnos a las tarimas cuando estábamos abajo, el cuerpo en tensión permanente y la mente llena de preocupación.

»Una noche Mahon me habló a través de la ventanita de mi camarote. Se abría

justamente sobre mi cama, y yo estaba tumbado sin poder dormir, con las botas puestas, con la sensación de no haber dormido en años y de que no podría hacerlo aunque lo intentara. Dijo, muy agitado: “¿Tiene usted la sonda ahí, Marlow? No consigo que las bombas funcionen. Por Dios, que esto no es un juego de niños”.

»Le di la sonda y me tumbé de nuevo, intentando pensar en otra cosa, pero sólo pude pensar en las bombas. Cuando subí a cubierta seguían trabajando en ellas y le tocaba a mi turno empezar. A la luz de la linterna que habían subido a cubierta para examinar la sonda, vi los rostros cansados y serios de los hombres. Bombeamos las cuatro horas enteras. Bombeamos toda la noche, todo el día, toda la semana, turno tras turno. El barco seguía haciendo agua, que entraba en gran cantidad, no la suficiente para hundirnos en seguida, pero sí para matarnos con el trabajo de las bombas. Y mientras bombeábamos, el barco se iba haciendo pedazos; las amuradas habían desaparecido, los puntales estaban arrancados, los ventiladores aplastados y la puerta de la cámara desquiciada. No había un solo lugar seco en todo el barco. Había goteras por todas partes. La chalupa se transformó, como si fuera cosa de magia, en un montón de madera sostenido por sus grapas. Yo mismo la había amarrado y estaba orgulloso de mi trabajo, que había resistido tanto tiempo la malicia del mar. Y bombeábamos. Y el tiempo no nos daba tregua. El mar estaba blanco como una sábana de espuma, como un caldero de leche hirviendo; las nubes no se rasgaban por parte alguna —no se veía ni siquiera un agujero del tamaño de la mano de un hombre—, ni siquiera durante unos segundos. Para nosotros no había cielo, ni estrellas, ni sol, ni universo, nada más que unas nubes coléricas y un mar enfurecido. Seguimos bombeando turno tras turno, luchando por nuestras vidas; y parecía que llevábamos meses, años, toda una eternidad, como si hubiéramos muerto y estuviéramos metidos en un infierno para marineros. Nos olvidamos del día de la semana, del nombre del mes, del año que era y hasta de si habíamos estado alguna vez en tierra. El viento había arrancado las velas, el barco flotaba de costado sin más protección que un toldo de lona, el océano pasaba continuamente por encima de él y nosotros nos sentíamos indiferentes a todo. Seguíamos haciendo girar los manubrios con mirada de idiotas. Tan pronto como subíamos a cubierta, ataba con una cuerda a los hombres, las bombas y el palo mayor y dábamos vueltas y más vueltas sin cesar metidos en el agua hasta la cintura, hasta el cuello, por encima de la cabeza. Era todo uno. Nos olvidamos por completo de la sensación de estar secos.

»Y en algún lugar dentro de mí había un pensamiento: “¡Por Júpiter! Es una aventura maravillosa, de esas cosas que se leen en los libros; y es mi primer viaje como segundo oficial, y tengo sólo veinte años, y aquí estoy aguantando como cualquiera de estos hombres y haciéndoles trabajar. Estaba encantado. No hubiera cambiado aquella experiencia por nada en el mundo. Tuve momentos de exaltación. Cada vez que la vieja y desmantelada nave se elevaba con la bovedilla en alto, me

parecía que lanzaba al aire, como un llamamiento, como un desafío, como un grito a las nubes inmisericordes las palabras escritas en su propia proa: *Judea* Londres. Obrar o morir”.

»¡Oh juventud! ¡Tu fuerza, tu fe, tu imaginación! Para mí el barco no era un cacharro que llevaba de carga un montón de carbón por el mundo, para mí era un experimento, un ensayo, la prueba de mi vida. Pienso en él con placer, con afecto, con pesar, como pensaría en un ser querido que se hubiera muerto. Nunca lo olvidaré... Páseme la botella.

»Una noche cuando estábamos bombeando atados al palo, como ya he explicado, ensordecidos por el viento y sin ánimos suficientes ni para tener ganas de morir, un furioso oleaje barrió la cubierta, bañándonos por completo. Tan pronto como recuperé la respiración grité, como si fuera mi obligación: “¡Aguantad, muchachos!”, cuando de repente sentí chocar contra mi pantorrilla algo duro, que flotaba por la cubierta. Intenté cogerlo y no pude. Estaba tan oscuro que no podíamos vernos las caras a un pie de distancia: ya puede imaginárselo.

»Después del golpe el barco se mantuvo tranquilo durante un rato y la cosa aquella volvió a chocar contra mi pierna. Esta vez la agarré, era una cacerola. Al principio, atontado por la fatiga y sin poder pensar en nada más que las bombas, no logré comprender lo que tenía en la mano. Pero de repente me di cuenta y grité: “Muchachos, la cámara alta ha desaparecido. Dejemos esto y vamos a buscar al cocinero”.

»En la cámara alta estaba la cocina, el camastro del cocinero y el alojamiento de la tripulación. Como desde hacía días esperábamos verla desaparecer, la tripulación había recibido órdenes de dormir en la cámara baja, el único lugar seguro de todo el barco. Sin embargo, Abraham, el camarero, se empeñó en quedarse en su camastro, terco como una mula, supongo que simplemente debido al puro miedo, como un animal que se niega a salir de un establo que se hunde durante un terremoto. Así que nos fuimos a buscarlo. Era jugar con la muerte, puesto que al no estar atados nos exponíamos tanto como si estuviéramos a bordo de una balsa. Pero fuimos. La cámara alta estaba destrozada, como si dentro de ella hubiera explotado una bomba. En su mayor parte había desaparecido: la estufa, los camastros de los hombres y sus pertenencias se había esfumado, pero dos postes que sostenían una parte del mamparo, donde se apoyaba la tarima de Abraham, continuaban allí como si se hubiera producido un milagro. Buscamos a tientas entre los restos y allí estaba Abraham, sentado en su camastro, rodeado de espuma y de desechos, parloteando alegremente consigo mismo. Se había vuelto loco; completamente loco y para siempre, porque agotada su resistencia no había podido aguantar una sacudida tan brusca. Lo cogimos, lo arrasamos hasta la proa y lo lanzamos de cabeza por la escalera que llevaba a los camarotes. Tengan en cuenta que no había tiempo de

llevarle con infinitas precauciones y esperar a ver cómo estaba. Teníamos prisa por volver a las bombas. Ese asunto sí que no podía esperar. Un barco que hace agua es algo inhumano.

Se podría pensar que el único objeto de aquel maldito temporal había sido volver loco a aquel pobre diablo de mulato. Empezó a calmarse antes de la mañana, y al día siguiente el cielo se despejó y a medida que el mar se calmaba el barco dejó de hacer agua. Cuando llegó el momento de poner otro juego de velas, la tripulación exigió volver a tierra, y realmente no se podía hacer otra cosa. Los botes habían desaparecido, la cubierta estaba arrasada, el camarote destrozado, los hombres no tenían más ropa que la que llevaban encima, las provisiones estaban en mal estado y el barco había llegado al agotamiento. Pusimos proa a casa y —¿quieren ustedes creerlo?— el viento empezó a soplar del este frente a nosotros. Soplabla fresco y sin parar. Tuvimos que conquistar el camino pulgada por pulgada, pero el barco ya no hacía agua porque el mar se mantenía relativamente tranquilo. No es ninguna broma bombear dos horas de cada cuatro, pero lo conseguimos mantener a flote hasta Falmouth.

»Las buenas gentes de allí viven de los desastres marítimos y sin duda se alegraron de vernos. Un hambriento tropel de carpinteros de ribera comenzó a afilar sus escoplos al ver aquel esqueleto de barco. Y, por Júpiter, que sacaron buenas ganancias. Creo que el dueño ya tenía problemas económicos. Hubo retrasos. Por fin se decidió desembarcar parte del cargamento y calafatear el barco. Hecho esto, concluidas las reparaciones, vuelto a embarcar el cargamento, una nueva tripulación llegó a bordo y zarpamos para Bangkok. Al final de la semana habíamos vuelto de nuevo. La tripulación dijo que no iba a Bangkok —un viaje de ciento cincuenta días— en un casco viejo que necesitaba ser bombeado ocho horas de cada veinticuatro; y los periódicos náuticos volvieron a publicar el pequeño anuncio: “*Judea Bergantín. Tyne a Bangkok; carbón; arribado a Falmouth haciendo agua y cuya tripulación se niega a seguir*”.

»Hubo más retrasos, más remiendos. El dueño vino un día y declaró que el barco estaba tan sano como una manzana. Las preocupaciones y las humillaciones habían convertido al pobre capitán Beard en una especie de fantasma del capitán del *Geordie*. Recuerden que tenía sesenta años y era su primer mando. Mahon decía que aquel viaje era una locura y que terminaría malamente. Yo quería al barco con todo mi corazón y deseaba más que nunca llegar a Bangkok. ¡A Bangkok! Nombre mágico, nombre sagrado. Ni siquiera Mesopotamia se le podía comparar. Tengan en cuenta que yo tenía veinte años era mi primer destino como segundo oficial, y me esperaba el Oriente.

Salimos y echamos el ancla en la rada de afuera con una nueva tripulación, la tercera. El barco hacía más agua que nunca. Parecía como si aquellos malditos

carpinteros hubieran hecho en verdad un agujero. Esta vez ni siquiera llegamos hasta el mar abierto. Sencillamente, la tripulación se negó a manejar el cabrestante.

»Nos remolcaron nuevamente hasta el puerto interior, donde nos convertimos en algo típico, un elemento característico, una institución del lugar. La gente nos mostraba a los visitantes diciendo: “Ahí está el bergantín que va Bangkok, lleva seis meses aquí y ha vuelto a puerto tres veces”. En los días de fiesta, los niños que jugaban entre los barcos nos saludaban con un “¡Hola, *Judea!*” y si alguna cabeza aparecía por encima de la barandilla gritaban: “¿A dónde vais, a Bangkok?”, y se burlaban. Estábamos solamente tres personas a bordo. El pobre viejo capitán, ensimismado en su camarote. Mahon, que se cargaba de la cocina e inesperadamente demostró el talento de un francés para preparar buenos ranchos. Yo que me encargaba con muy pocas ganas del aparejo. Nos convertimos en ciudadanos de Falmouth. Todos los tenderos nos conocían. En la barbería y en el estanco nos preguntaban con familiaridad: “¿Creen ustedes que alguna vez llegarán a Bangkok?”. Entre tanto el armador, los aseguradores y los fletadores discutían en Londres y seguíamos cobrando... Páseme la botella.

»Era una situación horrible. Moralmente era mucho peor que bombear toda la vida. Parecía como si el mundo nos hubiera olvidado, como si no dependiéramos de nadie, como si no fuéramos a llegar nunca a ningún sitio; como si por un hechizo tuviéramos que vivir siempre en aquel puerto interior, objeto de burla y de escarnio por parte de generaciones de vagos de los muelles y de barqueros sinvergüenzas. Conseguí que me dieran tres pagas y un permiso de cinco días, y me fui a toda prisa a Londres. Tardé un día en llegar y casi otro en volver, pero de todos modos voló la paga de tres meses. No sé qué hice con ella. Creo que fui a un *music-hall*, desayuné, almorcé y cené en un lugar elegante de Regent Street y volví a los cinco días, sin otra cosa que una colección de las *Obras completas* de Byron y una manta de viaje nueva, que era cuanto me quedaba de la paga de tres meses. El barquero que me llevó hasta el barco me dijo: “¡Hola! Creí que se había ido para siempre de ese viejo cacharro. No llegará nunca a Bangkok”. “Eso lo dice usted”, respondí desdeñosamente —pero aquella profecía no me gustó en absoluto.

»De pronto un hombre, una especie de agente de alguien, apareció con plenos poderes. Tenía la cara rojiza de los bebedores, una energía indomable y además era muy simpático. Con él volvimos otra vez a la vida. Una gabarra se acercó al costado del barco, recibió nuestro cargamento y nos llevaron al dique seco, para quitar el cobre. No era sorprendente que hiciera agua. El pobre barco, extenuado por el temporal, había escupido, como si estuviera disgustado, toda la estopa de sus costuras bajas. Lo calafatearon, lo recubrieron nuevamente de cobre y lo impermeabilizaron como una botella. Volvimos a acercarnos a la gabarra y recogimos la carga.

»Entonces, una hermosa noche de luna llena, todas las ratas abandonaron el

barco.

»Nos habían infestado. Habían destrozado nuestras velas, consumido más víveres que la tripulación, compartido amablemente nuestras camas y nuestros peligros y ahora, cuando el barco estaba seguro, decidieron largarse. Llamé a Mahon para que disfrutara del espectáculo. Rata tras rata fueron apareciendo por encima de la batayola, se volvían para echar un último vistazo y saltaban con un golpe seco a la vacía gabarra. Intentamos contarlas, pero pronto perdimos la cuenta. Mahon dijo: «¡Bueno, bueno!, que no me hablen de la inteligencia de las ratas. Debían de haberse marchado antes, cuando estuvimos a punto de hundirnos. Ahí tiene la prueba de lo tonta que es esa superstición. Dejan un buen barco por una vieja y podrida gabarra donde no hay nada para comer, ¡qué tontas!... No me parece que sepan más que usted y que yo lo que es bueno y seguro para ellas».

»Después de seguir charlando un rato decidimos que la sabiduría de las ratas había sido muy exagerada, pero que en realidad no era mayor que la de los hombres.

»Todo el mundo conocía la historia del barco en el Canal, desde Land's End hasta Foreland, y era imposible conseguir una tripulación en la costa sur. Tuvieron que enviarnos una tripulación entera desde Liverpool y zarpamos una vez más para Bangkok.

»Tuvimos vientos favorables y aguas tranquilas hasta en los trópicos y el viejo *Judea* avanzaba pesadamente bajo la luz solar. Cuando navegaba a ocho nudos crujía a arboladura entera y nos sujetábamos cuidadosamente las gorras; pero lo normal es que anduviera a unas tres millas por hora. ¿Qué podíamos esperar? Aquel viejo barco estaba cansado. Su juventud estaba donde está la mía, donde está la de ustedes, compañeros que escuchan esta historia; ¿y qué amigo les echaría en cara sus años y su cansancio? No nos enfadamos con él. A los de popa al menos nos parecía como si hubiéramos nacido y nos hubiéramos criado en el barco, viviendo en él durante años sin conocer ningún otro. Habría sido para mí como insultar a la vieja iglesia de la aldea donde nací por no ser una catedral.

»Y en mi caso, mi juventud me hacía ser más paciente. Tenía todo el Oriente ante mí y la vida entera, y la idea de que había sufrido una prueba en aquel barco y que había salido bastante bien parado de ella. Y pensé que los hombres del pasado, los que siglos antes navegaran por aquella ruta en barcos que no eran mejores, hasta la tierra de las palmas, las especies y las arenas amarillas, y en naciones de gentes bronceadas gobernadas por reyes más crueles que Nerón de Roma y más espléndidos que Salomón el Judío. El viejo barco seguía su camino lentamente, agobiado por la edad y el peso de su cargamento, mientras que yo vivía la vida de la juventud con su ignorancia y sus esperanzas. Avanzaba pesadamente a través de una interminable procesión de días; y las letras recién doradas, que reflejaban los rayos de sol del poniente, parecían gritar por encima del mar que se iba oscureciendo, las palabras

pintadas en su popa: “*Judea*, Londres. Obrar o morir”.

»Entramos luego en el océano Índico y nos dirigimos, rumbo norte, hacia Java. Los vientos eran ligeros. Las semanas iban pasando. El barco navegaba lentamente, obrar o morir, y la gente en nuestra tierra empezó a pensar en nosotros como si nos hubiéramos perdido.

»Una tarde de sábado, cuando estaba fuera de servicio, los hombres me pidieron uno o dos cubos de agua para lavar la ropa. Como ya era tarde, no quise desatornillar la bomba de agua potable, por lo que fui hasta la proa silbando y con una llave en la mano para abrir las escotillas de la cala, con la intención de sacar el agua de un tanque de reserva que allí teníamos.

»El olor que vino de abajo fue tan inesperado como espantoso. Se podría pensar que cientos de lámparas de parafina habían estado ardiendo y echando humo en aquella bodega durante días. Me alegré de poder alejarme. El marinero que venía conmigo tosió y dijo: “¡Qué olor más raro, señor!”. Contesté despreocupadamente: “Dicen que es muy bueno para la salud”, y me fui hacia la popa.

»Lo primero que hice fue meter la cabeza por el ventilador del medio del barco. Cuando quité la tapa, un vaho visible, una especie de delgada neblina, una bocanada de débil humo salió de la abertura. El aire que subía era caliente, y tenía un olor pesado a carbón y parafina. Husméé y bajé con cuidado la tapa. No tenía ganas de asfixiarme. La carga estaba ardiendo.

»Al día siguiente empezó a echar humo en serio. Comprenderán ustedes que era de esperar, pues aunque aquel carbón era de una clase segura, la carga había sido movida tantas veces de un lado para otro que se había roto y parecía más carbón menudo de fragua que otra cosa. Además se había mojado más de una vez. Cuando lo recogimos de la gabarra había estado lloviendo y ahora con el largo viaje se había calentado, por lo que se había producido otro caso de combustión espontánea.

»El capitán nos llamó a la cámara. Tenía un mapa extendido sobre la mesa y parecía hundido. Nos dijo: “La costa de Australia Occidental está cerca, pero mi intención es seguir hasta nuestro destino. También es el mes de los huracanes, pero vamos a poner proa a Bangkok luchar contra el fuego. No podemos dar marcha atrás aunque nos aemos todos. Primero vamos a intentar ahogar esa maldita combustión mediante la falta de aire”.

»Lo intentamos. Cerramos todo, pero el humo seguía saliendo. El humo salía por cualquier mínima grieta; se abría camino a través de los mamparos; fluía aquí y allá por todos los lugares en delgados hilos, en una película invisible, de manera incomprensible. Pudo llegar hasta la cámara, en el castillo de proa; envenenó los lugares abrigados de la cubierta, se podía oler hasta en lo alto de la verga mayor. Lo que estaba claro es que si el humo salía, *el aire entraba*. Era descorazonador. La combustión se negaba a dejarse sofocar.

»Decidimos intentarlo con agua, y luego abrimos las escotillas. Enormes cantidades de humo, blanquecino, amarillento, espeso, grasiento, brumoso, asfixiante subieron hasta lo más alto de la galleta del mástil. Toda la tripulación se retiró a la popa. La nube venenosa se disipó y volvimos a trabajar dentro de un humo que era ahora no más espeso que el habitual de la chimenea de una fábrica.

»Aparejamos la bomba impulsora, ajustamos la manga y al poco tiempo estalló. Bueno, era tan vieja como el barco, una manga prehistórica e imposible de reparar. Luego bombeamos con una débil bomba aspirante, echamos agua con cubos y de esta manera logramos con el tiempo llenar una buena parte de la escotilla mayor con el océano Indico. El brillante chorro resplandecía a los rayos de sol, caía dentro de una capa de humo blanco y serpenteante y desaparecía sobre la negra superficie del carbón. El vapor ascendente se mezclaba con el humo. Vertíamos agua salada como si lo hiciéramos en un barril sin fondo. Nuestro destino era bombear en aquel barco, sacar agua bombeando, echar agua bombeando; después de haber sacado agua del barco para salvarnos de morir ahogados, ahora vertíanos frenéticamente agua en su interior para salvarnos de morir quemados.

»Y mientras tanto el barco avanzaba, obrar o morir, con un tiempo sereno. El cielo era un milagro de pureza, un milagro de azul celeste. El mar parecía pulido, azul, diáfano, resplandeciente como una piedra preciosa, extendiéndose por todos los lados hasta el horizonte, como si toda la esfera terrestre fuera una joya, un zafiro colosal, una sola gema tallada en forma de planeta. Y sobre el lustre de las aguas tranquilas el *Judea* se deslizaba imperceptiblemente, envuelto en lánguidos y sucios vapores, en una perezosa nube que flotaba a sotavento, ligera y lenta; una nube pestífera que mancillaba el esplendor del mar y del cielo.

»Por supuesto, durante todo ese tiempo no vimos ningún incendio. El cargamento se consumía en alguna parte del fondo. Una vez Mahon me dijo con una extraña sonrisa, mientras trabajábamos el uno al lado del otro: “Si al menos hiciera un poco de agua, como aquella vez cuando salíamos del Canal, acabaría con este fuego. ¿No es cierto?”. Comenté de modo irreverente: “¿No se acuerda usted de las ratas?”.

»Luchamos contra el fuego y navegamos con tanto cuidado como si nada hubiera ocurrido. El camarero cocinaba y nos servía. De los doce hombres restantes, ocho trabajaban mientras que cuatro descansaban. Cada cual tenía su turno, incluido el capitán. Había igualdad, y si no exactamente fraternidad, sí al menos buena voluntad. Algunas veces un marinero, cuando arrojaba un cubo de agua por las escotillas, gritaba: “¡Hurra por Bangkok!”, y los demás se reían. Pero por lo general estábamos taciturnos y serios —y teníamos sed—. ¡Oh! ¡Cuánta sed! Teníamos que tener mucho cuidado con el agua. Raciones estrictas. El barco echaba humo, el sol ardía... Páseme la botella.

»Lo intentamos todo. Incluso intentamos cavar hasta llegar al fuego. No dio

resultado, por supuesto. Nadie podía permanecer más de un minuto allá abajo. Mahon, que bajó el primero, se desmayó y al hombre que fue a sacarle le pasó lo mismo. Los sacamos a rastras hasta la cubierta. Luego bajé de un salto para demostrar cuán fácilmente podía hacerse. Pero los otros, que habían escarmentado en cabeza ajena, se limitaron a pescarme con un garfio atado a una escoba, según creo. No me ofrecí para bajar de nuevo a recoger mi pala, que había dejado allá abajo.

»Las cosas comenzaron a tomar mal cariz. Botamos la chalupa al agua. El segundo bote estaba preparado para jinglar. Disponíamos también de otro de catorce pies que estaba en el pescante de la popa, un lugar bastante seguro.

»Y entonces, miren ustedes, el humo disminuyó de pronto. Redoblamos nuestros esfuerzos para inundar el fondo del barco. En dos días se acabó el humo por completo. Todo el mundo sonreía. Esto ocurrió un viernes. El sábado no hubo trabajo salvo, por supuesto, seguir navegando. Los hombres se lavaron la ropa y la cara por primera vez en quince días, y recibieron una comida especial. Hablaron con desprecio de combustión espontánea y daban a entender que *ellos* eran capaces de apagar cualquier combustión. En cierto modo, nos sentíamos como si cada uno de nosotros hubiera heredado una gran fortuna. Pero un infernal olor a quemado impregnaba todo el barco. El capitán Beard tenía los ojos hundidos y las mejillas chupadas. Nunca hasta entonces me había fijado cuán torcido y encorvado era. Él y Mahon andaban husmeando precavidamente por ventiladores y escotillas. Me di cuenta de pronto que el pobre Mahon era un hombre muy, muy viejo. En cuanto a mí, me sentía feliz y orgulloso como si hubiera contribuido a ganar una gran batalla naval. ¡Oh, juventud!

»La noche era hermosa. Por la mañana, un barco que volvía a la patria pasó ante nosotros, muy distante —era el primero que veíamos en meses—; pero por fin nos acercábamos a tierra, ya que la isla de Java estaba a unas 190 millas y casi en dirección norte. Al día siguiente me tocaba guardia en la cubierta de ocho a doce. A la hora del desayuno, el capitán comentó: “Es asombroso cómo se siente ese maldito olor en la cámara”. Alrededor de las diez de la mañana, como el primer piloto estaba en la popa, bajé un momento a la cubierta mayor. El banco del carpintero estaba detrás del palo mayor; me apoyé en el banco chupando mi pipa y el carpintero, un muchacho joven, vino a hablar conmigo: “Creo que lo hemos hecho bien, ¿no le parece?”, y luego me di cuenta, molesto, que el muy tonto trataba de inclinar el banco. Le dije secamente: “No lo haga, Chips”, e inmediatamente tuve conciencia de una rara sensación, de una absurda ilusión: de algún modo me pareció que flotaba en el aire. Escuché en torno mío una especie de respiración reprimida que por fin quedaba libre —como si mil gigantes hubieran hecho al mismo tiempo ¡puf!— y sentí un golpe seco que de pronto me produjo dolor en las costillas. No había duda: estaba en el aire y mi cuerpo describía una corta parábola. Pero por corta que fuera me dio tiempo para pensar en varias cosas que, si no me falla la memoria, surgieron

en el siguiente orden: “¿Qué es?”, “Algún accidente”, “¿Un volcán submarino?”, “¡Carbón, gas!”, “¡Por Júpiter, hemos volado!”, “Todo el mundo está muerto, me estoy cayendo por la escotilla de popa, veo el fuego dentro”.

»El polvo de carbón suspendido en el aire de la bodega produjo un rojizo resplandor en el momento de la explosión. En un abrir y cerrar de ojos, en una fracción infinitesimal de segundo desde la primera inclinación del banco, me vi tendido cuan largo era sobre la carga. Me levanté y salí corriendo. Fue tan rápido como un rebote. La cubierta era una selva de madera destrozada, como los árboles en un bosque después de un huracán; una inmensa cortina de trapos sucios se movía suavemente por delante de mí: era la vela mayor hecha trizas. Pensé: “Los mástiles caerán en seguida”; y para escaparme salí a gatas hacia la escalera de popa. La primera persona a la que vi fue Mahon, con los ojos como platos, la boca abierta y todo su largo pelo blanco erizado en torno a su cabeza como un halo de plata. Estaba a punto de bajar cuando la visión de la cubierta principal moviéndose, levantándose, y haciéndose pedazos ante sus ojos, lo petrificó en lo alto de la escalera. Lo miré sin poder creerlo y él me miró a mí con una rara curiosidad asombrada. Yo no sabía que no tenía pelo, ni cejas, ni pestañas y que mi joven bigote estaba quemado, que mi rostro estaba negro, que tenía una mejilla herida, la nariz cortada y la barbilla sangrando. Había perdido mi gorra, una de mis babuchas y mi camisa estaba hecha trizas. No me había dado cuenta de nada de eso. Estaba asombrado de que el barco siguiera a flote, que la cubierta de popa estuviera entera y, sobre todo, que hubiera gente viva todavía. También vi paz del cielo y la serenidad del mar resultaban totalmente sorprendentes. Supongo que esperaba verlos convulsionados por el horror... Páseme la botella.

»Una voz llamaba al barco desde alguna parte; desde el aire, desde el cielo, no lo sabía. En seguida vi al capitán estaba enloquecido. Me preguntó ansiosamente: “¿Dónde está la mesa de la cámara?”, y al oír semejante pregunta me sentí muy asustado. Compréndanlo ustedes, acababa de volar por los aires y vibraba con la experiencia: no estaba aún muy seguro de estar vivo. Mahon empezó a patear el piso con ambos pies y gritó: “¡Por Dios! ¿No usted que ha volado la cubierta?”. Recuperé la voz. Tartamudeé como si fuera consciente de alguna grave negligencia en el cumplimiento de mi deber:

»—No sé dónde está la mesa de la cámara. —Era como un sueño absurdo.

»¿Saben lo que quería después? Bien, quería orientar las vergas. Muy tranquilamente, como si estuviera perdido en sus pensamientos, insistió en poner en cruz las vergas del trinquete. “No sé si queda alguien vivo” dijo Mahon casi llorando. “Seguro”, respondió el capitán, “que habrán quedado suficientes para cruzar las velas del trinquete”.

»El viejo, según parece, estaba en su camarote dando cuerda a los cronómetros

cuando la sacudida lo tiró por el suelo. Inmediatamente se le ocurrió —según contó después— que el barco había chocado contra algo y salió corriendo hacia la cámara. Vio que la mesa de la cámara había desaparecido. Como la cubierta había volado, la mesa había caído dentro del pañol, por supuesto. Donde habíamos desayunado aquella mañana, vio sólo un gran agujero en el suelo. Esto le pareció tan terriblemente misterioso y le impresionó tanto, que lo que vio y escucho después de salir a cubierta le pareció en comparación insignificante. Y, fíjense, se dio cuenta en seguida que la rueda del timón estaba abandonada y que su barco marchaba a la deriva, y su único pensamiento fue que aquel cascarón de barco miserable, desmantelado, sin cubierta y humeante, siguiera poniendo proa a su puerto de destino: ¡Bangkok! Ése era su empeño. Les digo a ustedes que aquel hombrecillo tranquilo, encorvado, patizambo, casi deformado, era grandioso por la fijeza de su idea y por su serena ignorancia de nuestra agitación. Nos hizo avanzar hacia proa con gesto imperativo y luego fue a hacerse cargo él mismo de la rueda del timón.

»Sí; ésa fue la primera cosa que hicimos: ¡orientar las vergas de aquel desecho! Nadie había muerto ni quedado inválido, pero casi todo el mundo estaba más o menos herido. ¡Debían ustedes haberles visto! Algunos vestían harapos, con los rostros ennegrecidos como carboneros y deshollinadores, con las cabezas que parecían casi rapadas al cero, pero que en realidad estaban chamuscadas hasta la piel. Otros, que descansaban de la guardia se despertaron al ser lanzados al aire desde sus literas, tiritaban sin parar y siguieron gimiendo hasta cuando estábamos trabajando. Pero todos trabajaron. Aquella tripulación de Liverpool, formada por gente difícil, tenía aguante. Mi experiencia es que siempre lo ha tenido. Es el mar quien lo da: la inmensidad, la soledad que rodea sus oscuros, imposibles espíritus. ¡Ah! ¡Bien! Tropezamos, gateamos, nos caímos, despellejamos nuestras canillas entre los destrozos, arrastramos cosas. Los palos se sostenían pero no sabíamos hasta qué punto podían estar carbonizados allá abajo. El mar estaba casi calmo, pero de occidente venía una larga marejada y lo ondulaba. Los palos podían caer en cualquier momento. Los mirábamos con aprensión. Nadie podía predecir en qué dirección caerían.

»Después nos retiramos a popa y lo miramos todo. La cubierta era una maraña de tablones de canto, de tablones de punta, de astillas y de madera destrozada. Los mástiles surgían de aquel caos como grandes árboles por encima de una maleza muy densa. Los intersticios de aquella masa de destrozos estaban llenos de algo blancuzco, viscoso, movedizo: parecía una niebla grasienta. El humo de un fuego invisible subía de nuevo, se expandía como una densa y venenosa bruma de algún valle cubierto de madera muerta. Algunas llamas empezaron a subir en espiral entre la masa de astillas. Aquí y allá había trozos de madera, de pie, que parecían postes. La mitad de la bañada había salido despedida a través del trinquete y el cielo enseñaba un trozo de glorioso azul a través de la innoblemente sucia lona. Una porción de varios tablones,

todavía unidos, había caído por encima de las batayolas y uno de los extremos sobresalía del bordo, como un pasamanos que llevara a la nada, como un pasamanos tendido sobre el mar profundo, que llevaba a la muerte, como nos invitara a dar un paseo por la plancha y acabar con nuestros ridículos problemas. Y todavía el aire, el cielo, un fantasma, algo invisible, seguía llamando al barco.

»Alguien tuvo el sentido común de mirar hacia abajo, hacia el mar, y allí, ansioso por volver, estaba el timonel que, impulsivamente, había saltado al agua. Gritó y nadó vigorosamente como un tritón, siguiendo la marcha del barco. Le lanzamos un cable y pronto se encontró entre nosotros chorreando agua y agotado. El capitán había cedido la rueda del timón y, apartado de nosotros, de codos en la banda y la mano en la barbilla miraba pensativo al mar. Nos decíamos: “¿Qué pasará ahora?”. Pensé: “Esto es maravilloso, esto es grandioso. Me pregunto que va a suceder ahora”. ¡Oh, juventud!

»De pronto Mahon divisó un vapor muy lejos, hacia popa. El capitán Beard dijo: “Tal vez podamos hacer algo con el barco todavía”. Izamos dos banderas, que dijeron en el lenguaje internacional del mar: “Fuego a bordo. Necesitamos ayuda inmediata”. El vapor creció rápidamente y pronto nos contestó con dos banderas en el palo trinquete. “Vamos en su auxilio”.

»En media hora estaba a nuestro lado, a barlovento, al habla y balanceándose ligeramente con sus máquinas paradas. Perdimos nuestra compostura y excitados gritamos todos a la vez: “Hemos tenido una explosión”. Un hombre cubierto por un casco blanco gritó desde el puente del vapor: “¡Sí, está bien, está bien!”. Asintió con la cabeza y sonrió, haciendo movimientos de apaciguamiento con sus manos, como si fuéramos un grupo de niños asustados. Lanzaron uno de los botes al agua y vino hacia nosotros con sus largos remos. Cuatro remeros paleaban briosamente. Era la primera vez que veía marineros malayos. Después he tenido ocasión de conocerlos, pero lo que me impresionó entonces fue su indiferencia: atracaron a nuestro costado y ni siquiera el proel, que estaba en pie y enganchaba con un bichero nuestras cadenas, se dignó levantar la cabeza. Me parecía que una gente que había sido víctima de una explosión merecía más atención.

»Un hombrecillo, seco como una astilla y ágil como un mono, trepó a bordo. Era el piloto del vapor. Echó un vistazo y gritó: “¡Muchachos, lo mejor que pueden hacer es dejarlo!”.

»Permanecemos en silencio. El piloto habló aparte con el capitán durante un rato; parecía discutir con él. Luego los dos se fueron juntos al vapor.

»Cuando nuestro capitán volvió, nos enteramos de que el vapor era el *Sommerville*, mandado por el capitán Nash, que iba desde Australia Occidental hasta Singapur, vía Batavia, con correo; habían acordado que el vapor nos remolcaría hasta Anjer o Batavia, si era posible, donde podríamos apagar el fuego barrenando el barco,

¡y luego seguiríamos hasta Bangkok! El viejo parecía muy excitado. “Todavía podemos conseguirlo”, le dijo desafiante a Mahon. Agitó el puño hacia el cielo. Nadie más dijo una sola palabra.

»A mediodía el vapor empezó a remolcarnos. Avanzaba delante de nosotros, sutil y altivo, y lo que quedaba del *Judea* le seguía al final de un cable remolcador de sesenta brazas; le seguía con rapidez, como una nube de humo con las puntas de los mástiles sobresaliendo por encima de ella. Nos enramamos para aferrar las velas. Tosíamos en las vergas y teníamos cuidado con los senos del velamen. ¿Pueden imaginarnos así, aferrando cuidadosamente las velas de aquel navío condenado a no llegar a ninguna parte? No había hombre que no pensara que en cualquier momento los mástiles podían venirse abajo. Desde arriba no podíamos ver el buque debido al humo y trabajábamos con esmero, pasándonos los tomadores ordenadamente. “¡Acurrullar las velas ahí arriba!”, gritaba Mahon desde abajo.

»¿Lo entienden? No creo que ninguno de los hombres esperara bajar de manera normal. Cuando lo hicimos, les oí decirse unos a otros: “Bueno, creí que bajaríamos cayendo al mar, todos en un montón, palos y lo demás, te lo juro”. “Eso es lo que yo pensaba también”, contestó otro agotado, golpeado y vendado como un espantapájaros. Y tengan en cuenta que eran hombres que no habían sido educados en el hábito de la obediencia. Para un observador superficial podían parecer un grupo de picaros sin remisión. ¿Qué les impulsó a hacerlo, qué les impulsó a obedecerme cuando yo, pensando que mis órdenes eran correctas, les hice deshacer dos veces el plegado de una vela para que intentaran hacerlo mejor? ¿Qué? No tenían reputación profesional: ni ejemplos, ni elogios. No fue su sentido del deber; todos sabían muy bien escurrir el bulto, vagar y esquivar el trabajo, cuando querían, y normalmente querían. ¿Eran las dos libras y diez peniques por mes que los habían llevado al barco? Creían que su paga no era ni la mitad de lo que debía ser. No, era algo que había en ellos, algo innato, sutil, imperecedero. No diría de modo tajante que una tripulación de marineros franceses o alemanes no habría hecho lo mismo, pero sí dudo de que lo hubieran hecho de la misma manera. Había integridad, algo tan sólido como un principio, y una maestría instintiva: la manifestación de algo secreto, de algo escondido, ese sentido del mal o del bien que produce una diferencia racial determinante, que modula el destino de las naciones.

»Fue aquella noche, a las diez, cuando, por primera vez desde que estábamos luchando con él, vimos el fuego. La velocidad del remolque había actuado como un abanico avivando la humeante ruina. Un fulgor azul apareció en la proa, brillando bajo los destrozos de la cubierta. Oscilaba en un lado y en otro y parecía moverse y arrastrarse como la luz de una luciérnaga. Fui el primero en verlo y se lo dije a Mahon. “Entonces todo está perdido”, contestó. “Tenemos que suspender en seguida el remolque o va a empezar a arder repentinamente a proa y a popa antes de que nos

dé tiempo de escapar”. Empezamos a gritar, a tocar las campanas para llamar la atención de los del otro barco, pero siguieron remolcándonos. Por fin Mahon y yo tuvimos que gatear hacia proa y cortar el cabo con un hacha. No hubo tiempo de soltar las amarras. Se veían lenguas de fuego que lamían la selva de astillas que estaba bajo nuestros pies, mientras intentábamos volver a popa.

»Por supuesto, en el vapor se dieron cuenta en seguida de que el cable había desaparecido. El vapor lanzó un silbido muy fuerte, sus luces barrieron un amplio círculo, se acercó hasta ponerse a nuestro lado y se detuvo. Estábamos todos apiñados en la popa mirando al barco. Cada hombre había salvado un hatillo o una bolsa. De pronto una llama cónica, trenzada en su cúspide, surgió en la proa y reflejó sobre el negro mar un círculo de luz, en cuyo centro flotaban suavemente los dos barcos, uno junto a otro. El capitán Beard había permanecido sentado en las jaretas, tranquilo y mudo durante horas, pero ahora se levantó lentamente y avanzó frente a nosotros, hasta la jarcia del mesana. El capitán Nash gritó: “¡Vengan en seguida! No se paren. Tengo los sacos de correo a bordo. Les llevaré a ustedes y a sus botes hasta Singapur”.

»—¡Gracias! ¡No! —dijo nuestro capitán—. Tenemos que ver el fin de nuestro barco.

»—No puedo esperar más —gritó el otro—. El correo —ya sabe usted.

»—¡Sí, sí! Estamos bien.

»—¡Muy bien! Informaré sobre ustedes en Singapur... ¡Adiós!

»Se despidió con la mano. Nuestros hombres dejaron caer sus bultos silenciosamente. El vapor se adelantó y, atravesando el círculo de luz, desapareció en seguida de nuestra vista, deslumbrada por el fuego que ardía ferozmente. Y entonces supe que iba a ver el Oriente por primera vez como capitán de un botecillo. Pensé que era estupendo; y que la fidelidad al viejo barco era también estupenda. Que íbamos a ver su final. ¡Oh, el encanto de la juventud! ¡Su fuego era más deslumbrante que las llamas del barco que ardía, que lanzaban su luz mágica sobre la ancha tierra saltando audazmente hacia el cielo que el tiempo, más cruel, más amargo, más despiadado que el mar, terminaría por apagar... y al igual que el barco en llamas, estaba rodeado por una noche impenetrable!

»El viejo nos advirtió, con su estilo cortés e inflexible, que era deber nuestro salvar para los aseguradores la mayor cantidad posible de aparejos del barco. En consecuencia, fuimos a trabajar a popa, mientras que la proa ardía, iluminándonos. Sacamos una gran cantidad de trastos inútiles. ¿Qué fue lo que dejamos atrás? Un viejo barómetro fijado con una cantidad absurda de tornillos casi me costó la vida: una repentina ráfaga de humo me envolvió y me salvé por los pelos. Había víveres, rollos de lona, cuerdas; la popa parecía un bazar marino y los botes fueron cargados hasta las bordas. Parecía como si el viejo quisiera llevar consigo todo lo que pudiera

de su primer mando. Estaba muy, muy tranquilo, pero evidentemente fuera de sus cabales. ¿Lo creerán ustedes? Quiso llevar consigo un trozo de calabrote viejo y un anclote de la chalupa. Le dijimos: “Sí, señor; sí, señor”, con deferencia, pero cuando no se dio cuenta dejamos caer todo aquello por la borda. También se fue por el mismo camino un pesado botiquín, dos bolsas de café verde, latas de pintura —¡imagínense, pinturas!—, un montón de cosas. Después recibí la orden de que con dos hombres de la tripulación entrara en los botes para estibar y prepararlos para el momento en que fuera necesario abandonar el barco.

»Pusimos todo en su lugar, plantamos el mástil de la chalupa para nuestro capitán, que iba a hacerse cargo de ella, y realmente me alegré de poder sentarme un momento. Sentía el rostro despellejado, me dolía cada articulación como si estuviera rota, me dolían las costillas y hubiera jurado que me había torcido el espinazo. Los botes, amarrados a popa, yacían en una sombra profunda, y por todas partes se podía ver el círculo del mar iluminado por el fuego. Una llama gigantesca surgió recta y clara en la proa, resplandeciendo ferozmente, con ruidos como zumbidos de alas, con el estruendo de un trueno. Hubo crujidos, detonaciones y desde el cono de la llama las chispas volaron hacia arriba, porque el hombre ha nacido para tener problemas, para barcos que hacen agua y barcos que arden.

»Lo que me molestaba era que con el barco yaciendo de costado a la marejada, con el poco viento que había —una ligera brisa— los botes no se mantenían junto a la popa, donde estaban seguros, sino que se empeñaban, con esa terquedad propia de los botes, en pasar bajo la bovedilla y torcer hacia el costado. Chocaban alarmantemente y se acercaban a las llamas, mientras el barco se balanceaba y, por supuesto, seguía en pie el peligro de que los mástiles cayeran en cualquier momento. Yo y los dos marineros los manteníamos a raya de la mejor manera posible con remos y con bicheros, pero empezó a ser desesperante estar haciéndolo continuamente, puesto que ya no había razón para que no se abandonara de una vez el barco. No podíamos ver a los que estaban a bordo ni imaginar la causa del retraso. Los dos marineros juraban en voz baja y no sólo tuve que hacer mi trabajo, sino esforzarme en que lo hicieran dos hombres que mostraban tendencia a abandonarse y dejar correr las cosas.

»Por fin grité: “¡Eh, los de cubierta!”, y alguien se asomó por el costado. “Ya estamos preparados”, dije. La cabeza desapareció y muy pronto reapareció de nuevo: “El capitán dice está bien, señor, y que mantenga los botes bien alejados del barco”.

»Pasó media hora. Repentinamente se produjo un estrépito, traqueteos, rechinar de cadenas, silbidos de agua, y millones de chispas saltaron dentro de una temblorosa columna de humo que se elevaba ligeramente por encima del barco. Las serviolas se habían quemado y las dos anclas al rojo vivo se habían ido al fondo, arrastrando tras ellas doscientas brazas de cadenas también al rojo vivo. El barco tembló, la masa llameante se inclinó como si fuera a caer y el mastelero de proa cayó de golpe. Se

precipitó como si fuera una flecha de fuego, se sumergió e instantáneamente reapareció a una distancia de los botes no mayor a la longitud de un remo, flotando tranquilamente, muy negra sobre el luminoso mar. Grité de nuevo a los que estaban en cubierta. Después de algún tiempo un hombre, en un tono inesperadamente alegre pero sofocado, como si intentara hablar con la boca cerrada, me informó: “Vamos en seguida, señor”, y desapareció. Durante largo tiempo no oí más que el zumbir y el rugir del fuego. Se oían también silbidos. Los botes saltaban, tiraban de las bozas, se abordaban juguetonamente unos a otros, chocaban de costado o, a pesar de que hacíamos lo que podíamos, se agolpaban contra el costado del buque. No pude aguantar más; trepé por una cuerda y salté a bordo por la popa.

»Había tanta claridad como si fuera de día. Al entrar en el barco de esa manera, el fuego que me dio en la cara me pareció una visión aterradora y al principio el calor me resultó insoportable. En un canapé almohadillado procedente de la cámara dormía el capitán Beard, con las piernas dobladas y un brazo bajo la cabeza, iluminado por las llamas. ¿Saben a lo que se estaba dedicando el resto de la tripulación? Estaban sentados en la cubierta de popa alrededor de una caja abierta, comiendo pan y queso y bebiendo cerveza de malta.

»Con un fondo de llamas que se retorcían ferozmente sobre sus cabezas parecían tan tranquilos como salamandras, y tenían el aspecto de una banda de piratas desesperados. El fuego se reflejaba en el blanco de sus ojos, en los trozos de piel blanca que se veían entre las camisas rotas. Todos tenían señales de la batalla: cabezas vendadas, brazos en cabestrillo, pedazos de trapo sucio rodeando sus rodillas y cada cual tenía una botella entre las piernas y un trozo de queso en las manos. Mahon se incorporó. Con su hermosa y descuidada cabeza, su perfil aguileño, su larga barba blanca y una botella descorchada en la mano parecía uno de aquellos audaces ladrones del mar de la antigüedad divirtiéndose entre la violencia y el desastre. “La última comida a bordo”, explicó solemnemente, “no hemos comido en todo el día y no podemos dejar todo esto”. Blandió la botella y señaló al capitán dormido. “Dijo que no podía tragar ni un bocado, así que le convencí de que se tumbara”, prosiguió mientras yo le miraba. “No sé si usted se ha dado cuenta, joven, pero este hombre casi no ha dormido en días y en los botes maldita la ocasión que habrá para ello”. “Muy pronto no habrá botes, si ustedes siguen haciendo tonterías durante mucho tiempo”, dije indignado. Me dirigí al capitán y le sacudí los hombros. Por fin abrió los ojos, pero no se movió: “Es el momento de irnos, señor”, dije tranquilamente.

»Se levantó con esfuerzo, miró las llamas, el mar resplandeciente que rodeaba el barco y que estaba negro, negro como la tinta a más distancia; miró a las estrellas, que brillaban débilmente a través de un tenue velo de humo en un cielo negro como el Erebo. “Los jóvenes primero”, dijo.

»Y un marinero, limpiándose la boca con el revés de la mano, se levantó, saltó por encima del cornamento y desapareció. Los otros le siguieron. Uno, cuando iba a saltar, se detuvo un momento para apurar su botella y con un gran impulso de su brazo la lanzó al fuego gritando: «¡Toma esto!».

»El capitán se demoró, desconsolado, y le dejamos para que reflexionara un rato sobre su primer mando. Después subí de nuevo y, por último, le saqué de allí. Ya era hora. El hierro de la popa estaba al rojo.

»Luego cortamos la boza de la chalupa y tres botes, trincados entre sí, se alejaron del buque. Lo abandonamos exactamente dieciséis horas después de la explosión. Mahon se había hecho cargo del segundo bote y yo del pequeño, que tenía catorce pies. En la chalupa hubiéramos cabido todos, pero el capitán dijo que teníamos que salvar la mayor cantidad de propiedades que fuera posible para los aseguradores, y de esa manera conseguí yo mi primer mando. Llevaba dos hombres conmigo, una caja de galletas, unas cuantas latas de carne y un barrilito de agua. Recibí la orden de mantenerme lo más cerca posible de la chalupa para que en el caso de mal tiempo pudiéramos trasladarnos a ella.

»¿Y saben ustedes en qué pensé? Pensaba en separarme de los demás tan pronto como pudiera. Quería que mi primer mando fuera para mí solo. No quería navegar en escuadra si tenía la oportunidad de hacerlo de modo independiente. Llegaría a tierra yo solo. Y llegaría antes que los otros botes. ¡Juventud! ¡Juventud! La loca, encantadora y hermosa juventud.

»Pero no nos pusimos en marcha en seguida. Debíamos ver el fin del barco. Así que los botes flotaron toda aquella noche, siguiendo el movimiento de las olas. Los hombres dormitaban, se despertaban, suspiraban y gruñían. Yo contemplaba el barco en llamas.

»Entre la oscuridad de la tierra y del cielo, el barco ardía ferozmente sobre un disco de mar púrpura formado por los destellos rojos de las llamas; sobre un disco de agua resplandeciente y siniestro. Una llama alta y bien visible, una inmensa y solitaria llama, ascendía del océano y en su cúspide el humo salía continuamente hacia el cielo. Ardía con furia; lúgubre e impresionante como una pira funeraria encendida en la noche, rodeada por el mar, vigilada por las estrellas. Al viejo barco le había llegado una muerte magnífica al final de sus laboriosos días, como una gracia, como un regalo, como una recompensa. La rendición de su agotado espíritu a la custodia de las estrellas y el mar era tan conmovedora como la visión de un glorioso triunfo. Los mástiles se vinieron abajo antes del amanecer y durante un momento hubo un estallido y un remolino de chispas que parecía llenar de fuego volador la tranquila y vigilante noche, la vasta noche que yacía silenciosamente sobre el mar. Al amanecer quedaba sólo un cascarón carbonizado, flotando quietamente bajo una nube de humo, y que llevaba aún una incandescente masa de carbón en su interior.

»Luego sacamos los remos, y los botes, formando una línea, se movieron en torno a sus restos como si fueran en procesión, con la chalupa en cabeza. Al cruzar por delante de la popa, un fino dardo de fuego salió disparado malignamente hacia nosotros, y de pronto el barco se hundió, primero la proa, con un gran silbido de vapor. Lo que quedaba de la popa fue lo último que se hundió, pero la pintura había desaparecido, se había resquebrajado, desprendido, y ya no estaban las letras, no había ninguna palabra, ningún lema tenaz como su alma, para lucir al sol naciente su credo y su nombre.

»Pusimos proa al norte. Se levantó una brisa y alrededor del mediodía todos los botes se juntaron por última vez. No tenía ni mástil ni vela en el mío, pero improvisé uno con un remo de reserva e icé un toldo como vela con un bichero como verga. Ciertamente que era demasiada arboladura, pero tuve la satisfacción de saber que con el viento de popa podía adelantar a los otros dos. Tuve que esperarlos. Después echamos un vistazo a la carta del capitán y luego de una sociable comida de pan y agua, recibimos nuestras últimas instrucciones. Eran sencillas: seguir rumbo norte y mantenernos juntos todo lo que fuera posible. “Tenga usted cuidado con el aparejo, Marlow”, dijo el capitán; y Mahon, cuando adelanté orgullosamente a su bote, arrugó su curvada nariz y gritó: “Joven, navegará usted muy pronto bajo el agua con esa embarcación si no tiene cuidado”. Era un viejo malicioso: ¡que el profundo mar donde ahora duerme le mezca suavemente, que le mezca tiernamente hasta el final de los tiempos!

»Antes de que se pusiera el sol un fuerte chubasco cayó sobre los dos botes, que estaban bastante lejos a popa, y ésa fue la última vez que los vi durante un tiempo. Al día siguiente, sentado, dirigía mi barquito —mi primer mando— sin nada más que agua y cielo a mi alrededor. Por la tarde vi a lo lejos las altas velas de un barco, pero no dije nada y mis hombres no lo vieron. Es que yo temía que el barco navegara hacia la patria y no quería volver otra vez cuando había llegado a las puertas del Oriente. Navegaba hacia Java: otro nombre bendito, como Bangkok. Y seguí durante muchos días.

»No necesito contar lo que es ir trasteando en un bote abierto. Me acuerdo de las noches y los días de calma, cuando remábamos y el bote parecía mantenerse quieto, como si estuviera hechizado, dentro del círculo del horizonte marino. Me acuerdo del calor, del diluvio de chubascos que nos obligaba a achicar para salvar la vida (pero que llenaba nuestro barril de agua) y me acuerdo de dieciséis horas seguidas con la boca tan seca como la ceniza y un remo haciendo de timón a popa para mantener a mi primer mando en su rumbo en un mar turbulento. Hasta entonces no supe lo que era capaz de hacer. Me acuerdo de los rostros ojerosos, las abatidas figuras de mis dos hombres y me acuerdo de mi juventud y del sentimiento que jamás volveré a tener: el sentimiento de que podía resistir para siempre, sobrevivir al mar, a la tierra y a todos

los hombres; ese engañoso sentimiento que nos eleva hacia las alegrías, hacia los peligros, hacia el amor, hacia el vano esfuerzo, hacia la muerte; la convicción triunfante de la fuerza, el calor de la vida en un puñado de polvo, el resplandor en el corazón que cada año se hace más débil, más frío, más pequeño, y expira, y expira demasiado pronto, demasiado pronto, antes que la vida misma.

»Y así es como veo al Oriente. He visto sus lugares secretos y he contemplado su mismísima alma; pero ahora lo veo siempre desde un pequeño bote, una alta silueta de montañas azules y lejanas en la mañana; como una débil bruma al mediodía; una mellada muralla de púrpura al ponerse el sol. Tengo la sensación del remo en la mano, la visión de un abrasador mar azul en mis ojos. Y veo una bahía, una ancha bahía, lisa como el cristal y pulida como el hielo, rielando en la noche. Una luz roja brilla a lo lejos sobre la oscuridad de la tierra y la noche es suave y calurosa. Arrastramos los remos con brazos doloridos y de repente un soplo de viento, débil y tibio y cargado de olores exóticos de flores, de maderas aromáticas, surge de la noche tranquila: el primer suspiro del Oriente sobre mi rostro. Nunca podré olvidarlo. Fue algo impalpable y cautivador, como un hechizo, como una susurrada promesa de delicias misteriosas.

»Llevábamos remando once horas en el esfuerzo final. Dos remaban y al que le tocaba descansar se sentaba en la caña del timón. Divisamos una luz roja en la bahía y nos dirigimos hacia ella, adivinando que debía ser la señal de algún pequeño puerto costero. Pasamos frente a dos barcos extraños y de alta popa que dormían anclados y al acercarnos a la luz, ahora muy débil, la proa del bote chocó contra el extremo de un muro rompeolas. Estábamos ciegos de fatiga. Mis hombres dejaron caer los remos y cayeron en el bote como si estuvieran muertos. Apreté remando hacia un pilote. Una corriente se rizaba suavemente. La perfumada oscuridad de la costa se agrupaba en vastas masas, una densidad colosal de exuberante vegetación, probablemente, de formas mudas y fantásticas. Y al pie, el semicírculo de un barco resplandecía débilmente, como una ilusión. No había ni una luz, ni un movimiento, ni un sonido. El misterioso Oriente se presentaba ante mí, perfumado como una flor, silencioso como la muerte, oscuro como una tumba.

»Y yo estaba allí sentado, indescriptiblemente cansado, exultante como un conquistador, insomne y fascinado como si me encontrara ante un profundo y fatal enigma.

»Un chapoteo de remos, un golpeteo medido que reverberaba sobre el nivel del agua, intensificado por el silencio de la costa, sonando como palmadas, me hizo saltar. Un bote, un bote europeo entraba. Invoqué el nombre del muerto: “¡Eh, *Judea!*”, y un débil grito fue la respuesta.

»Era el capitán. Me había adelantado en tres horas al buque capitán y me alegré al escuchar de nuevo la voz del viejo, trémula y cansada. “¿Es usted, Marlow?”.

“Cuidado con el rompeolas, señor”, grité.

»Se acercó con cautela, trayendo consigo la sondaleza que había salvado para los aseguradores. Aflojé mi boza y atraqué al costado. Estaba sentado, era una figura rota en la popa, mojado por el rocío, las manos cruzadas en el regazo. Sus hombres ya estaban dormidos. Lo he pasado muy mal, murmuró. “Mahon viene detrás, no muy lejos”. Conversamos en susurros, en susurros muy bajos, como si tuviéramos miedo de despertar a la tierra. Ni cañonazos, ni truenos, ni terremotos hubieran podido despertar a los hombres en aquel momento.

»Mirando a mi alrededor mientras hablábamos, vi allá lejos, en el mar, una luz que se movía en la noche. “Ahí va un vapor que está cruzando la bahía”, dije. No estaba cruzando, estaba entrando e incluso se acercó y echó el ancla. “Desearía”, dijo el viejo, “que averigüe si es inglés. Tal vez nos daría pasaje a algún lugar”. Parecía lleno de ansiedad. Así que mediante tirones y patadas conseguí infundir en uno de mis hombres una especie de sonambulismo y dándole un remo cogí otro y bogamos hacia las luces del vapor.

»Se oían ecos de voces en él, choques metálicos en el departamento de máquinas y pasos sobre cubierta. Sus portañolas brillaban redondas como ojos dilatados. Había formas que se movían y se veía borrosamente a un hombre en lo alto del puente. Oyó mis remos.

»Y antes de que pudiera abrir los labios, el Oriente me habló, pero lo hizo con voz occidental. Un torrente de palabras fue vertido en el silencio enigmático, fatal; palabras estafalarias y coléricas, mezcladas con palabras e incluso con frases enteras en buen inglés, menos extraño pero aún más sorprendente. La voz juraba y maldecía violentamente, acribillaba la solemne paz de la bahía con un torrente de injurias. Comenzó por llamarme cerdo, y de ahí continuó *in crescendo* con adjetivos inmencionables, en inglés. El hombre de allá arriba bramaba con dos lenguas y con tal sinceridad en su furia que casi me convenció de que yo, de algún modo, había pecado contra la armonía del universo. Apenas podía verle, pero empecé a pensar que podía darle un ataque.

»De repente cesó y le pude oír resoplando y bufando como una marsopa. Pregunté:

»—¿Tendría la amabilidad de decirme qué vapor es éste?

»—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes?

»—Los náufragos de un bergantín quemado en el mar. Hemos llegado esta noche. Yo soy el segundo oficial. El capitán está en la chalupa y desea saber si puede usted darnos pasaje para algún sitio.

»—¡Oh, cielos! Vaya... Éste es el *Celestial*, de Singapur, en su viaje de retorno. Lo arreglaré con su capitán por la mañana... y..., vaya, ¿me han oído justamente ahora?

»—Creo que le ha oído toda la bahía.

»—Les tomé por un bote del muelle. Ahora, mire, ese canalla de celador se ha dormido otra vez, maldito sea. La luz se ha apagado y casi me estrello contra el extremo de este maldito rompeolas. Es la tercera vez que me hace esa jugada. Le pregunto: ¿se puede aguantar una cosa así? Es como para volver loco a un hombre. Daré parte... Conseguiré que el residente ayudante le eche... Ve, no hay luz, está apagada, ¿no es cierto? Le tomo a usted como testigo de que la luz está apagada. Tiene que haber una luz, ¿sabe usted? Una luz roja encendida en...

»—Había una luz —dije con suavidad.

»—¡Pero está apagada, hombre! ¿Para qué vamos a hablar más? Puede ver usted por sí mismo que está apagada, ¿no es cierto? Si tuviera que arribar en un vapor valioso a esta costa olvidada de Dios, usted querría también una luz. Voy a dar a ese tipo un puntapié que lo mande al otro extremo del rompeolas. Ya lo verá. Le voy...

»—¿Así que puedo decir a mi capitán que nos llevará usted? —le interrumpí.

»—Sí. Les llevaré. Buenas noches —dijo bruscamente.

»Bogué, pues, atraqué de vuelta junto al rompeolas, y por fin pude dormir. Me había encontrado con el silencio del Oriente. Había oído una parte de su idioma. Pero cuando abrí los ojos de nuevo, el silencio era tan completo como si nunca hubiera sido roto. Estaba tumbado, envuelto en luz, y el cielo nunca me había parecido tan lejano, tan alto antes. Abrí los ojos y me quedé allí sin moverme.

»Y luego vi a los hombres del Oriente: me miraban; el muelle rompeolas entero estaba lleno de gente. Vi rostros morenos, bronceados y amarillos, ojos negros, el resplandor, el color de una multitud oriental. Y todos aquellos seres contemplaban fijamente sin un murmullo, sin un suspiro, sin un movimiento. Contemplaban de hito en hito los botes, los hombres dormidos que por la noche les habían llegado del mar. Nada se movía. Las frondas de palmas se recortaban quietas contra el cielo. Ni una rama se movía a lo largo de la costa y los rojizos tejados de las escondidas casas asomaban a través del verde follaje, entre las grandes hojas que colgaban relucientes e inmóviles como hojas forjadas de un pesado metal. Ése era el Oriente de los navegantes antiguos, viejo, misterioso, resplandeciente y sombrío, viviente e inmutable, lleno de peligros y de promesas. Y aquellos eran los hombres. Me incorporé de pronto. Una oleada de movimiento atravesó la muchedumbre de punta a punta, recomió las cabezas, inclinó los cuerpos y corrió por el rompeolas como una rizadura sobre el agua, como un soplo de viento sobre el campo y todo volvió a quietarse de nuevo. Lo puedo ver ahora, la ancha extensión de la bahía, las arenas resplandecientes, la riqueza del verde infinito y variado, el mar azul como el mar de un sueño, la muchedumbre de rostros atentos, el brillo de un vivido color, el agua que lo reflejaba todo, la curva de la costa, el rompeolas, los estafalarios buques de altas popas que flotaban tranquilamente y tres botes de cansados occidentales que dormían,

inconscientes del país y de la gente y de la violencia del brillo del sol. Dormían echados sobre los bancos, acurrucados en el fondo, en despreocupadas actitudes de muerte. La cabeza del viejo capitán, apoyado en la popa de la chalupa, había caído sobre su pecho y parecía como si nunca fuera a despertar. Algo más lejos el rostro del viejo Mahon estaba vuelto hacia el cielo, con su larga barba blanca extendida sobre el pecho, como si le hubieran pegado un tiro allí donde estaba sentado, en la caña del timón; y uno de los hombres, hecho un ovillo en la proa, dormía abrazado al tope de la roda y con la mejilla contra la regala. El Oriente les miraba sin hacer ni un ruido.

»Desde entonces supe de su fascinación; he visto sus costas misteriosas, el agua tranquila, las tierras de bronceadas naciones donde una furtiva Némesis acecha, persigue, atrapa a tantos miembros de la raza conquistadora que tan orgullosos están de su sabiduría, de sus conocimientos, de su fuerza. Pero para mí todo el Oriente está en esa visión de mi juventud. Está todo en aquellos momentos en que abrí mis jóvenes ojos frente a él. Lo vi tras luchar contra el mar y yo era joven: lo vi mirándome. ¡Y eso es todo lo que queda! Sólo un momento; un momento de vigor, de romanticismo, de encanto, ¡de juventud!... Una ráfaga de sol sobre una costa exótica, un momento para recordar, un momento para suspirar y adiós. Buenas noches. ¡Adiós!...

Bebió.

—¡Ah, aquellos buenos tiempos! ¡Aquellos buenos tiempos! La juventud y el mar. ¡El encanto y el mar! El mar, fuerte y bueno, el mar salado y amargo, que te susurra en el oído, que ruga y te arranca el aliento.

Volvió a beber.

—Pero todo eso tan maravilloso, ¿es el mar en sí mismo o es sólo la juventud? ¿Quién sabe? Pero ustedes, todos los que están aquí, han conseguido algo en la vida: dinero, amor —lo que se puede conseguir en la tierra—, pero díganme: ¿no eran mejores tiempos aquellos en que éramos jóvenes en el mar, en que sólo teníamos la juventud en un mar que no da nada, excepto rudos golpes y a veces oportunidad para sentir la propia fuerza —sólo eso—, no es lo que echamos de menos?

Y todos asentimos con la cabeza: el hombre de las finanzas, el hombre de las cuentas, el hombre de leyes, todos asentimos sobre la pulida mesa que, como una superficie quieta de pardas aguas, reflejaba nuestros rostros surcados y arrugados; nuestros rostros marcados por el trabajo, por las decepciones, por el éxito, por el amor; nuestros cansados ojos seguían buscando quietos, buscando siempre, buscando ansiosamente algo de la vida, que, mientras esperamos, se ha ido ya: que se ha ido sin ser visto, en un susurro, en un relámpago, junto con la juventud, con la fuerza, con la fantasía de las ilusiones.

El socio

—¡Qué historia más estúpida! Los barqueros llevan años, aquí en Westport, contando esa mentira a los veraneantes. Algo tienen que contar para que pase el rato esa gente que se hace pasear en barca a chelín por barba y preguntan tonterías. ¿Hay algo más estúpido que hacer que le paseen a uno en barca frente a una playa? Es como tomar una limonada aguada cuando no se tiene sed. ¡No entiendo por qué lo hacen! Ni siquiera se marean.

Junto a su codo había un olvidado vaso de cerveza; el lugar era el pequeño y respetable salón de fumadores de un hotel pequeño y respetable y mi gusto por hacer amigos ocasionales era la razón por la que yo estaba, a hora tan tardía, sentado con él. Sus mejillas grandes, aplastadas y arrugadas estaban bien rasuradas; de su barbilla colgaba un mechón espeso y cuadrado de cabellos blancos; su balanceo acentuaba la profundidad de su voz; y su desprecio general hacia las actividades y moralidades de los seres humanos se expresaba en la gallarda colocación de su grande y suave sombrero de fieltro negro, de anchas alas, que jamás se quitaba.

Su apariencia era la de un antiguo aventurero, retirado después de muchas aventuras impías en los más oscuros rincones de la tierra; pero tenía mis razones para creer que nunca había salido de Inglaterra. De una observación fortuita que alguien dejó caer deduje que en su juventud había tenido algo que ver con barcos, pero con barcos anclados en los muelles. Tenía una fuerte personalidad. Fue esto lo primero que atrajo mi atención. Pero no era fácil de clasificar y antes del fin de semana me conformé con una vaga definición: «Un rufián viejo e imponente». Una tarde lluviosa, oprimido por un aburrimiento infinito, entré en la sala de fumadores. Estaba allí sentado en una inmovilidad absoluta, tan impresionante como la de un fakir. Me estaba preguntando cómo sería la vida de aquel hombre, su *milieu*, sus relaciones privadas, sus opiniones, su moralidad, sus amigos e incluso su esposa, cuando con gran sorpresa mía inició una conversación con voz profunda y rezongona.

He de hacer constar que cuando alguien le dijo que yo escribía cuentos empezó a darse por enterado de mi existencia por la mañana mediante vagos gruñidos.

Era por naturaleza hombre taciturno. Sus frases fragmentarias producían cierto efecto de rudeza. Pasó algún tiempo antes de que descubriera que lo que le interesaba era saber cómo se hacían los cuentos, los cuentos para Los periódicos.

¿Qué podía uno decirle a un hombre semejante? Pero yo estaba mortalmente aburrido, el tiempo seguía siendo horrible, y decidí mostrarme amable con él.

—Así que usted mismo se inventa sus cuentos. ¿Cómo se le ocurren? —rugió.

Le expliqué que generalmente algo le da a uno una idea para escribir un cuento.

—¿Qué clase de idea?

—Por ejemplo —dije—, el otro día me hice llevar en barca hasta las rocas. El

barquero me habló de un naufragio ocurrido en esas mismas rocas hace casi veinte años. Eso puede sugerir un cuento principalmente descriptivo, con un título, pongamos por caso, como *En el Canal*.

Fue entonces cuando se irritó con los barqueros y con los veraneantes que escuchaban esos cuentos. Sin mover un músculo de su rostro lanzó un potente «¡Sandeces!» desde las profundidades de su pecho y siguió hablando con un murmullo ronco y fragmentario:

—Miran esas estúpidas rocas, mueven sus estúpidas cabezas (los veraneantes, supuse)... ¿Qué creen que es un hombre? ¿Una bolsa de papel rellena de aire, o qué? ¿Que revienta cuando le pegan? ¡Maldito cuento estúpido! ¡Una ideal!... ¿Una mentira?

Imagínense a aquel escultórico rufián, coronado por el fieltro negro de su sombrero, soltando todas aquellas palabras como un perro viejo que gruñe de vez en cuando, con la cabeza erguida y los ojos fijos.

—De acuerdo —exclamé—. Pero aunque no sea cierto, es una idea que me permite ver esas rocas, la tempestad de que hablan, las olas revueltas, etc., relacionándolas con la gente. La lucha contra las fuerzas naturales y el efecto de todo ello al menos sobre alguien en particular, digamos, exaltado...

Me interrumpió con un agresivo:

—¿Es que la verdad significa algo para usted?

—No me atrevería a decirlo —contesté cautamente—. Se dice que la verdad es más rara que la ficción.

—¿Quién dice eso? —articuló.

—¡Oh! Nadie en particular.

Me volví hacia la ventana; me molestaba aquel altivo mendigo con su brazo inmóvil sobre la mesa. Supongo que fue mi actitud poco cortés la que le incitó a un discurso relativamente largo.

—¿Ha visto usted alguna vez rocas tan tontas como ésas? Parecen ciruelas sobre un trozo de pastel frío.

Las miré: un acre o más de puntos negros esparcidos entre las sombras gris acero de un mar liso, bajo una niebla gris, vaporosa y uniforme, una mancha informe más clara a un lado: la velada blancura de un peñasco que se desprendía como un resplandor difuso y misterioso. Era un cuadro delicado y maravilloso, expresivo, sugestivo y desolado, una sinfonía en gris y negro: un Whistler. Pero lo que dijo la voz después me hizo volverme. La voz rezongona, con concisa energía, despreció toda idea relacionada con olas rugientes y luego prosiguió:

—Yo no aguanto esas tonterías de mirar las rocas de ahí fuera..., prefiero acordarme de una oficina que solía visitar, una oficina en Londres, en una de esas callejas detrás de la estación de Cannon Street...

Se expresaba de modo deliberado; no entrecortado, sino fragmentario; y a veces blasfemo.

—Es una relación bastante lejana —observé aproximándome a él.

—¿Relación? ¡Al diablo con sus relaciones! Fue un accidente.

—Sin embargo —dije—, un accidente está relacionado con cosas anteriores y posteriores, que si uno pudiera explicarlas...

Sin moverse, parecía escuchar atentamente.

—¡Ajá! Explicarlas. Eso es lo que quizá pueda usted hacer. ¿No es cierto? Esto no tiene nada que ver con la vida del mar. Pero usted puede hacer que lo tenga inventádoselo, si le apetece.

—Sí. Podría, si fuera necesario —dije—. A veces hay que inventar un montón de cosas y otras no vale la pena. Quiero decir que la historia no se lo merece. Todo depende de ella.

Me divertía hablándole así. Manifestó en voz alta que suponía que los autores de cuentos querían ganar dinero como el resto de la gente que tenía que vivir de su ingenio: y que le parecía extraordinario hasta dónde eran capaces de llegar las personas que corrían tras el dinero... O al menos algunas de ellas.

Luego arremetió contra la vida marina. Un tipo estúpido de vida, dijo. Sin oportunidades, sin experiencias, sin variedad, nada. Había dado unos cuantos hombres espléndidos —admitió—, pero tan hechos para triunfar en el mundo como para volar por los aires. Chiquillos. Así era el capitán Harry Dunbar. Buen marino. De gran reputación como capitán. Todo un tipo: patillas cortas que empezaban a encanecer, rostro espléndido, voz fuerte. Un buen muchacho, pero al que se le podía engañar como a un bebé.

—Está usted hablando del capitán del *Sagamore* —dije muy seguro.

Después de un bajo y despectivo «Por supuesto», se quedó mirando fijamente la pared como si tuviera delante la visión de aquella oficina de la ciudad, «detrás de la estación de Cannon Street», mientras que, gruñendo, me hacía una descripción fragmentaria, sacudiendo la barbilla como si estuviera irritado.

Era, según su relato, un modesto despacho, nada sospechoso, pero sí un poco apartado, en una callecita reconstruida ahora por completo. «A siete puertas de la hostería Chesire Cat, bajo el puente del ferrocarril. Tenía por costumbre comer allí cuando iba a la ciudad para mis negocios. Cloete solía ir allí a comer su chuleta y hacer reír a la camarera. No tenía que hablar mucho para conseguirlo. Bastaba con el modo de colocarse los anteojos y el movimiento de su gruesa boca para hacerle a uno reír antes de que empezara a contar sus historietas. Un tipo divertido, Cloete. C-l-o-e-t-e. Cloete».

—¿Qué era? ¿Holandés? —pregunté, porque no veía ninguna relación entre todo eso y los barqueros de Westport, los veraneantes de Westport y la irritada opinión que

aquel viejo extraordinario tenía de unos y otros, a los que consideraba mentirosos y tontos.

—El diablo lo sabe —gruñó, con la vista clavada en la pared como si no quisiera perderse ni un solo movimiento de una película—. No hablaba más que inglés. La primera vez que le vi (bajaba de un barco que venía de los Estados Unidos) era un pasajero. Me preguntó si había un hotelito por allí cerca. Quería estar tranquilo y dar una vuelta por ahí durante unos días. Le llevé a un lugar, de un amigo mío... A la vez siguiente, en la ciudad: «¡Hola, qué tal! Qué amable es usted, tome una copa». Hablaba mucho de sí mismo. Había pasado varios años en los Estados Unidos. Se dedicaba a toda clase de asuntos en todas partes. También con charlatanes vendedores de medicamentos. Viajes. Redacción de anuncios y todo eso. Me contó historias divertidas. Un tipo alto y desgarbado. Cabellos negros erizados, como un cepillo; cara Larga, piernas largas, brazos largos, parpadeo tras sus anteojos, una manera jocosa de hablar, en voz baja... ¿Se hace usted una idea?

Asentí, pero no me hizo caso.

—Nunca me he reído tanto en mi vida. El pícaro podía nacerle reír a uno aunque fuera contando cómo había desollado a su propio padre. Y era capaz de hacerlo, ciertamente. Un hombre que había trabajado vendiendo medicamentos con charlatanes es capaz de cualquier cosa, desde jugárselo todo a cara o cruz hasta el asesinar con premeditación. Ahí tiene usted una verdad que puede aprovechar. Les importa un bledo lo que hacen, piensan que pueden salirse con la suya siempre y encontrar justificación para todo; para ellos todo el mundo es tonto. Cloete era también un hombre de negocios. Llegó con unos cuantos cientos de libras. Buscaba algo que hacer, algo tranquilo. A fin de cuentas no hay nada como la vieja patria, decía... Y así nos despedimos. Yo tenía más copas encima de lo acostumbrado. Después de un tiempo, quizá seis meses, tropecé con él de nuevo, en la oficina del señor George Dunbar. Sí, *aquella* oficina. Yo no iba muy a menudo... Sin embargo, había una partida de su carga en el muelle y yo quería preguntar acerca de ella al señor George. Entró Cloete de una habitación del fondo con unos papeles en la mano. Socio. ¿Me comprende?

—¡Ah! —dije—. Unos centenares de libras.

—Y aquella lengua suya —gruñó—. No se olvide de aquella lengua. Algunos de sus cuentos debieron de abrirle los ojos a George Dunbar y enseñarle lo que es hacer negocios.

—Un tipo persuasivo —comenté.

—¡Hum! Por supuesto usted lo arreglará a su modo. Bien. Socio. George Dunbar se puso el sombrero de copa y me rogó que esperara un momento. George siempre tenía aspecto de ganar unos cuantos miles al año, era todo un personaje... «¡Vámonos!». Y él y el capitán Harry salieron juntos, algún asunto con algún

abogado a la vuelta de la esquina. El capitán Harry, cuando estaba en Inglaterra, solía ir a la oficina de su hermano a las doce. Se sentaba en un rincón como un buen muchacho, a leer el periódico y fumar en pipa. «Así que se fueron... Hermanos modelo», dijo Cloete, «como dos palomos. Yo me encargo de la parte más fácil de este negocio, de la fruta enlatada...». Me habla de esas cosas. Y, al poco: «¿Qué clase de antigualla es ese *Sagamore*? El mejor barco, ¿no? Desde luego, para ustedes todos los barcos son los mejores. Vive usted de ellos, le diré que preferiría meter mi dinero en un calcetín viejo. ¡Sería mejor!».

Tomó aliento y observé cómo su mano, que hasta entonces había estado abandonada negligentemente sobre la mesa, se iba cerrando despacio. En un hombre inmutable como aquél era algo desconcertante, ominoso, como el famoso gesto del Comendador.

—Así, ya en aquella época me di cuenta —rezongó.

—Pero espere usted un momento —le interrumpí—. Me han dicho que el *Sagamore* pertenecía a Mundy y Rogers.

Resopló despectivamente.

—¡Malditos barqueros, que no saben nada! Llevaba la *bandera de la casa*, que es otra cosa. Era un favor. Las cosas ocurrieron así: cuando el viejo Dunbar murió, el capitán Harry ya mandaba un barco de la firma. George dejó el empleo que tenía en un banco para montar un negocio con lo que le tocó tras la muerte del viejo. George era un hombre listo. Comenzó con un almacén; luego tuvo dos o tres cosas al mismo tiempo: pulpa de madera, frutas en conserva y cosas por el estilo. Y el capitán Harry le había cedido su parte para el negocio... «Con mi barco tengo lo necesario», dijo... Con el tiempo, Mundy y Rogers comenzaron a vender todos sus barcos a extraños para comprar vapores. El capitán Harry se sintió preocupado: perder el mando, dejar el barco que quería, todo era muy triste. Justamente entonces los hermanos heredaron algo de dinero; se lo dejó una anciana que murió o algo por el estilo. Una cantidad bastante considerable. Entonces dijo el joven George: «tenemos suficiente entre los dos para comprar el *Sagamore*...». «Pero vas a necesitar más para negocios», exclamó el capitán Harry, y el otro se echó a reír: «Mis asuntos van muy bien. Puedo ganar un puñado de libras de oro en el tiempo que tardas en encender tu pipa...». Mundy y Rogers se portaron muy bien: «Por supuesto, capitán. Y si usted quiere lo administraremos para usted, como si todavía fuera nuestro...». Con una relación así era una buena inversión comprar el barco. ¡Buena, sí, pero en aquel momento!

El modo en que volvió la cabeza hacia mí hubiera sido en otro hombre un signo de sentimientos violentos.

—No se olvide que todo eso ocurrió antes de que apareciera Cloete —murmuró como advirtiéndome.

—Sí. Lo recordaré —dije—. Generalmente decimos: pasaron algunos años. El

tiempo pasa rápido.

Durante un momento sus ojos me miraron sin verme, como si estuviera absorto pensando en los años que habían pasado tan fácilmente; eran también sus propios años, los años anteriores y posteriores (que no eran tantos) a que Cloete entrara en escena. Cuando comenzó a hablarme de nuevo advertí su intención de llamarme la atención, a su manera oscura y gráfica, sobre la influencia que tuvo en George Dunbar la larga asociación con la moral fácil de Cloete, un tipo divertido, con sentido del humor, sin escrúpulos, persuasivo y predispuesto a las aventuras imprudentes. Deseaba ansiosamente que describiera todo aquello y le aseguré que podría hacerlo. También deseaba que comprendiera que el negocio de George tenía sus altibajos (entre tanto el hermano viajaba de un lado para otro tranquilamente); que le faltaba a veces el dinero, lo cual le preocupaba bastante porque se había casado con una joven a la que le gustaba gastar. En general, lo estaba pasando bastante mal; y precisamente entonces Cloete se encontró en la ciudad con un hombre que vendía medicamentos (su antiguo trabajo) con cierto éxito, pero que con capital, con un capital de varias decenas de miles para gastar abundantemente en anuncios, podría convertir su negocio en una mina de oro. Cloete se deslumbró ante las posibilidades de ese tipo de negocio, en el cual era un experto. Comprendí que el socio de George estaba entusiasmadísimo ante aquella oportunidad única.

—Así que todos los días, sobre las once, iba a la oficina de George con la misma canción hasta que éste empezó a rechinar los dientes de rabia. «¿Quieres callarte? De qué nos sirve. No tenemos dinero. Apenas tenemos para cubrir gastos y mucho menos para invertir miles en anuncios». No se atrevería a proponer a su hermano Harry que vendiera el barco. Ni pensarlo. Le hubiera obsesionado hasta la muerte. ¡Y desde luego para un negocio de ese tipo, ni hablar!... «¿Piensas que sería una estafa?», preguntó Cloete frunciendo la boca... George admitió que no: hubiera sido un burro melindroso si lo pensara así después de tantos años haciendo negocios.

»Cloete le miró con severidad: Nunca había pensado *en vender el barco*. Creía que aquel maldito cacharro no valía para entonces ni siquiera la mitad de la cantidad por la que estaba asegurado. Esto puso a George fuera de sí. ¿Qué significaban entonces todas esas estúpidas bromas acerca de la propiedad del barco en las tres últimas emanaciones? Ya estaba harto de ellas.

»Le irritaba que le hicieran la boca agua, ¿comprende? Cloete no se excitó... “Yo no soy ningún burro melindroso”, dice Cloete, muy lentamente. “No es una venta lo que necesita el viejo *Sagamore*. Lo que necesita ese maldito cacharro es un *tomahawk*” (al parecer el nombre *Sagamore* significaba jefe indio o algo por el estilo. El mascarón de proa era un salvaje medio desnudo con una pluma sobre la oreja y un hacha en el cinto). “Un golpe de *tomahawk*”, dijo.

»“¿Qué quieres decir?”, preguntó George... “Hacerle naufragar, se puede hacer

sin ningún riesgo”, continuo Cloete, “tu hermano invertiría entonces su parte del dinero del seguro. No es necesario decirle en qué. Él cree que tú eres el hombre de negocios más listo que haya existido nunca. Hará fortuna también...” George, rabioso, agarró el escritorio con las dos manos... “Crees tú que mi hermano es un hombre capaz de hacer naufragar su barco deliberadamente. Ni siquiera me atrevería a pensar en semejante cosa estando en la misma habitación que él: es el tipo más estupendo que he conocido...” “No hagas tanto ruido, te van a oír fuera”, dijo Cloete, y añadió que su hermano era el espejo de todas las virtudes, pero era necesario convencerle de que se quedara en tierra para hacer un viaje: tomarse unas vacaciones, descansar, ¿por qué no?... “Realmente tengo pensado en alguien para ese asunto”, susurró Cloete.

»George casi se atragantó... “¿Crees que yo soy así, crees que soy capaz? ¿Por quién me has tomado?...” Casi perdió la cabeza, mientras que Cloete se mantuvo frío, sólo se le pusieron blancas las mejillas... “Te tomo por un hombre que dentro de poco va a estar casi en la miseria...” Cloete va hacia la puerta y dice a los oficinistas —tan sólo hay dos— que se vayan a comer. Después vuelve... “¿A qué viene tanta indignación? ¿Pretendo acaso que robes a una viuda o un huérfano? ¡Vamos, hombre! Lloyd es una corporación y no se morirá de hambre. Por lo menos hay cuarenta que han asegurado a tu estúpido barco. Ningún ser humano pasará hambre o frío por ello. Ellos toman en consideración todos los riesgos. Todos, fíjate bien...” Le hablaba así. George estaba demasiado trastornado para hablar, sólo gorgojeaba y movía los brazos; era demasiado repentino para él. El otro, de espaldas a la chimenea para calentarse, continuó hablando. “El negocio de la pulpa de madera está al borde de la quiebra. Las frutas en conserva casi están al borde de lo mismo... Estás asustado”, le dice; “pero la ley está hecha sólo para asustar a los tontos...” Y le demuestra lo poco arriesgado que sería hacer naufragar el barco. “Las primas que nos pagarán después de tantos años... No habrá ni la menor sospecha. Y ¡con todo!, un barco tiene que acabar alguna vez...” “No estoy asustado, estoy indignado”, dijo George Dunbar.

»Cloete hirvió de rabia para sus adentros. Era la oportunidad de una vida, su oportunidad. Y le dijo amablemente: “Tu mujer estará mucho más indignada cuando le digas que tendrá que dejar la bonita casa que tenéis rara meterse a vivir en un par de habitaciones que dan a un patio interior y tal vez con chiquillos también...”.

»George no tenía hijos. Llevaba un par de años casado deseaba tener un niño o dos. Está más desconcertado que nunca. Dice que quiere dejar a sus hijos un nombre honrado y todo eso. Cloete sonrío: “Date prisa y tendrán un hombre rico por padre, lo cual sería mejor para todos. Eso es lo bueno del caso”.

»George casi se echa a llorar. Creo que lloraba cuando no le veía nadie. La situación continuó así durante semanas. No podía discutir con Cloete. No podía devolverle los pocos cientos de libras que había invertido; y además se había

acostumbrado a tenerle por allí. Tipo débil, el tal George. Cloete, muy generoso... “No te preocupes por mi pequeña cantidad. Por supuesto, cuando se haya gastado tendremos que cerrar el negocio. Pero no me preocupa”, le dice. También estaba la joven esposa de George. Cuando Cloete cenaba allí, el muy pícaro se ponía elegante; a la mujercita le gustaba... “El señor Cloete, el socio de mi marido, es un hombre muy listo, un hombre de mundo, es tan divertido...” Cuando cenan y se encuentran a solas: “Ah, señor Cloete, me gustaría que George hiciera algo para mejorar nuestro porvenir. Nuestra posición es realmente tan mediocre...” Y Cloete sonrío, pero no se sorprende porque ha sido él quien ha metido todas esas ideas en aquella cabeza vacía... “Lo que necesita su marido es iniciativa, un poco de audacia. Es usted quien mejor le puede animar, señora Dunbar...” Era una tonta estúpida y extravagante. Había obligado a George a que tomara una casa en Norwood. A vivir por encima de sus posibilidades. La vi una vez: vestido de seda, bonitas botas, toda pluma y perfumes, cara rosada. En mi opinión, todo aquello era más propio de una velada en el Alhambra que de un hogar decente. Pero algunas mujeres tienen un arte diabólico para dominar a los hombres.

—Es cierto —asentí—. Aunque el hombre sea su marido.

—Mi mujer —se dirigió a mí en un tono solemne y sorprendentemente emotivo— habría podido hacer conmigo lo que hubiera querido. Pero no me di cuenta de ello hasta que se murió. ¡Ay! Ella era una mujer sensata, mientras que aquella pájara hubiera debido hacer la calle, es todo cuanto puedo decir... Imagínese la usted. Ya conoce a esa clase de mujeres.

—Descuide usted —dije.

—¡Hmmm! —gruñó dudoso, volviendo luego a su tono despectivo—. Más o menos un mes después, el *Sagamore* volvió a casa. Al principio todo iba de maravilla. «¡Hola, George, muchacho!». «¡Hola, Harry, viejo!...». Pero de pronto el capitán Harry empieza a pensar que su astuto hermano tenía mala cara. Y es que George empezaba a tener mal aspecto. No podía quitarse de la cabeza el plan de Cloete. Lo tenía bien metido en ella... «No me pasa nada, todo va bien...». El capitán Harry seguía preocupado. «¿Van bien los negocios?». «¡Muy bien! Muchos y buenos negocios». Por supuesto, el capitán Harry le creyó fácilmente. Se puso a hacerle bromas a su hermano sobre cómo nadaba en oro. A George la camisa no le llegaba al cuerpo y empezó a irritarse con el capitán... «El muy tonto», se decía. «Nadando en oro, ¡desde luego!». Y de repente piensa: «¿Por qué no?...». La idea de Cloete se ha apoderado de su mente.

»Pero al día siguiente se echa atrás y le dice a Cloete... “Tal vez sería mejor vender. ¿No puedes tú hablar con mi hermano?”, y Cloete le explica por vigésima vez que la venta no serviría de nada. “¡No! Hay que dar un golpe de *tomahawk* al *Sagamore*”: lo llama así quizá para no herir los sentimientos de George. Pero cada

vez que pronuncia la palabra, George se estremece... “Tengo un hombre competente para el trabajo, que lo haría por quinientas libras y estaría más que contento por la oportunidad”, dice Cloete... George cierra los ojos ante esas palabras, pero al mismo tiempo piensa: “¡Mentira! No puede haber tal hombre. Y en el caso de que existiera, ¿sería lo bastante seguro?”.

»Y Cloete seguía bromeando. No podía hablar de nada in dar la impresión de que había en ello algo divertido... Ahora le dice: “Ya sé que eres un ciudadano moral, George. La moralidad es miedo y me parece que eres el hombre más miedoso que he conocido. Temes hablar con tu hermano. Temes abrir la boca ante él cuando tenemos una fortuna a nuestro alcance...” George se enfada: no, no siente temor; hablará con él; y pega un puñetazo en la mesa. Y Cloete le da golpecitos en la espalda... “Pronto seremos ricos”, le dice.

»Pero la primera vez que George intentó hablar con el capitán Harry, le abandonó el valor. El capitán Harry se echó a reír ante la sola idea de quedarse en tierra. De ninguna manera quiere tomarse unas vacaciones. Pero Jane está pensando en quedarse en Inglaterra este viaje. Dar una vuelta y visitar a los parientes. Jane era la esposa del capitán: una mujer agradable, de cara redonda. George renunció a hablarle esta vez; pero Cloete no le daba tregua. Así que lo intentó de nuevo. Y el capitán frunció el ceño, porque estaba confuso. No entendía. No se le ocurría cómo podría vivir fuera de su *Sagamore*...

—¡Ah! —exclamé—. Ahora entiendo.

—¡Qué va usted a entender! —dijo aplastándome con su mirada negra y desdeñosa.

—Perdone —murmuré.

—Muy bien. El capitán Harry adoptó un aire severo y George se sintió enfermo... Lee dentro de mí, pensaba... Por supuesto, no era así; pero para entonces George tenía miedo hasta de su propia sombra. Intentó esquivar a Cloete, también. Le dio a entender a su socio que su hermano estaba dando vueltas a la idea de quedarse una temporada en tierra. Cloete esperó, mordiéndose las uñas, de impaciencia. Era verdad que Cloete había encontrado a un hombre dispuesto a hacer el trabajo. Se crea o no, lo había encontrado en la misma pensión donde él se alojaba en los alrededores de Tottenham Court Road. Se había fijado en un tipo que vivía escaleras abajo —un tipo que vivía y no vivía allí—, que andaba merodeando por la parte más oscura del pasadizo; una especie de «hombre de la casa», un tipo escurridizo. Ojos negros. Rostro pálido. La señora de la casa —que se presentaba como viuda— siempre estaba hablando del señor Stafford; el señor Stafford por aquí, el señor Stafford por allá... En fin, una tarde Cloete le invitó a una copa. Cloete pasaba la mayor parte de las tardes en las tabernas. Pero no era ningún borracho; le gustaba la compañía; le gustaba hablar con todo tipo de gente; una costumbre suya; estilo norteamericano.

»Cloete invitó al tipo más de una vez. Aunque no resultó una compañía muy divertida. Hablaba poco. Se sentaba muy quieto y bebía lo que le daban, con los ojos entrecerrados, hablando en tono reservado... “He tenido mis desgracias”, decía. La verdad es que le habían echado de una gran compañía de vapores por su mala conducta; nada que afectara a su hoja de servicios, ¿entiende?; era alguien que había ido degenerando. Le gustaba, supongo. Cualquier cosa antes que trabajar. Vivía a costa de la viuda dueña de la pensión.

—Es algo increíble —me arriesgué a interrumpirle—. ¿Habla usted de un hombre con grado de oficial?

—Sí; he conocido a sujetos de esa calaña —gruñó con desdén—. Sí. Gentes que hacen el mínimo esfuerzo e intentan vivir bien. Debido a la bebida. Pero Stafford no era de esa clase. El infierno está lleno de Staffords; Cloete se burlaba un poco de él y entonces en el ojo entrecerrado del tipo aparecía un destello maligno. Pero por lo general Cloete era amable con él. Cloete era el tipo de individuo que sería amable con un perro sarnoso. En fin, solía pagarle las copas por esa razón y de vez en cuando le daba media corona, porque la viuda no le daba bastante dinero de bolsillo al tal Stafford. Tenían sus escenas casi todos los días en el sótano...

»La circunstancia de que el tipo fuera marinero dio a Cloete la idea de deshacerse del *Sagamore*. Se puso a estudiarlo y pensó que tenía dentro suficiente maldad como para dejarse tentar, y una tarde le preguntó... “Supongo que no te molestará volver al mar una temporada, ¿no?...” El otro ni siquiera levantó los ojos; contestó que no valía casi la pena por el miserable salario que se ganaba... “Bueno, qué dirías si te ofrecieran el salario de capitán durante un tiempo y unos doscientos más si te ves obligado a volver a casa sin el barco. A veces ocurren accidentes”, dice Cloete... “Ah, por supuesto”, dijo Stafford; y continuó bebiendo a sorbos de su copa como si el asunto no fuera con él.

»Cloete le presionó un poco más; pero el otro observó, impúdico y apático: “¿No ve? No hay futuro en un asunto de esa clase...” “Ah, no”, dice Cloete. “Claro que no. No quiero decir que haya un futuro para usted... Es una transacción para ‘una sola vez’. Bueno, ¿en cuánto valora su futuro?”, pregunta... El tipo estaba más apático que nunca, casi dormido. Yo creo que aquel tipejo era tan vago que ni siquiera se tomaba el trabajo de fingir. Jugar a la baraja haciendo pequeñas trampas, seducir a mujeres o fanfarronear ante ellas, ése era su estilo. Cloete se puso a maldecirlo con todas sus fuerzas en voz baja. Todo eso en la taberna La Heredera, de Tottenham Court Road. Finalmente se ponen de acuerdo, al segundo whisky caliente de seis peniques, en quinientas libras como precio de dar un golpe de *tomahawk* al *Sagamore*. Cloete espera a ver lo que puede hacer George.

»Pasan una o dos semanas. El otro tipo merodea la casa: como si nada hubiera ocurrido y Cloete empieza a dudar si realmente tenía intención de aceptar el trabajo.

Pero un día detiene a Cloete en la puerta, y con la vista baja pregunta: “¿Qué hay de aquel empleo que quería usted darme?...” Resulta que le había hecho una jugada más sucia de lo habitual a la mujer y esperaba lo peor; posiblemente que le pusiera en la calle. Cloete se quedó encantado. George le había mentado tanto que realmente creía que la cosa estaba hecha. Y le dijo: “Sí. Ya ha llegado el momento de presentarte a mi amigo. Coge tu sombrero y vamos para allá...”.

»Entran los dos en la oficina y George, que está en su mesa, da un respingo de pánico repentino y mira. Ve a un tipo más bien alto, de cara guapa pero desagradable, ojos pesados medio cerrados; de gabán corto de color pardusco, bombín raído, movimientos cautelosos. Y piensa para sus adentros: ¡Vaya aspecto que tiene ese hombre! No, la cosa es imposible... Cloete hace las presentaciones y el tipo se vuelve para mirar la silla antes de sentarse... “Un hombre absolutamente competente”, prosiguió Cloete... El hombre no dice nada; permanece tranquilamente sentado. Y George no puede articular palabra; tiene la garganta demasiado seca. Luego hace un esfuerzo para hablar: “¡Ejem, ejem! Oh, sí, desgraciadamente lamento defraudarles, mi hermano tiene otros planes, va él mismo”.

»El tipo se pone en pie sin levantar los ojos del suelo, como una muchacha pudorosa, y sale suavemente de la oficina, sin hacer ruido. Cloete apoya la barbilla en la mano y empieza a morderse todos los dedos a la vez. El corazón de George comienza a latir con más tranquilidad y George habla con Cloete... “Eso no se puede hacer. Es imposible. En el momento en que perdiera el barco Harry se daría cuenta en seguida. Sabes bien que es un hombre capaz de ir él mismo a la compañía de seguros y contarles sus sospechas. Y al pensar en mí se le destrozaría el corazón. ¿Cómo podría hacerle una jugada semejante? Sólo nos tenemos el uno al otro en el mundo y nos queremos mucho”.

»Cloete profirió una horrible palabrota, se incorporó de un salto y se lanzó a su despacho; George le oyó tirar cosas. Al cabo de un rato se acercó a la puerta y le dijo con voz trémula: “Me pides algo imposible...” Cloete, que estaba allí dentro hecho un tigre y dispuesto a saltarle encima, abrió un poco la puerta y dijo con voz suave: “Hablando de corazones, el tuyo es más pequeño que el de un ratón...”.

»Pero a George no le importa: ha descargado su corazón. Y justo en ese momento entra el capitán Harry... “Hola, George, muchacho. Llego tarde. ¿Tomamos una chuleta en el Cheshire, ahora?...” “Muy bien, viejo...” Y los dos se fueron a comer juntos. Aquel día Cloete no comió.

»Durante algún tiempo George se sintió otro hombre; pero de repente aquel tipo, Stafford, empezó a merodear la calle, por delante de la puerta. La primera vez que lo vio, George pensó que se había equivocado. Pero no: porque a la vez siguiente que tuvo que salir por allí andaba el tipo, medio a escondidas, por la acera de enfrente. George se pone nervioso; pero no tiene más remedio que salir por razones de

negocios; cuando se cruza con el tipo en la calle, le evita. Le evita una, dos, tres veces; pero por fin le agarra en su propio portal... “¿Qué quiere usted?”, dice George intentando poner cara feroz.

»Parece que había habido jaleo en el sótano de la pensión y la viuda se había enfurecido con él (loca de celos hasta llegar a hablar de la policía. Eso el señor Stafford no podía aguantarlo; así que se había largado como un ciervo asustado y allí estaba, tirado en la calle, por decirlo así. Como Cloete tenía más aspecto de enfado, el otro no se atrevía a hablar con él; pero George parecía más tratable. Se daría por contento con media libra, con cualquier cosa... “He tenido problemas”, dijo suavemente, en su estilo discreto que asustaba a George más que cualquier pelea... “Considere hasta qué punto me siento defraudado”.

»George, en lugar de mandarle al diablo, perdió la cabeza... “No le conozco, ¿qué quiere usted?”, dice, y sube la escalera rápidamente para encontrarse con Cloete... “Mira lo que ha pasado”, le dijo sin aliento; “ahora estamos a merced de ese horrible tipo...” Cloete intentó demostrarle que el tipo no podía hacerles nada, pero de todas maneras George piensa que puede armar algún escándalo. Le dijo que no podía vivir con semejante horror obsesionándole. Cloete se hubiera reído de no estar tan harto de todo. Luego tuvo una idea y cambió de tono... Bueno, ¡tal vez! Para empezar voy a bajar y echarle... Vuelve... “Se ha ido. Pero quizá tengas razón. Está muy apurado y esas cosas son las que llevan a la gente a la desesperación. Lo mejor sería sacarle del país durante algún tiempo. Mira, realmente el pobre diablo tiene necesidad de un empleo. No te pediré mucho esta vez: simplemente no te vayas de la lengua; intentaré convencer a tu hermano de que lo tome como segundo de a bordo.” Al oír esto George dejó caer los brazos y la cabeza sobre el escritorio, de tal modo que el propio Cloete se compadeció. Pero, en general, Cloete se sintió más optimista, puesto que había conseguido colocar a Stafford. Aquella misma tarde le compró un traje azul y le dijo que tendría que volver a trabajar para ganarse la vida. Embarcar como segundo del *Sagamore*. Realmente aquel canalla no estaba muy contento, pero puesto que no tenía ni dónde comer ni dónde dormir y la mujer le había asustado con la posibilidad de una denuncia legal, no le quedó más remedio que aceptar. Cloete se encargó de él durante un par de días... “Nuestro acuerdo sigue vigente”, le dice. “El barco tiene que ir ahora a Port Elisabeth, donde no es fácil anclar. Si por casualidad pierde las anclas durante un temporal del noreste y embarranca en la playa, como ocurre con muchos otros, eso significará quinientas libras para ti y un rápido regreso a casa. ¿Estarás a la altura de ese trabajo?”.

»Nuestro señor Stafford lo escucha todo con los ojos bajos... “Soy un marino competente”, dice con su aire astuto y modesto. “Un segundo de a bordo tiene muchas oportunidades de manejar las cadenas y las anclas...” Al oír esto, Cloete le dio unos golpecitos en la espalda: “eres el hombre que busco, mi noble marinero.

Compite y gana”.

»Al poco tiempo, su hermano le dice a George que ha tenido ocasión de complacer a su socio. Y que lo ha hecho muy a gusto. Le gustaba mucho Cloete. Había aceptado a un amigo suyo como segundo de a bordo. El hombre había tenido problemas, había pasado un año en tierra cuidando a su esposa moribunda, según parece. Una racha de mala suerte... George declaró muy seriamente que nada sabía de esa persona. Le había visto tan sólo una vez. No tenía un aspecto muy atractivo... Y el capitán Harry le respondió, con su bondad habitual: “Es cierto, pero hay que darle una oportunidad al pobre diablo...”.

»Así que el señor Stafford se trasladó al muelle. Y parece que consiguió manipular uno de los cables, pensando siempre en Port Elisabeth. Los aparejadores habían estirado el cable por toda la cubierta para la limpieza. El nuevo segundo vio cómo iban a tierra a la hora de la comida y envió al marinero de guardia a buscar cerveza. Luego empezó a poner manos a la obra descalzando la chaveta de cuarenta y cinco brazas, dando golpecitos con el martillo para aflojarla y por supuesto de ese modo el cable dejó de estar seguro. Los aparejadores volvieron: usted sabe cómo son los aparejadores, vienen un día y otro se van. Bajaron la cadena sin que su contramaestre se dignara examinar las anillas. ¿Qué le importaba a él? No iba a ir en el barco. Y dos días después el barco se hizo a la mar...

En ese punto fui lo suficientemente incauto como para susurrar de nuevo un «Ya veo» que volvió a ofenderle y me valió un brusco «No, usted no ve nada», como el anterior. Pero durante esta pausa se acordó del vaso de cerveza que tenía cerca del codo. Bebió la mitad, se limpió los bigotes y comentó en tono desabrido:

—No crea usted que va a encontrar vida marítima en esta historia, porque no la hay. Si quiere inventar cosas, allá usted. Supongo que sabe usted lo que son diez días de mal tiempo en el Canal. Yo, no. De todas maneras pasaron diez días. Un lunes, Cloete llegó a la oficina un poco tarde, oye la voz de una mujer en el despacho de George y entra. Hay periódicos sobre la mesa y en el suelo; la esposa del capitán Harry está sentada con los ojos hinchados de llorar y con un bolso en la silla que hay a su lado... «Mira eso», le dice George muy agitado, enseñándole un periódico. El corazón de Cloete empieza a latir con fuerza. ¡Ajá! Naufragado en la bahía de Westport. El *Sagamore* había encallado en la madrugada del domingo, así que los periodistas tuvieron tiempo de recoger la noticia. Le dedicaban varias columnas. El bote salvavidas salió dos veces. El capitán y la tripulación seguían a bordo. Llaman a los remolcadores. Si mejora el tiempo, existe todavía la posibilidad de salvar ese espléndido barco de tanto renombre... Usted sabe cómo lo dicen los periodistas... La mujer de Harry estaba allí esperando para coger un tren a Westport desde Cannon Street. Tenía que esperar una hora.

»Cloete llamó aparte a George y le dijo al oído: “¡Todavía se puede salvar!

¡Maldita sea! No puede ser, ¿me oyes?” George le miró estupefacto y la señora Harry siguió con sus sollozos ahogados... “Debía haber estado con él. Pero iré a buscarle...” “Vamos todos juntos”, gritó repentinamente Cloete. Salió corriendo, envió a la mujer una taza de caldo caliente de la tienda de enfrente, le compró una manta, pensaba en todo; en el tren la arropó y le siguió hablando sin parar durante todo el camino para animarla; pero en realidad no cabía en sí de alegría. “Está hecha, la cosa está hecha y no tenemos que pagar nada. Hecha. Verdaderamente hecha.” Su cabeza le da vueltas cuando piensa en ello. ¡Qué suerte tan formidable! Casi le asusta. Le gustaría gritar y cantar. Entre tanto, George Dunbar, sentado en un rincón, tiene un aspecto lamentable, tanto que la pobre señora Harry intenta consolarle al propio tiempo que quiere darse ánimos hablando de lo prudente que es su Harry, un hombre que no arriesgaría la vida de su tripulación ni la suya propia innecesariamente.

»De lo primero que se enteraron en la estación de Westport fue de que el bote salvavidas había ido hacia el barco otra vez, volviendo con el segundo oficial, que estaba herido, y unos cuantos marineros. El capitán y el resto de la tripulación, unos quince en total, seguían a bordo. Esperaban a los remolcadores en cualquier momento.

»Llevaron a la señora Harry a una posada, situada casi encima de las rocas; subió corriendo por las escaleras para mirar por la ventana y lanzó un grito desgarrador al ver el naufragio. No estaba dispuesta a descansar hasta subir a bordo y ver a su Harry. Cloete la tranquilizó todo lo que pudo... “Está bien; intente usted comer algo y nosotros saldremos en busca de noticias.”.

»Sacó a George de la habitación: “Ella no puede ir a bordo; yo, sí. Me encargaré de que él no se quede en el barco demasiado tiempo. Vamos a buscar al patrón del bote salvavidas...” George le siguió, tiritando de vez en cuando. Las olas pasaban por encima del viejo muelle; no había mucho viento, un cielo salvaje y sombrío cubría la bahía. No se veía nada más que un remolcador lejano, la proa contra el oleaje, apareciendo y desapareciendo cada minuto con la regularidad de un reloj.

»Encontraron al patrón del bote salvavidas, que les dijo: “¡Sí! Va a volver otra vez. No, aún no están en peligro. Pero quedan pocas esperanzas de salvar el barco. Si al menos el viento no se levantara de nuevo y el mar se calmara, tal vez se podría hacer algo.” Después de hablar un poco con ellos consintió en llevar a bordo a Cloete; el pretexto fue un urgente mensaje de los dueños al capitán.

»Cuando Cloete miró al cielo se sintió reconfortado; tenía un aspecto de lo más amenazador. George Dunbar le seguía con el rostro pálido y sin decir nada. Cloete lo llevó a tomar un par de copas y poco a poco empezó a animarse... “Eso está mejor; que el diablo me lleve si no parece que estoy paseando con un muerto. Deberías estar loco de alegría, hombre. Me dan ganas de ponerme en medio de la calle y empezar a dar gritos. Tu hermano está fuera de peligro, el barco está perdido y nosotros seremos

ricos.”.

»“¿Estás seguro de que está perdido?”, preguntó George. “Sería un golpe terrible, después de tantas agonías desde que me hablaste por primera vez, que ahora pudiera salvarse y empezar de nuevo con esa tentación... Porque nosotros no tenemos nada que ver con esto, ¿no es cierto?”.

»“Claro que no”, dijo Cloete. “¿No era tu propio hermano el que tenía el mando? Ha sido providencial...” “¡Ah!”, gritó George asombrado... “Bueno, pues echaré la culpa al diablo”, dijo Cloete alegremente. “¡No me importa! Has tenido tanto que ver con esto como un niño de teta, eres un blandengue...” Cloete casi había llegado a querer a George Dunbar. Pues sí. Era así. No quiero decir que le tuviera respeto. Sólo que había llegado a coger cariño a su socio.

»Volvieron, por así decirlo, dando brincos al hotel, donde se encontraron a la esposa del capitán asomada a la ventana, mirando el barco como si quisiera llegar volando sobre la bahía... “Bueno, señora Dunbar”, exclamó Cloete, “usted no puede ir pero yo sí. ¿Tiene usted algún mensaje? No sea usted tímida. Transmitiré con toda fidelidad cualquier palabra. Y si quiere mandarle un beso también se lo daré, que me muera si no lo hago.”.

»Hizo reír a la señora Harry con su cháchara... “Ay, querido señor Cloete, es usted un hombre tranquilo y razonable. Hágale comportarse con sensatez. Es un poco obstinado, sabe usted, y le tiene tanto cariño a ese barco. Dígale que estoy aquí, mirando...” “Confíe usted en mí, señora Dunbar. Cierre la ventana como una buena chica. Si no va usted a coger un resfriado y no le va a hacer ninguna gracia al capitán volver del naufragio para encontrársela tosiendo y estornudando, sin poder decirle lo feliz que se siente. Y ahora, si puede encontrar un poco de cinta para atarme bien las gafas a las orejas, me iré en seguida...”.

»Cómo llegó a bordo, no lo sé: estaba mojado, tembloroso, excitado y sin aliento cuando llegó al barco. El navío se tendía por una banda, barrido por la espuma, pero se movía poco; lo suficiente para ponerle a uno los nervios de punta. Encontró a la tripulación en la cubierta de proa, todos los hombres hacinados, con caras de enfermos, vestidos con sus relucientes impermeables. El capitán no podía dar crédito a sus ojos. “¡Qué! ¡El señor Cloete! En nombre de Dios, ¿qué hace usted aquí?...” “Su esposa está en tierra, mirando hacia aquí”, jadeó Cloete; y después de intercambiar unas palabras el capitán Harry pensó que el hecho de que el socio de su hermano fuera hasta el barco era algo extraordinariamente valeroso y amable. Se sintió feliz por tener a alguien con quien hablar... “Mal asunto, señor Cloete”, dijo. Y Cloete se regocijó al oírlo. El capitán Harry pensaba que había hecho todo lo posible, pero el cable se había partido en dos al intentar echar el ancla. Era una dura prueba perder el barco. Bien, tendría que sobreponerse a ello. De vez en cuando lanzaba un profundo suspiro. Cloete casi se sintió arrepentido por haber venido, porque estar a

bordo del barco le oprimía el corazón. Se resguardaron del viento que entraba por babor, un poco apartados del resto de los hombres. El bote salvavidas se había alejado tras dejar a Cloete, pero volvería después de la próxima marea para recoger a la tripulación en el caso de que fuera imposible poner el barco a flote de nuevo. Empezaba a oscurecer; era un día de invierno: cielo negro y con el viento en aumento. El capitán Harry estaba triste. “Que Dios haga su voluntad. Si es necesario abandonarlo en las rocas, tendrá que ser así. Un hombre tiene que aceptar con valor lo que Dios le envíe...” De repente su voz se quebró y apretó el brazo de Cloete: “Me parece que no podré abandonarlo”, susurra. Cloete miró a los hombres, que parecían corderos encogidos, y pensó: “Éstos no se quedarán...” De repente el barco se levantó un poco y cayó en una sacudida. La marea subía. Todo el mundo empezó a buscar el bote salvavidas. Algunos de los hombres lo vieron a lo lejos, acompañado de dos remolcadores. Pero el temporal se había reiniciado y todos sabían que un remolcador no se atrevería a acercarse al barco.

»“Esto es el fin”, dijo el capitán Harry en voz baja... Cloete pensó que jamás había pasado tanto frío en su vida. “En este momento me siento como si no tuviera ganas de seguir viviendo”, murmuró el capitán Harry... “Su esposa está en la costa mirando hacia aquí”, dijo Cloete... “Sí. Sí. Tiene que ser terrible para ella ver al pobre y viejo barco de costado, a punto de hundirse. Era nuestro hogar.”

»Cloete pensó que con tal de que el *Sagamore* hubiera llegado a su fin nada le importaba, sólo quería estar en otro sitio. El más ligero movimiento del barco le cortaba la respiración como un golpe. Y también se sentía excitado por el peligro. El capitán le llevó aparte... El bote salvavidas tardará una hora en poder acercarse. Mire, Cloete, como está aquí y es usted tan valiente, hágame un favor... Le contó que abajo, en su cabina de popa, en un cajón, había un paquete con importantes papeles y unas sesenta coronas de oro en una pequeña bolsa de lona. Pidió a Cloete que bajara a buscarlas. No había bajado desde el principio del naufragio, y creía que si apartaba la vista del barco se haría pedazos. Y además los hombres, que ya estaban bastante asustados, intentarían lanzar uno de los botes, dominados por el pánico producido por alguna sacudida del barco, y sin duda alguna terminarían ahogándose. “Hay dos o tres cajas de cerillas en los estantes de mi cabina si necesita luz”, dijo el capitán Harry. “Pero séquese las manos antes de empezar a buscarlas.”

»Cloete no está muy convencido, pero tampoco quiere demostrar miedo, así que baja. Había muchísima agua en el puente y fue chapoteando a tientas, ya que empezaba a oscurecer. De repente, cuando estaba cerca del palo mayor, alguien le cogió por el brazo. Stafford. Se había olvidado por completo de Stafford. El capitán Harry había dicho algo así como que el segundo de a bordo no era muy competente, pero nada más. Al principio Cloete no le reconoció, vestido con su impermeable. Vio un rostro pálido con grandes ojos fijos en él... “¿Está usted contento, señor Cloete?”

»Cloete sintió ganas de reír al oír aquel gimoteo y se sacudió al hombre de encima. Pero el tipo echó a correr tras él por la popa y le siguió abajo, hasta la cabina del barco naufragado. Allí estaban los dos, apenas se podían ver el uno al otro... “Supongo que no tendrá la pretensión de hacer creer que es el autor de esto”, dijo Cloete.

»Los dos tiritaban, casi fuera de sí, con la excitación de encontrarse en aquel barco. Éste se tumbaba y guiñaba mientras los dos hombres se balanceaban sintiendo náuseas. Cloete lanzó de nuevo una carcajada ante la idea de que ese maldito Stafford pretendiera haber hecho algo tan desesperado... “¿Cree usted que ahora me puede tratar así?”, gritó el hombre repentinamente.

»El mar sacudió la popa, el barco tembló y crujió en torno a los dos, el ruido de las olas que les rodeaban confundió a Cloete y oyó al otro gritando como si estuviera loco... “¿No me cree? Vaya a ver la cadena de babor. Cree que se ha partido, ¿no? Vaya a ver si se ha partido. A ver si encuentra el eslabón roto. No podrá. Eso significa mil libras para mí. No menos de mil libras el día que llegemos a tierra, en seguida. No pienso esperar hasta que el barco esté completamente hundido, señor Cloete. Iré a ver a los aseguradores aunque tenga que ir hasta Londres descalzo. ¡El cable de babor! Miren ustedes el cable de babor. Lo he manipulado por encargo de los armadores, instigado por un bribón llamado Cloete.”

»Cloete no entendía exactamente qué estaba pasando. Lo que sí veía es que aquel tipo quería hacerle daño. Presintió que había problemas... “¿Crees que me puedes asustar?”, preguntó. “¡Miserable canalla...!” Y Stafford lo miró frente a frente, los dos agarrados a la mesa de la cabina: “No, maldita sea, tú no eres más que un sucio vagabundo; pero sí que puedo asustar al otro, al del abrigo negro...”

»Se refería a George Dunbar. Al oír eso la cabeza de Cloete empezó a dar vueltas. No podía imaginar que aquel tipo le fuera a hacer daño, pero sabía cómo era George; lo echaría todo a rodar; malograría todo el negocio en el que él había puesto tanto cariño. No dijo nada; escuchó al otro, que con el miedo, la tensión y la excitación jadeaba como un perro que luego se pone a gruñir... “Mil libras en mano a las veinticuatro horas de llegar a tierra; pasado mañana. Ésa es mi última palabra, señor Cloete...” “Mil libras pasado mañana”, dijo Cloete. “¡Sí! Y ahora toma esto, puerco canalla...” Y rabiosamente le lanzó un directo a la cara. Stafford dio con su cuerpo en el mamparo. Al verlo, Cloete dio un paso y lo golpeó cerca de la mandíbula. El tipo se tambaleó hacia atrás, cayendo por la puerta abierta de la cabina del capitán. Cloete le siguió, le oyó caer pesadamente y rodar a sotavento, luego cerró estrepitosamente la puerta y dio la vuelta a la llave... “¡Ahí te quedas!”, dijo Cloete para sus adentros, “así no puedes formarnos líos.”

—Por Júpiter —murmuré.

El viejo salió de su impresionante inmovilidad para volver la cabeza tocada con

su gallardo sombrero y mirarme con sus negros ojos sin brillo.

—Le dejó allí —articuló con gran seriedad, volviendo a contemplar la pared—. Cloete no estaba dispuesto a que nadie, y menos un pingajo como Stafford, le impidiera llevar a cabo su gran idea de hacer de George, de sí mismo y del propio capitán Harry hombres ricos. Y no se percató de cuáles podían ser las consecuencias. A esos tipos que se dedican a vender esa clase de medicamentos no les importa lo que dicen ni lo que hacen. Creen que el mundo está hecho para tragarse cualquier historia que ellos inventen... Permaneció un momento escuchando. Y le dio un vuelco el corazón al oír un porrazo en la puerta y una especie de grito de rabia sofocado que venía de la habitación del capitán. También creyó oír pronunciar su nombre entre el espantoso ruido que hacía el viejo *Sagamore* subiendo y bajando entre las olas. El ruido y la terrible impresión le hicieron marcharse en seguida de la cabina. Se recuperó en la popa. Pero el corazón se le encogió ante la tremenda negrura de la noche. Era posible que él mismo se fuera a ahogar dentro de poco. Metió la cabeza por la escalera de la cámara. A través del ruido del viento y del oleaje podía escuchar a Stafford golpeando la puerta y blasfemando. Escuchó y se dijo: «No. Ahora no puedo fiarme de él...».

»Cuando volvió a la cubierta, le dijo al capitán Harry, que le preguntó si había recogido las cosas, que lo sentía mucho. La puerta parecía atrancada. No podía abrirla. Y, a decir verdad, no tenía ganas de quedarse más tiempo en la cabina. Se oían ruidos como si el barco estuviera haciéndose pedazos... El capitán Harry pensó: “Está nervioso, no puede pasar nada con la puerta.” Pero le dijo: “Gradas, no se preocupe, no se preocupe...” Todos buscaban el bote salvavidas. Cada cual pensaba en sí mismo. Cloete se preguntaba: ¿Le echarán de menos? Pero el hecho es que el señor Stafford había causado una impresión tan deplorable en el mar que una vez iniciado el naufragio nadie se acordó de él. A nadie le preocupaba lo que hiciera ni dónde estaba. Se había puesto oscuro como el alquitrán y nadie podía contar a los que allí estaban. Por la luz del remolcador que arrastraba al bote salvavidas se vio que se acercaba y el capitán Harry preguntó: “¿Estamos todos?...” Alguien contestó: “Sí, señor, estamos todos...” “Entonces dispónganse a abandonar el barco; y dos de ustedes ayuden al caballero a que sea el primero...” “Sí, señor...” Cloete se sintió tan conmovido que quiso pedir al capitán ser el último en abandonar, pero la lancha salvavidas ya había lanzado los garfios sobre los obenques de delante, dos marineros lo agarraron, esperaron el momento y lo dejaron caer en el bote, sano y salvo.

»Se encontraba casi agotado; no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, ¿entiende usted? Se sentó en la cámara del bote con los ojos cerrados. No tenía ganas de mirar el agua blanca que hervía en torno suyo. Los hombres se lanzaron al bote uno tras otro. Luego oyó la voz del capitán Harry gritando algo al patrón, que esperase un momento, y otras palabras que no pudo entender, y al patrón que le

contestaba: “No tarde mucho, señor...” “¿Qué pasa?”, preguntó Cloete sintiéndose mareado... “Algo sobre los papeles del barco”, dijo el patrón muy preocupado. “Éste no es el momento para andar haciendo bobadas al lado del barco, ¿comprende usted?” Así que alejaron un poco el bote y esperaron. El agua les pasaba por encima. Cloete se sentía cada vez peor. No podía pensar en nada. Estaba completamente entumecido, hasta que se oyó un grito: “¡Ahí está!...” Vieron a una figura en cubierta y tiraron del cable para que pudiera entrar con facilidad en el bote. Hubo unos gritos, todo mezclado con el ruido del mar. A Cloete le pareció que la voz de Stafford sonaba muy cerca de su oído. El viento amainó un momento y la voz de Stafford parecía hablar rápidamente al patrón; le dice que, por supuesto, estaba al lado de su capitán, siempre había permanecido cerca de él, hasta que el viejo en el último momento dijo que tenía que ir y recoger los papeles del barco que estaban en la popa; insistía en ir él mismo; le dijo: “Stafford, métase en el bote salvavidas...” Su idea era esperar al capitán, pero al llegar aquella calma momentánea pensó que era mejor aprovechar la oportunidad.

»Cloete abrió los ojos. Sí. Allí estaba Stafford sentado a su lado en el abarrotado bote salvavidas. El patrón se inclinó hacia Cloete y gritó: “¿Ha oído lo que ha dicho el segundo de a bordo, señor?...” Cloete sintió que su rostro se ponía rígido. “Sí, le he oído”, respondió haciendo un esfuerzo. El patrón esperó un momento y luego dijo: “No me gusta eso...” Y se volvió hacia el segundo para decirle que era una lástima que no hubiera intentado ir hasta el puente para meter prisa al capitán al llegar el momento de la calma. Stafford contestó rápidamente que había pensado hacerlo, pero que tuvo miedo de no encontrarlo en el puente debido a la oscuridad. “Porque”, dijo, “el capitán podía haber salido en seguida pensando que yo ya estaba en el bote salvavidas y ustedes podían irse, dejándome atrás...” “También es verdad”, dijo el patrón. Pasaron uno o dos minutos. “Esto no puede ser”, murmuró el patrón. De pronto Stafford habló con voz más bien cavernosa: “Yo estaba cerca cuando le oí decir al señor Cloete, aquí presente, que no sabía si iba a encontrar valor para abandonar el viejo barco, ¿no es cierto?...” Y Cloete sintió en la oscuridad cómo le cogían suavemente por un brazo... “¿No es así? ¿No estuvimos juntos hasta que usted se marchó, señor Cloete?...”.

»En aquel momento el patrón exclamó: “Subiré a bordo a ver qué ha pasado...” Cloete desasíó su brazo: “Me voy con usted...”.

»Cuando estuvieron a bordo, el patrón le dijo a Cloete que fuera hacia la popa por un costado del barco, mientras él iba por otro para así encontrar al capitán... “Vaya usted a tientas”, dijo. “Quizá haya caído y esté desvanecido en algún lugar del puente...” Cuando Cloete llegó por fin a la escalera de la toldilla de popa el patrón ya estaba allí, mirando hacia abajo y husmeando: “Huele a humo ahí abajo”. Y gritó: “¿Está usted ahí, señor?...” “No es el momento de gritar”, dijo Cloete, sintiendo que

su corazón se helaba... Bajaron. Estaba totalmente a oscuras; la inclinación era tan pronunciada que el patrón, que iba a tuestas hacia la habitación del capitán, resbaló y rodó por el suelo. Cloete le oyó gritar como si se hubiera hecho daño y preguntó qué pasaba. Y el patrón le contestó que se había caído sobre el capitán que estaba tendido en el suelo, sin sentido. Cloete, sin articular palabra, empezó a tantear en los estantes buscando una caja de cerillas, encontró una y la encendió. Vio al patrón, con su cinturón salvavidas, de rodillas junto al capitán... “Sangre”, dijo el patrón, levantando la vista, y la cerilla se apagó. “Espere un momento”, dijo Cloete. “Voy a hacer una antorcha con papeles...”.

»Había palpado los lomos de los libros de las estanterías. Y así hizo varias antorchas encendiendo unas con otras mientras el patrón daba la vuelta al pobre capitán Harry. “Muerto”, dijo. “Un balazo en el corazón. Aquí está el revólver...” Y se lo entregó a Cloete, que lo miró con detenimiento antes de guardarlo en el bolsillo, viendo una placa que decía *H. Dunbar* en la culata... “Era el suyo”, murmuró... “¿De quién pensaba usted que pudiera ser?”, contestó bruscamente el patrón. “Y mire usted, se quitó el chubasquero antes de entrar en la cabina. Pero ¿qué es todo ese montón de papeles quemados? ¿Para qué querría quemar los papeles del barco?”.

»Cloete vio que todos los cajoncitos estaban fuera y pidió al patrón que los registrara bien... “No hay nada”, dijo el hombre. “Todos están vacíos. Da la impresión que sacó todo lo que pudo y le prendió fuego. Loco, eso es lo que ocurrió, se volvió loco. Y ya está muerto. Tendrá que comunicárselo a su esposa.”.

»“Me parece que yo también me estoy volviendo loco”, dijo repentinamente Cloete, y el patrón le rogó por el amor de Dios que se dominara y lo sacó de la cabina. Tuvieron que abandonar el cadáver y aun así llegaron justamente cuando empezaba a levantarse un furioso viento. Arrastraron a Cloete al interior del bote salvavidas y el patrón entró dando tumbos. “Soltad los garfios”, gritó; “el capitán se ha pegado un tiro...”.

»Cloete estaba como muerto, nada le importaba. Dejó que Stafford le pellizcara dos veces el brazo sin responder. Casi toda la población de Westport estaba en el viejo muelle para ver llegar a los hombres del bote salvavidas, y al principio se oyó una especie de exclamaciones alegres y confusas al acercarse; pero después de que el patrón les gritara algo, las voces se apagaron y todo el mundo se quedó muy serio. Tan pronto como Cloete pisó tierra firme, volvió en sí de nuevo. El patrón le estrechó la mano: “Pobre mujer, pobre mujer. Prefiero que lo haga usted... ¿Dónde está el segundo?”, preguntó Cloete. “Es el último hombre que habló con el capitán...” Alguien fue a buscarlo por el muelle —a la tripulación la llevaron al Mission Hall, donde había una chimenea y habían preparado unas camas improvisadas— y encontró a Stafford... “¡Oiga! El agente de los armadores quiere hablar con usted...” Cloete lo cogió por el brazo y se alejó con él hacia la izquierda, por donde está el

puerto... “Supongo que no le he entendido mal. Quiere que me ocupe un poco de usted.” El otro le agarró débilmente, pero dejó escapar una risa maligna: “Sería mejor que se comportara de otro modo”, murmuró; “no quiero trucos; ningún truco, señor Cloete, ya estamos en tierra.”.

»“Hay una comisaría de policía a cincuenta yardas de aquí”, dijo Cloete. Entró en un pequeño bar empujando a Stafford por el pasillo. El dueño del bar salió de detrás del mostrador... “Éste es el segundo del barco que se ha ido a pique en las rocas”, explicó Cloete; “quiero que se haga usted cargo de él esta noche.” “¿Qué le pasa?”, preguntó el hombre. Stafford se apoyó contra la pared del pasillo con un aspecto mortal. Y Cloete dijo: “No es nada, está completamente agotado, por supuesto... Yo pagaré los gastos; soy el agente del armador. Volveré a verle dentro de un par de horas.”.

»Y Cloete volvió al hotel. La noticia había llegado antes que él y lo primero que vio fue a George, blanco como el papel, esperándolo. Cloete le saludó simplemente con un gesto y entraron. La señora Harry estaba de pie en lo alto de la escalera y cuando vio que entraban los dos solos se echó las manos a la cabeza y entró corriendo en su habitación. Nadie se había atrevido a decírselo, pero el no ver a su marido le bastó. Cloete escuchó un alarido espantoso... “Vete con ella”, dijo a George.

»Al encontrarse a solas en el salón privado, Cloete tomó una copa de brandy y reflexionó sobre todo aquello. Luego, George volvió... “La patrona está con ella”, dijo. Y comenzó a pasear por la habitación arriba y abajo, agitando los brazos y hablando de modo incoherente, con una expresión de dureza que Cloete jamás le había visto hasta entonces... “Lo que tiene que ser, tiene que ser. Muerto, mi único hermano. Bien, está muerto, se acabaron sus problemas. Pero nosotros estamos vivos”, dijo a Cloete; “y supongo”, dijo, mirándole con ojos secos y coléricos, “que no te olvidarás de enviar un telegrama por la mañana a tu amigo diciéndole que vamos a recibir una cierta...”.

»Se refería al tipo aquel de los medicamentos... “La muerte es la muerte y los negocios son los negocios”, continuó George; “y mira, mis manos están limpias”, enseñándoselas a Cloete. Cloete pensó: Se está volviendo loco. Le cogió por los hombros y empezó a sacudirle. “Maldita sea, si hubieras tenido el sentido común de saber lo que tenías que decir a tu hermano, si hubieras tenido el valor de hablarle en vez de dárteles de moralista, estaría vivo ahora”, le gritó.

»Entonces George le miró fijamente y estalló en un ruidoso llanto. Se tiró sobre un sofá, hundió la cabeza en un cojín y aulló como un niño. Más vale así, pensó Cloete, y le dejó allí, advirtiendo al dueño del hotel que iba a salir para arreglar algunos asuntos esa misma noche. La mujer del dueño, llorando también, le alcanzó en la escalera: “Señor, esa pobre mujer se va a volver loca.”.

»Cloete sacudió la cabeza, pensando para sus adentros: ¡Ah, no! Se recobraré.

Nadie se volverá loco por este asunto si no soy yo. No es el dolor lo que vuelve loca a la gente, sino la preocupación.

»Cloete en esto se equivocó. Lo que afectó a la señora Harry fue que su marido se hubiera quitado la vida con ella, por decirlo así, mirándole. Se obsesionó tanto por el asunto que en menos de un año tuvieron que internarla en una casa de salud. Estaba muy tranquila; tenía sólo una dulce melancolía. Vivió mucho tiempo todavía.

»Pues bien, Cloete chapoteó bajo el viento y la lluvia. No había nadie en las calles, toda la animación se había esfumado. El dueño del bar salió a su encuentro en el pasaje y le dijo: “Por ahí no. No está en su habitación. No hemos conseguido meterle en la cama. Está en esa salita. Le hemos encendido la chimenea...” “Y le han dado de beber también”, dijo Cloete. “Yo no dije que pagaría sus copas. ¿Cuántas?...” “Dos”, dijo el otro. “Está bien. No me molesta hacer esto por un marinero salvado de un naufragio...” Y Cloete sonrió con aquella sonrisa suya divertida: “¿Eh? Vamos. Él mismo se las ha pagado...” El dueño del bar pestañeó. “Le ha pagado en oro, ¿no es verdad? ¡Hable usted!” “¡Y qué!”, gritó el hombre. “¿A qué viene esto? Le he devuelto el cambio justo de su soberano.”

»“Está bien”, dijo Cloete. Entró en la salita y allí vio a nuestro Stafford con el pelo erizado, una camisa y unos pantalones del dueño del bar, los pies calzados con zapatillas y sentado al amor de la lumbre. Al ver a Cloete bajó la vista.

»“No tenía usted intención de que volviéramos a encontrarnos”, dijo Stafford en tono gazmoño al señor Cloete... Aquel tipo, cuando había tomado las copas que quería —no era ningún borracho— adoptaba una actitud cazurra y modesta... “Pero desde que el capitán se suicidó”, dijo, “aquí me tiene usted pensando en lo sucedido. Han ocurrido toda clase de cosas. Conspiración para deshacerse del barco, tentativa de asesinato y ese suicidio. Porque si no fue un suicidio, señor Cloete, entonces yo conozco a una víctima del más cruel y despiadado intento de asesinato: alguien que ha sufrido mil muertes. Y esto hace que las mil libras de las que hablamos antes se hayan convertido en una cantidad insignificante. Mire usted lo oportuno que ha sido ese suicidio.”

»Miró entonces a Cloete, que le sonrió y se acercó a la mesa.

»“Usted mató a Harry Dunbar” susurró... El tipo le echó una mirada y le enseñó los dientes: “¡Por supuesto que sí! Llevaba en aquella cabina una hora y media atrapado como una rata... Encerrado y abandonado para que me ahogara en el naufragio. Fue la reacción de un hombre atrapado. ¡Por supuesto que le disparé! Pensaba que era usted, miserable asesino, que había vuelto para acabar conmigo. Abrió la puerta de golpe y cayó encima de mí; tenía un revólver en la mano y disparé. Estaba loco. Hay hombres que han enloquecido por menos”.

»Cloete le miró sin pestañear. “¡Ajá! Ésa es tu historia, ¿eh?...” Y movió un poco la mesa hablando apasionadamente... “Ahora escucha la mía. ¿Qué conspiración?”

¿Quién lo puede demostrar? Estabas allí para robar. Estabas desvalijando la cabina: él te sorprendió con las manos en los cajones... y luego le disparaste con su revólver. ¡Mataste para robar, para robar! Su hermano y los empleados de la oficina sabían que llevaba sesenta libras consigo cuando embarcó. Sesenta libras de oro en un saquito de lona. Me dijo dónde estaban. El patrón del bote salvavidas puede jurar que los cajones estaban vacíos. Y eres tan idiota que antes de llevar media hora en tierra has cambiado un soberano de oro para pagar una copa. Escúchame. Si no apareces pasado mañana en la oficina de los abogados de Harry Dunbar para prestar una declaración en regla sobre las causas de la pérdida del barco, te denunciaré a la policía. Pasado mañana.”.

»¿Y qué cree usted que ocurrió? Que Stafford empezó a tirarse de los pelos. Así ocurrió. Se tiraba de los pelos con las dos manos sin pronunciar palabra. Cloete dio tal empujón a la mesa que casi tira al tipo de la silla en que estaba sentado y silla e individuos fueron a parar al guardafuegos; de manera que tuvo que agarrarse a éste para no caer en la lumbre...

»“Usted sabe qué clase de hombre soy”, dijo ferozmente Cloete. “He llegado a un punto en que me importa un comino lo que me pueda pasar. Le mataría por dos peniques.”.

»Al oír aquello el tipo se escondió debajo de la mesa. Entonces Cloete se marchó, y cuando entró en la calle —usted sabe, esas calles pequeñas con casitas de pescadores— que estaba toda oscura, llovía torrencialmente, y el otro abrió la ventana de la salita y le habló con voz gimoteante: “Cochino yanki, me las pagarás algún día.”.

»Cloete se alejó riéndose amargamente, porque pensaba que a su manera el tipo ya se la había hecho pagar, sólo que no lo sabía.

Mi impresionante rufián bebió lo que quedaba de su cerveza, mientras sus ojos negros y hundidos me miraban por encima del borde del vaso.

—No entiendo muy bien —dije—. ¿De qué manera se la hizo pagar?

Estiró un poco su cuerpo, y explicó sin demasiado desdén que al morir el capitán Harry, la mitad del dinero del seguro le correspondía a su esposa, cantidad que, naturalmente, sus albaceas invirtieron en bonos del Estado. Lo suficiente para que ella viviera cómodamente. La mitad que recibió George Dunbar, como temió Cloete desde el principio, resultó insuficiente para lanzar con éxito el medicamento; otros hombres de dinero lo hicieron y los dos tuvieron que retirarse de aquel negocio, casi arruinados.

—Tengo curiosidad —dije— por saber cuál fue el motivo de aquel trágico asunto, quiero decir el nombre del medicamento. ¿Lo sabe usted?

Me dijo el nombre y yo silbé respetuosamente. Nada menos que las Píldoras Estimulantes para el lumbago, de Parker. ¡Un gran negocio! Usted las conoce; todo el

mundo las conoce. Al menos un hombre de cada dos en este mundo nuestro las ha probado.

—¡Cómo! —exclamé—. Perdieron una inmensa fortuna.

—Sí —gruñó—, por un tiro de revólver.

Me contó también que Cloete volvió finalmente a Estados Unidos en un buque de carga que salió del muelle Albert. La noche antes de embarcar le encontró por los muelles y le convidó a una copa. «Un tipo divertido, Cloete. Nos sentamos toda la noche tomando ponches, hasta la hora de embarcar».

Fue entonces cuando Cloete, sin amargura pero cansado, le contó la historia, con la franqueza totalmente inconsciente de un vendedor de ese tipo de medicamentos, ajeno a todas las normas morales. Cloete concluyó diciendo que estaba «harto de la vieja patria». George Dunbar se había disgustado con él también, al final. Era evidente que Cloete estaba un tanto desilusionado.

En cuanto a Stafford, murió como vagabundo profesional en algún hospital del East End y cuando llegó su último día pidió a gritos la presencia «de un pastor» porque tenía la conciencia intranquila por haber matado a un inocente.

—Quería que alguien le dijera que no pasaba nada —gruñó con desdén mi viejo rufián—. Le contó al pastor que yo conocía al tal Cloete que había intentado asesinarlo y por esa razón el pastor (que trabajaba entonces entre los obreros de los muelles) me habló una vez del asunto. Aquel perro sarnoso, encontrándose atrapado, pidió a gritos misericordia... Prometió ser bueno y todo eso... Después se volvió loco..., gritó y empezó a lanzarse de un lado a otro, golpeando la cabeza contra las mamparas..., puede adivinar todo lo que dijo, ¿eh?... hasta que quedó agotado. Se rindió. Se tiró al suelo, cerró los ojos y quiso rezar. Al menos fue lo que dijo. Intentó pensar en alguna oración para una muerte rápida, de tan aterrorizado que estaba. Creía que si hubiera tenido un cuchillo o algo similar se habría cortado el cuello para terminar de una vez. Luego lo pensó mejor. Intentaría levantar la madera que rodeaba la cerradura... No llevaba ni cuchillo ni navaja en el bolsillo. Lloraba y suplicaba que Dios le enviase alguna herramienta cuando de repente pensó: ¡El hacha! Casi todos los barcos llevan un hacha de reserva para casos de urgencia, que se guarda en el camarote del capitán, en algún armario... Se levantó de un salto... Todo estaba oscuro. Abrió los cajones para buscar cerillas y buscándolas a tientas se encontró con el revólver del capitán Harry. Estaba cargado. Se quedó totalmente tranquilo. Podía disparar contra la cerradura hasta hacerla pedazos. ¿Lo ves? ¡Salvado! ¡La Divina Providencia! Y también estaban allí las cajas de cerillas. Pensó: Ya que estoy aquí, voy a echar un vistazo.

»Encendió una cerilla y vio el saquito de lona en el fondo de un cajón. Se dio cuenta en seguida de lo que era. Lo escondió en el bolsillo rápidamente. “¡Ah!”, se dijo, “necesito más luz.” De manera que tiró muchos papeles al suelo, les prendió

fuego y empezó a registrar a ver si encontraba otras cosas de valor. ¿Puede pensar en alguien más vil? Contó al sacerdote del East End que el diablo le había tentado. Primero la misericordia de Dios y luego la labor del diablo. Por turnos.

»Cualquier canalla metido en un aprieto diría lo mismo. Estaba tan absorto con los cajones que lo primero que oyó fue un grito. Cielos. Levantó la vista y allí estaba la puerta abierta (Cloete había dejado la llave en la cerradura) y el capitán Harry de pie, delante de él, con aspecto feroz a la luz de los papeles que ardían. Los ojos se le salían de las órbitas. “¡Robando!”, tronó. “¡Un marino! ¡Un oficial! ¡No! Un desgraciado como usted merece que le dejemos ahogarse.”

»Esto, contó Stafford en su lecho de muerte al pastor, le enloqueció de nuevo. Tomó el revólver del cajón y disparó sin apuntar. El capitán Harry cayó estrepitosamente, como una piedra, sobre los papeles que ardían, apagándolos. Todo quedó a oscuras. No se oía ningún ruido. Escuchó un momento, luego dejó caer el revólver y saltó hacia cubierta como un loco.

El viejo dio un puñetazo en la mesa con su pesado puño.

—Lo que me pone enfermo es oír a esos estúpidos barqueros contándole a la gente que el capitán se suicidó. ¡Bah! El capitán Harry era un hombre que podía mirar cara a cara al Supremo Hacedor en cualquier momento, allá arriba o aquí abajo. No era de los que se matan. ¡Él, no! Era todo un hombre, de los pies a la cabeza. Él me dio mi primer trabajo de estibador a los tres días de casarme.

Como la vindicación del capitán Harry de la acusación de suicidio parecía ser su único objetivo, no le agradecí muy efusivamente el material que me había proporcionado. De todas maneras, no merecía mucho agradecimiento.

Porque era demasiado asombroso que tales cosas ocurrieran en nuestro respetable Canal a plena vista, como si dijéramos, del lujoso tráfico continental a Suiza y Montecarlo. Para ser aceptable este relato habría que trasladarlo a algún lugar de los Mares del Sur. Pero hubiera sido demasiado difícil aderezarlo para el gusto de los lectores de revistas.

Así que lo he dejado, por así decirlo, en toda su crudeza, tal como me lo contaron, pero desgraciadamente desprovisto del arrebatador efecto de su narrador: el viejo rufián más impresionante que nunca haya desempeñado el poco romántico oficio de capataz de estibadores en el puerto de Londres.

Una avanzada del progreso

Había dos hombres blancos encargados de la factoría. Kayerts, el jefe, era bajo y gordo; Carlier, el ayudante, era alto, de cabeza grande y ancho tronco posado sobre un par de piernas largas y delgadas. El tercer hombre del equipo era un negro de Sierra Leona que decía llamarse Henry Price. Sin embargo, por alguna razón, los nativos de río abajo le habían dado el nombre de Makola y nunca pudo desprenderse de él durante sus vagabundeos por el país. Hablaba inglés y francés con acento cantarino, tenía una hermosa caligrafía, entendía de contabilidad y en el fondo de su corazón seguía siendo fiel al culto a los malos espíritus. Su esposa era negra de Luanda, muy grande y muy ruidosa. Sus tres hijos se revolcaban bajo la luz del sol ante la puerta de su casa, una construcción de una planta que parecía una cabaña. Makola, taciturno e impenetrable, despreciaba a los dos hombres blancos. Tenía a su cargo un pequeño almacén de barro con techo de hierba seca y pretendía que llevaba bien las cuentas de los abalorios, telas de algodón, pañuelos rojos, cables de cobre y otras mercancías que en él se amontonaban. Además del almacén y de la choza de Makola, había un gran edificio en el claro donde se alzaba la factoría. Estaba hábilmente construida de caña, con una galería por los cuatro lados. Tenía tres habitaciones. La del centro era la sala de estar, con dos toscas mesas y unas pocas banquetas. Las otras dos habitaciones eran los dormitorios de los hombres blancos. Por todo mobiliario tenían sendas armaduras de camas y mosquiteros. El suelo, formado de tablones, estaba cubierto por las pertenencias de los hombres blancos; cajas abiertas y medio vacías, ropa de ciudad, viejas botas; todas esas cosas sucias, todas esas cosas rotas, que se acumulan misteriosamente en torno a los hombres desaliñados. A cierta distancia de los edificios había otra residencia. En ella, bajo una cruz que había perdido su perpendicularidad, dormía el hombre que había contemplado los comienzos de todo aquello, el que había proyectado y supervisado la construcción de aquella avanzada del progreso. En su país había sido un pintor sin éxito que, cansado de perseguir a la fama con el estómago vacío, había llegado hasta allí gracias a altas protecciones. Había sido el primer jefe de la factoría. Makola había visto morir de fiebre al enérgico artista en la casa recién terminada, con su habitual actitud indiferente de «Ya lo decía yo». Luego, durante un tiempo, vivió solo con su familia, sus libros de contabilidad y el Espíritu Maligno que gobierna las tierras que se encuentran al sur del ecuador. Se llevaba muy bien con su dios. Tal vez se lo había propiciado con la promesa de más hombres blancos con quienes jugar más adelante. De todas maneras, el director de la Gran Compañía Comercial, que llegó en un vapor parecido a una enorme caja de sardinas cubierta por un tejadillo, encontró la estación en buen orden y a Makola tan tranquilamente activo como de costumbre. El director hizo poner la cruz sobre la fosa del primer agente y nombró a Kayerts para ocupar su

puesto. Carlier fue nombrado su segundo. El director era un hombre despiadado y eficiente, que en ocasiones, aunque de manera muy imperceptible, hacía gala de un humor siniestro. Echó un discurso a Kayerts y a Carlier, señalándoles el prometedor aspecto de la factoría. El puesto comercial más cercano quedaba a unas trescientas millas de distancia. Era una excelente oportunidad la que ambos tenían de distinguirse y conseguir porcentajes sobre el comercio. Un nombramiento así era un favor para los dos principiantes. Kayerts estuvo a punto de llorar ante tanta bondad. Lo haría, dijo, lo mejor que pudiera, intentando merecer tan halagadora confianza, etc. Kayerts había trabajado en la Administración de Telégrafos y sabía expresarse con corrección. Carlier, que era un antiguo suboficial de caballería en un ejército protegido de cualquier amenaza por varias potencias europeas, quedó menos impresionado. Si había comisiones, tanto mejor; y su mirada de malhumor recorrió el río, los bosques, la impenetrable maleza que parecía aislar la estación del resto del mundo, murmurando entre dientes: «Lo veremos muy pronto».

Al día siguiente, tras arrojar en la ribera algunas balas de artículos de algodón y unas cuantas cajas de provisiones, el vapor con aspecto de caja de sardinas se fue para no volver durante otros seis meses. En la cubierta, el director saludó con la gorra a los dos agentes, quienes respondieron desde la orilla con sus sombreros, y dirigiéndose a un viejo empleado de la Compañía mientras marchaba hacia el cuartel general, le dijo:

—Mira a esos dos imbéciles. Deben de estar locos en mi país para enviarme semejantes especímenes. Les he dicho que planten una huerta, que levanten nuevas cercas y almacenes y construyan un embarcadero flotante. ¡Apuesto a que no harán nada! No sabrán ni por dónde empezar. Siempre he pensado que la factoría de este río es inútil ¡y esos dos encajan perfectamente en ella!

—Aquí se formarán a sí mismos —dijo el veterano con tranquila sonrisa.

—Sea como fuere, no tengo que volver a verles en seis meses —respondió el director.

Los dos hombres que estaban en tierra siguieron con la vista al vapor hasta que dio la vuelta al recodo; luego, subiendo cogidos del brazo la cuesta de la orilla, volvieron a la factoría. Llevaban muy poco tiempo en aquel vasto y oscuro país y hasta entonces siempre rodeados de hombres blancos, bajo la mirada y dirección de sus superiores. Y ahora, insensibles como eran a la sutil influencia de lo que les rodeaba, se vieron muy solos al encontrarse de pronto desamparados frente a la selva; una selva a la que hacían todavía más extraña, más incomprensible, los misteriosos vislumbres de la vigorosa vida que albergaba. Eran dos individuos perfectamente insignificantes e incapaces, cuya existencia era únicamente posible dentro de la compleja organización de las multitudes civilizadas. Pocos hombres son conscientes de que sus vidas, la propia esencia de su carácter, sus capacidades y sus audacias, son

tan sólo expresión de su confianza en la seguridad de su ambiente. El valor, la compostura, la confianza, las emociones y los principios; todos los pensamientos grandes y pequeños no son del individuo, sino de la multitud: de la multitud que cree ciegamente en la fuerza irresistible de sus instituciones y de su moral, en el poder de su policía y de su opinión. Pero el contacto con el salvajismo puro y sin mitigar, con la naturaleza y el hombre primitivos provoca súbitas y profundas inquietudes en su corazón. A la sensación de estar aislado de la especie, a la clara percepción de la soledad de los propios pensamientos y sensaciones, a la negación de lo habitual, que es lo seguro, se añade la afirmación de lo inusual, que es lo peligroso; una intuición de cosas vagas, incontrolables y repulsivas, cuya perturbadora intrusión excita la imaginación y pone a prueba los civilizados nervios, tanto de los tontos como de los sabios.

Kayerts y Carlier caminaban del brazo, pegados el uno al otro, como hacen los niños en la oscuridad; los dos compartían la misma sensación de peligro, no del todo desagradable, que casi se sospecha es imaginario. Charlaban persistentemente en tono familiar.

—Nuestra factoría tiene un bonito emplazamiento —dijo uno. El otro asintió con entusiasmo, exagerando las bellezas del lugar. Pasaron luego cerca de la fosa.

—¡Pobre diablo! —dijo Kayerts.

—Murió de fiebre, ¿no? —dijo Carlier deteniéndose.

—Sí —respondió Kayerts con irritación—, me han dicho que el tipo se exponía sin ningún cuidado a los rayos de sol. El clima aquí, según dice todo el mundo, no es peor que el de la patria, con tal de que no te expongas al sol. ¿Me has oído, Carlier? Aquí yo soy el jefe y mis órdenes son que no debes exponerte al sol.

Afirmó su superioridad jocosamente, pero su advertencia iba en serio. La idea de que tal vez tendría que enterrar a Carlier y quedarse solo le hizo estremecerse. Tuvo la repentina sensación de que aquel Carlier le era más preciso allí, en el centro de África, que un hermano en cualquier otro lugar. Carlier, entrando en el juego, le saludó militarmente y contestó con tono enérgico:

—¡Sus órdenes serán cumplidas, jefe! —luego lanzó una carcajada, dio una palmada a Kayerts en la espalda y gritó—: ¡Dejaremos que la vida pase plácidamente! Nos sentaremos y recogeremos el marfil que nos traigan los salvajes. ¡Este país, después de todo, tiene su lado bueno!

Los dos rieron estruendosamente, mientras Carlier pensaba: «Este pobre Kayerts, tan gordo e insano. Sería espantoso que tuviera que enterrarle aquí. Es un hombre que respeto...». Antes de llegar a la galería de la casa se llamaban ya el uno al otro «mi querido amigo».

El primer día se afanaron mucho, perdiendo el tiempo con martillos, clavos y calicó rojo para colgar cortinas, hacer a la casa bonita y habitable; querían instalarse

cómodamente en su nueva vida. Para ellos era una tarea imposible. Enfrentarse con eficacia, aunque sea con problemas únicamente materiales, exige una mayor serenidad de espíritu y un mayor coraje de lo que la gente, por lo general, se imagina. Ninguno de aquellos dos seres podía ser más incapaz de una lucha semejante. La sociedad, no por razones de ternura, sino debido a sus extrañas necesidades, había cuidado de los dos hombres, prohibiéndoles todo pensamiento independiente, toda iniciativa, toda desviación de la rutina; y se lo había prohibido bajo pena de muerte. Sólo podían seguir viviendo a condición de ser como máquinas. Y ahora, libres del cuidado alentador de los hombres con la pluma detrás de la oreja, de los hombres con galones dorados en los puños, eran como dos condenados a perpetuidad que, liberados después de muchos años, no saben qué hacer con su libertad. No sabían hacer funcionar sus facultades porque los dos, al no tener práctica, eran incapaces de pensar por sí mismos. Al cabo de dos meses, Kayerts decía con frecuencia: «Si no fuera por mi Melie, yo no estaría aquí». Melie era su hija. Había renunciado a su puesto en la Administración de Telégrafos, aunque había permanecido en él muy contento durante diecisiete años con el fin de conseguir una dote para su hija. Su esposa había muerto y a la niña la educaban sus hermanas. Echaba de menos las calles, el pavimento, los cafés, sus amigos de siempre; todo lo que veía a diario; los pensamientos que las cosas familiares le evocaban: los pensamientos fáciles, monótonos y tranquilizadores de un empleado gubernamental; echaba de menos los chismorreos, las pequeñas enemistades, las benignas venenosidades y las bromas de los funcionarios gubernamentales. «Si hubiera tenido un cuñado decente», solía comentar Carlier, «un hombre de corazón, no estaría aquí». Había dejado el ejército y se había hecho tan odioso a su familia por su vagancia y descaro que un exasperado cuñado suyo hizo sobrehumanos esfuerzos para conseguirle un nombramiento en la Compañía como agente de segunda clase. Como no tenía ni un céntimo, se vio obligado a aceptar aquel medio de vida tan pronto como quedó claro que nada más podía sacar a sus parientes. Al igual que Kayerts, echaba de menos su antigua vida. Echaba de menos el tintineo de los sables y de las espuelas en una hermosa tarde, las bromas de cuartel, las muchachas de las ciudades de guarnición; pero, además, era un resentido. Era evidentemente un hombre al que todo le había ido mal. De vez en cuando esto lo entristecía. Pero los dos hombres se llevaban bien juntos, unidos en el compañerismo de la estupidez y la vagancia. Juntos no hacían nada, absolutamente nada, y disfrutaban de la ociosidad por la que les pagaban. Y con el tiempo llegaron a sentir algo parecido a un afecto mutuo.

Vivían como ciegos en una gran habitación, tan sólo conscientes de lo que entraba en contacto con ellos (y eso únicamente de forma imperfecta), incapaces de ver el aspecto general de las cosas. El río, el bosque, la tierra toda bullente de vida, eran como un gran vacío. Ni siquiera la brillantez de la luz solar les descubría nada

inteligible. Las cosas aparecían y desaparecían ante sus ojos como si no tuvieran conexión ni propósito. El río parecía salir de la nada y fluir hacia ninguna parte. Fluía a través de un vacío. Desde ese vacío llegaban en ocasiones canoas y hombres con lanzas en las manos que repentinamente se apiñaban en el patio de la factoría. Iban desnudos, eran de un negro lustroso, se adornaban con conchas blancas como la nieve y con brillantes collares de bronce y tenían miembros perfectos. Hacían un ruido tosco y balbuciente cuando hablaban, se movían de modo majestuoso y lanzaban rápidas y salvajes miradas con sus ojos incansables y asombrados. Los guerreros se ponían en cuclillas en largas filas, de cuatro o más en fondo, ante la galería, mientras que sus jefes regateaban durante horas con Makola por un colmillo de elefante. Kayerts se sentaba en su sillón mirando aquellos tratos sin comprender nada. Los contemplaba con sus redondos ojos azules y llamaba a Carlier: «¡Fíjate, fíjate en aquel tipo!, y en aquel otro de la izquierda. ¿Has visto alguna vez un rostro como ése? ¡Qué salvaje más divertido!».

Carlier, que fumaba tabaco nativo en una corta pipa de madera, se contoneaba retorciéndose el mostacho y, vigilando a los guerreros con altanera indulgencia, le decía: «Hermosos animales. ¿Han traído huesos? ¿Sí? Ya era hora. Mira los músculos de ese tipo, el tercero empezando por el final. No me gustaría que me diera un puñetazo en la nariz. Bonitos brazos, pero las piernas por debajo de la rodilla no valen nada. No podría hacer de ellos buenos soldados de caballería». Y luego, mirando complacido sus propias piernas, terminaba siempre diciendo: «¡Bah! ¡Apestan! ¡Tú, Makola! Lleva la manada hasta el fetiche (al almacén de todas las factorías se le llamaba fetiche, tal vez porque en él residía el espíritu de la civilización) y dales unos cuantos de esos cachivaches que guardas ahí. Prefiero verlo lleno de huesos y no de trapos».

Kayerts asentía.

—¡Sí, sí! Váyanse y terminen el palique por ahí, señor Makola. Yo iré cuando acaben, para pesar el colmillo. Hay que tener cuidado. —Luego, volviéndose hacia su compañero—: Ésta es la tribu que vive río abajo; son bastante aromáticos. Recuerdo que ya vinieron una vez por aquí. ¿Oyes todo ese barullo? ¡Lo que tiene que aguantar un hombre en este perro país! Me estalla la cabeza.

Visitas tan rentables eran raras. Durante días los dos pioneros del comercio y del progreso verían el patio vacío, cubierto por la vibrante brillantez de la luz solar que caía verticalmente. Bajo la alta orilla, el río silencioso seguía fluyendo resplandeciente y sereno. Sobre las arenas, en medio de la corriente, los hipopótamos y los cocodrilos recibían la luz del sol unos al lado de otros. Y en todas las direcciones, rodeando el claro donde se alzaba el puesto comercial, los inmensos bosques, que escondían ominosas complicaciones de fantástica vida, yacían en el elocuente silencio de aquella muda grandeza. Los dos hombres no entendían nada, ni

se interesaban por nada más que por el paso de los días que los separaban del regreso del vapor. Su predecesor había dejado unos cuantos libros rotos. Recogieron aquellos desechos de novelas, y como nunca habían leído antes nada semejante, se sintieron sorprendidos y divertidos. Luego, durante días, entablaron interminables y estúpidas discusiones sobre las tramas y los personajes. En el centro de África trabaron conocimiento con Richelieu y D'Artagnan, Ojo de Halcón y Papá Goriot, y muchos más. Todos esos personajes imaginarios se convirtieron en tema de sus charlas como si fueran amigos vivientes. Rebajaban sus virtudes, sospechaban de sus motivos, menospreciaban sus éxitos, se escandalizaban ante su duplicidad y dudaban de su coraje. Los relatos de crímenes les llenaban de indignación, mientras que los pasajes tiernos o patéticos les emocionaban profundamente. Carlier se aclaraba la garganta y decía con voz de soldado: «¡Qué absurdo!». Kayerts, con sus ojos redondos llenos de lágrimas y sus gruesas mejillas temblorosas, se frotaba su calva cabeza y afirmaba: «Es un libro espléndido. No tenía ni idea que hubiera tipos tan listos en el mundo». También encontraron unos viejos números de un periódico de la metrópoli. Trataban de lo que se había dado en llamar «Nuestra expansión colonial» en un lenguaje altisonante. Hablaba abundantemente de los derechos y deberes de la civilización, de lo sagrado de la obra civilizadora, y ensalzaba los méritos de los hombres que iban por el mundo llevando la luz, la fe y el comercio hasta los más oscuros rincones de la tierra. Carlier y Kayerts lo leyeron, reflexionaron y comenzaron a pensar mejor de sí mismos. Carlier dijo una tarde, moviendo una mano: —Dentro de cien años tal vez haya aquí una ciudad. Muelles, almacenes y barracas, y... y... quizá salones de billar. La civilización, muchacho, la virtud y todo eso. ¡Y luego la gente se enterará de que dos buenos tipos, Kayerts y Carlier, fueron los primeros hombres civilizados que vivieron en este lugar!

Kayerts asintió con la cabeza:

—Sí, y es consolador pensarlo.

Parecían haber olvidado a su difunto predecesor; pero un día Carlier salió temprano y colocó firmemente la cruz.

—Me hacía bizquear cada vez que tenía que pasar por ahí —explicó a Carlier mientras tomaban el café de la mañana—. Me hacía bizquear por estar tan inclinada. Así que la puse recta. ¡Y firme, te lo aseguro! Me apoyé con las dos manos sobre el travesaño. No se movió. Lo hice estupendamente.

A veces iba a visitarles Gobila. Gobila era el jefe de una de las aldeas de la vecindad. Era un salvaje de cabellos canosos, delgado y negro, con un taparrabos blanco y una sucia piel de pantera colgada de la espalda. Llegaba dando grandes zancadas con sus piernas esqueléticas y blandiendo un bastón tan alto como él, entraba en la sala de estar de la estación y se ponía en cuclillas a la izquierda de la puerta. Se quedaba allí, mirando a Kayerts, y de vez en cuando echaba un discurso

que el otro no entendía en absoluto. Kayerts, sin abandonar sus ocupaciones, le decía de vez en cuando amistosamente: «¿Qué tal te va, ilustre?», y se sonreían mutuamente. A los dos blancos les caía bien aquella vieja e incomprensible criatura y le llamaban padre Gobila. El estilo de Gobila era paternal y parecía realmente querer a todos los blancos. Le parecían todos jóvenes e imposibles de distinguir (excepto en estatura) y sabía que todos eran hermanos y además inmortales. La muerte del artista, que fue el primer hombre blanco que conoció íntimamente, no alteró en absoluto su creencia, porque estaba firmemente convencido de que el extranjero había fingido morir para que le enterraran con algún propósito misterioso, sobre el cual era inútil inquirir. ¿Sería tal vez su forma de volver a casa, a su país? De todos modos, aquéllos eran sus hermanos y les transfirió su absurdo afecto. Ellos le correspondían a su manera. Carlier le daba palmadas y encendía cerillas sin descanso para entretenerle. Kayerts le dejaba siempre olfatear la botella de amoníaco. En resumen, se comportaban igual que aquella otra criatura blanca que se había escondido en el agujero de la tierra. Gobila les contemplaba atentamente. Tal vez fueran el mismo ser que el otro, o lo era uno de los dos. No podía decidir, resolver el misterio, pero continuó mostrándose siempre muy amistoso. Como consecuencia de esa amistad las mujeres de la aldea de Gobila marchaban en fila india entre las cañas, llevando todas las mañanas a la factoría aves, boniatos, vino de palma y a veces una cabra. La Compañía nunca abastecía suficientemente a las factorías y los agentes necesitaban esas provisiones locales para vivir. Las conseguían gracias a la buena voluntad de Gobila y vivían bien. De vez en cuando uno tenía un ataque de fiebre y el otro le cuidaba con devoción. No se preocupaban mucho. Las fiebres les debilitaban y su aspecto era cada vez peor. Carlier tenía los ojos hundidos y estaba irritable. Kayerts tenía un rostro fofo y ojeroso sobre la rotundidad de su estómago, lo cual le daba un aspecto sumamente extraño. Pero como estaban siempre juntos, no se daban cuenta del cambio que empezó a producirse en su aspecto y en su comportamiento.

Pasaron cinco meses de esa manera.

Luego, una mañana, cuando Kayerts y Carlier estaban repantigados en sus sillones en la galería, hablando de la próxima visita del vapor, un grupo de hombres armados salió del bosque y avanzó hacia la factoría. No eran de aquella parte del país. Eran altos, delgados e iban vestidos de modo clásico con telas azules con flecos, que les llegaban hasta los talones, y llevaban mosquetes de percusión sobre sus espaldas desnudas y rectas. Makola dio muestras de excitación y salió corriendo del almacén (donde pasaba todo el día) para saludar a los visitantes. Entraron en el patio y miraron en torno suyo con miradas serenas y despectivas. Su jefe, un negro fuerte y decidido de ojos inyectados en sangre, se puso frente a la galería y echó un largo discurso. Gesticuló mucho y luego cesó de pronto.

Había algo en su entonación, en el sonido de las largas frases que empleó, que

asombró a los dos blancos. Era como la reminiscencia de algo no exactamente familiar y, sin embargo, en cierto modo parecido al habla de las gentes civilizadas. Sonaba como uno de esos imposibles idiomas que a veces escuchamos en nuestros sueños.

—¿Qué lengua es ésta? —preguntó estupefacto Carlier—. Al principio creí que el tipo iba a hablar en francés. De todos modos, es una especie de guirigay distinto al que oímos por aquí.

—Sí —replicó Kayerts—. Oye, Makola, ¿qué dice? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?

Pero Makola, que parecía estar sobre ascuas, contestó apresuradamente:

—No lo sé. Vienen de muy lejos. Tal vez los entienda la señora Price, tal vez sean hombres malos.

El jefe, después de esperar un rato, dijo algo a Makola, que sacudió la cabeza. Luego el hombre miró en torno suyo, vio la choza de Makola y se fue hacia ella. Poco después se escuchaba a la señora Makola hablando con gran volubilidad. Los otros forasteros —eran seis en total— se pusieron a pasear tan tranquilos, asomaron sus cabezas por las puertas del almacén, se congregaron en torno a la fosa señalando con comprensión la cruz y en general se portaron como si estuvieran en su casa.

—No me gustan estos tipos y te digo, Kayerts, que deben de venir de la costa: llevan armas de fuego —observó el sagaz Carlier.

A Kayerts tampoco le gustaban. Los dos se dieron cuenta por primera vez de que vivían en unas condiciones en las que lo inusual podía ser peligroso, y no había poder alguno en la tierra, excepto ellos mismos, que se interpusiera entre los dos y lo inusitado. Se sintieron incómodos, entraron en casa y cargaron sus revólveres. Kayerts dijo:

—Debemos ordenar a Makola que les diga que se marchen antes de que oscurezca.

Los forasteros se marcharon por la tarde, después de comer una comida preparada para ellos por la señora Makola. La inmensa mujer estaba excitada y hablaba mucho con los visitantes. Charlaban hasta por los codos con voz muy aguda, señalando aquí y allá hacia el bosque y el río. Makola estaba sentado aparte y miraba. De vez en cuando se levantaba y susurraba algo a su esposa. Acompañó a los forasteros por la hondonada de la parte de atrás de la factoría y volvió lentamente y con aspecto pensativo. Cuando le preguntaron los blancos, estuvo muy raro; parecía no entender nada, haber olvidado el francés y hasta no saber hablar en absoluto. Carlier y Kayerts coincidieron en que el negro había bebido demasiado vino de palma.

Hablaron de mantener un turno de guardia, pero por la noche todo parecía tan tranquilo y pacífico que se retiraron como de costumbre. Toda la noche les molestó el ruido de los tambores en las aldeas. A un profundo y rápido redoble cercano seguía

otro más lejano; luego todo cesó. Pronto sonaron por aquí y allá breves llamadas, después se mezclaron todas, aumentaron, se hicieron más fuertes y sostenidas, se extendieron sobre el bosque, rodaron por la noche, ininterrumpidas e incesantes; lejos y cerca, como si la tierra entera se hubiera convertido en un inmenso tambor que sonaba sin parar haciendo un llamamiento al cielo. Y a través de aquel profundo y tremendo ruido se escuchaban gritos repentinos que semejaban trozos de canciones de un manicomio, altos y agudos en discordantes chorros de sonidos que parecían elevarse muy por encima de la tierra, y acabar con la paz que reinaba bajo las estrellas.

Carlier y Kayerts durmieron mal. A los dos les pareció oír disparos durante la noche, pero no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la dirección. Por la mañana Makola se había ido a algún sitio. Volvió alrededor del mediodía con uno de los forasteros del día anterior, y evitó todos los intentos de acercamiento de Kayerts; al parecer se había quedado sordo. Kayerts trataba de entender lo que pasaba. Carlier, que había estado pescando en la orilla, volvió y comentó mientras le enseñaba su pesca:

—Los negros parecen muy agitados; me gustaría saber qué ocurre. Vi unas quince canoas cruzando el río durante las dos horas en que estuve pescando.

Kayerts, preocupado, dijo:

—¿No te parece que Makola está muy raro hoy?

Carlier aconsejó:

—Mantén a los hombres reunidos por si hay problemas.

El director había dejado a diez hombres en la factoría. Aquella gente se había enrolado en la Compañía por seis meses (sin tener ni la menor idea de lo que era un mes y sólo una vaga noción del tiempo en general), pero llevaban sirviendo a la causa del progreso más de dos años.

Como pertenecían a una tribu de una zona muy distante de la tierra del dolor y la oscuridad, no se escapaban, dando por supuesto que serían asesinados por los habitantes del país por ser vagabundos extranjeros; y tenían razón. Vivían en chozas de paja en la ladera de un barranco cubierto de malezas, justo detrás de los edificios de la factoría. No eran felices; echaban de menos los conjuros festivos, las brujerías, los sacrificios humanos de su tierra: en ella tenían a sus padres, a sus hermanos, a sus hermanas, a los jefes admirados, a los magos respetados, a los amigos queridos y otros vínculos que se suponen humanos. Además, las raciones de arroz que les servía la Compañía no les sentaban bien, porque era un alimento desconocido en su tierra, al que no podían acostumbrarse. En consecuencia, se sentían enfermos y tristes. Si hubieran pertenecido a otra tribu, habrían decidido morir —porque nada hay más fácil para ciertos salvajes que el suicidio— y de esa forma se habrían evadido de las incomprensibles dificultades de la existencia. Pero como pertenecían a una tribu

guerrera, de dientes afilados, tenían más resistencia y seguían viviendo estúpidamente a pesar de las dificultades. Trabajaban muy poco y habían perdido su espléndido aspecto físico. Carlier y Kayerts los cuidaban asiduamente sin conseguir que se recuperaran. Todas las mañanas se les reunía y se les señalaban las diversas tareas — corte de hierba, construcción de cercas, talas de árboles, etc—, pero nadie en este mundo podía convencerles de que lo hicieran bien. En la práctica, los dos blancos tenían muy poco poder sobre ellos.

Por la tarde, Makola fue a la casa grande y se encontró a Kayerts mirando tres espesas columnas de humo que ascendían sobre los bosques.

—¿Qué es eso? —preguntó Kayerts.

—Unas aldeas ardiendo —respondió Makola, que parecía haber recuperado el juicio.

Luego dijo bruscamente:

—Tenemos muy poco marfil; seis meses de comercio malos. ¿Quiere usted más marfil?

—Sí —dijo Kayerts con impaciencia. Pensaba en lo bajos que serían los porcentajes.

—Los hombres que estuvieron aquí ayer son comerciantes de Luanda que tienen más marfil del que pueden llevar hasta sus aldeas. ¿Lo compro? Conozco su campamento.

—Por supuesto —dijo Kayerts—. ¿Qué son esos comerciantes?

—Malos tipos —dijo Makola con indiferencia—. Pelean con la gente y se llevan a las mujeres y a los niños. Son malos y tienen armas de fuego. Hay muchos desórdenes en todo el país. ¿Quiere usted marfil?

—Sí —dijo Kayerts.

Makola permaneció callado durante un rato. Luego dijo:

—Nuestros trabajadores no valen para nada —murmuró mirando en torno suyo—. En la factoría hay mucho desorden, señor. El director se quejará. Más vale encontrar mucho marfil, entonces no dirá nada.

—No puedo hacer nada; los hombres no trabajan —dijo Kayerts—. ¿Cuándo podrás conseguir el marfil?

—Muy pronto —dijo Makola—. Tal vez esta noche. Déjelo en mis manos y quédese en la casa, señor. Me parece que debería dar vino de palma a nuestros hombres para que bailen esta noche. Que se alegren. Trabajarán mejor mañana. Tenemos mucho vino de palma un poco agriado.

Kayerts dijo que sí y Makola llevó con sus propias manos las grandes calabazas a la puerta de su cabaña. Estuvieron allí hasta la noche y la señora Makola miró dentro de ellas una por una. Los hombres las encontraron a la puesta del sol. Cuando Kayerts y Carlier se retiraron, una gran hoguera comenzó a arder delante de las chozas de los

hombres. Oyeron sus gritos y el ruido de sus tambores. Algunos de la aldea de Gobila se habían unido a los de la estación y la fiesta fue todo un éxito.

A medianoche, Carlier se despertó repentinamente al oír gritar a un hombre; luego sonó un disparo. Sólo uno. Carlier salió corriendo y se encontró con Kayerts en la galería. Los dos estaban sobrecogidos. Al cruzar el patio para ir a llamar a Makola, vieron sombras moviéndose en la noche. Una de ellas gritó:

—¡No disparen! ¡Soy yo, Price!

Luego Makola apareció ante ellos.

—Vuelvan, vuelvan, por favor —les urgió—, van a estropearlo todo.

—Hay gente extraña aquí —dijo Carlier.

—No importa; lo sé —dijo Makola.

Luego susurró:

—Todo va bien. Traen el marfil. ¡No digan nada! Sé lo que hago.

Los dos hombres blancos volvieron de mala gana a la casa, pero no pudieron dormir. Oyeron pisadas, susurros y algunos gemidos. Parecía como si muchos hombres hubieran descargado objetos pesados en el suelo, se hubieran peleado durante un rato y finalmente marchado. Los dos blancos estaban tumbados en sus camas y pensaban: «Este Makola no tiene precio». Por la mañana Carlier salió con mucho sueño y tiró de la cuerda de la campana grande. Los trabajadores se reunían todas las mañanas al oír las campanadas. Aquella mañana no apareció nadie. Kayerts salió también, bostezando. Al otro lado del patio vieron a Makola salir de su choza con una palangana de estaño llena de agua jabonosa en las manos. Makola era un negro civilizado, muy cuidadoso de su persona. Le tiró el agua jabonosa encima a un desgraciado perro de color amarillento que tenía y volviéndose hacia la casa del agente gritó desde lejos:

—¡Todos los hombres se fueron anoche!

Lo entendieron perfectamente, pero en su sorpresa ambos gritaron a la vez: «¿Qué?». Luego se miraron el uno al otro.

—Nos hemos metido en un buen lío —gruñó Carlier.

—¡Es increíble! —murmuró Kayerts.

—Iré a las chozas para ver —dijo Carlier alejándose a zancadas. Cuando llegó Makola encontró a Kayerts solo.

—Casi no lo puedo creer —dijo Kayerts, lloroso—. Les cuidábamos como si hubieran sido nuestros hijos.

—Se marcharon con la gente de la costa —dijo Makola después de un momento de vacilación.

—¡Qué me importa con quién se hayan ido esos brutos desagradecidos! —exclamó el otro. Luego, mirando con una repentina sospecha y mirando duramente a Makola, añadió—: ¿Y tú qué sabes de todo eso?

Makola movió los hombros, mirando al suelo.

—¿Qué voy a saber? Yo sólo pienso. ¿Quiere venir a ver el marfil que tengo ahí? Es muy bueno. Nunca he visto nada mejor.

Se fue hacia el almacén. Kayerts le siguió de modo mecánico, pensando en la increíble deserción de los hombres. En el suelo, ante la puerta del fetiche, había seis espléndidos colmillos.

—¿Qué les diste a cambio? —preguntó Kayerts después de mirar con satisfacción el marfil.

—No fue un trato corriente —dijo Makola—. Trajeron el marfil y me lo dieron. Les dije que se llevaran lo que más les apeteciera de la factoría. Es un marfil estupendo. Ninguna estación tendrá colmillos como éstos. Los comerciantes necesitaban portadores y nuestros hombres no servían para nada. Ningún trato, ninguna entrada en los libros; todo correcto.

Kayerts casi estalló de indignación:

—¡Qué! —gritó—. Estoy seguro de que has vendido a nuestros hombres a cambio de los colmillos.

Makola permaneció impasible y silencioso.

—Yo..., yo... —tartamudeó Kayerts—. ¡Eres una fiera! —exclamó.

—Hice lo que más convenía a ustedes y a la Compañía —dijo Makola, imperturbable—. ¿Por qué grita tanto? Mire ese colmillo.

—¡Estás despedido! Te denunciaré, no miraré los colmillos. Y te prohíbo que los toques. Te ordeno que los tires al río. ¡Eres un..., un...!

—Está usted muy congestionado, señor Kayerts. Si se irrita tanto bajo el sol, cogerá la fiebre y morirá igual que el primer jefe —dijo Makola solemnemente.

Los dos permanecieron callados, contemplándose mutuamente con intensidad, como si estuvieran oteando con dificultad a través de una inmensa distancia. Kayerts se estremeció. Makola no quería decir más de lo que había dicho, ¡pero sus palabras le parecieron a Kayerts llenas de una ominosa amenaza! Se volvió bruscamente y se fue para casa. Makola se retiró a su choza; y los colmillos, desparramados ante la tienda, parecían muy grandes y valiosos bajo la luz del sol.

Carlier volvió a la galería.

—Se han ido todos, ¿no? —preguntó Kayerts desde el fondo de la habitación principal con voz apagada—. ¿No encontraste a nadie?

—Ah, sí —dijo Carlier—. Encontré a uno de los hombres de Gobila muerto ante las chozas, con un tiro en el cuerpo. Fue el disparo que oímos anoche.

Kayerts salió rápidamente. Encontró a su compañero mirando sombríamente a través del patio a los colmillos, a la tienda. Se sentaron un rato en silencio. Luego Kayerts contó la conversación con Makola. Carlier no dijo nada. A la hora del almuerzo, comieron muy poco. Aquel día apenas intercambiaron palabra. Un gran

silencio parecía pesar sobre la factoría y mantenía sus labios cerrados. Makola no abrió la tienda; se pasó el día jugando con sus hijos. Se tiró cuan largo era sobre una esterilla ante su puerta mientras sus hijos se sentaban sobre su pecho y gateaban sobre él. Era un cuadro conmovedor. La señora Makola estaba ocupada, cocinando todo el día, como siempre. Los blancos comieron un poco mejor por la tarde. Después Carlier, fumando su pipa, caminó lentamente hacia la tienda; permaneció largo tiempo al lado de los colmillos, tocó uno o dos con el pie, incluso intentó levantar el mayor por su extremo más fino. Volvió hacia adonde estaba su jefe, que no se había movido de la galería, se dejó caer en una silla y dijo:

—¡Ya entiendo! Fueron asaltados mientras dormían pesadamente tras beber aquel vino de palma que dejaste que les diera Makola. ¡Lo planearon de antemano! ¿Ves? Lo peor es que algunos hombres de Gobila estaban allí y se los llevaron también, no hay duda. El menos borracho se despertó y le pegaron un tiro por estar sobrio. ¡Qué extraño país! ¿Qué vas a hacer ahora?

—No podemos meternos, por supuesto —dijo Kayerts.

—Por supuesto que no —asintió Carlier.

—La esclavitud es una cosa horrible —balbuceó Kayerts con voz quebrada.

—Terrible, toda clase de sufrimientos —gruñó Carlier con convicción.

Creían en lo que decían. Todos muestran una respetuosa deferencia hacia ciertos sonidos que cada cual y sus iguales pueden emitir. Pero con respecto a los sentimientos nadie sabe nada. Hablamos con indignación o entusiasmo; hablamos de opresión, de crueldad, de crimen, de devoción, de sacrificio, de virtud y nada sabemos de lo que hay realmente tras estas palabras. Nadie sabe lo que significa el sufrimiento o el sacrificio, excepto quizá las víctimas de la misteriosa intención de esas ilusiones.

A la mañana siguiente vieron a Makola muy ocupado montando en el patio las grandes básculas que se empleaban para pesar el marfil. Poco después dijo Carlier:

—¿Qué va a hacer ese sucio canalla? —y salió lentamente hacia el patio.

Kayerts le siguió. Se quedaron mirando. Makola no les hizo caso. Cuando la báscula estuvo equilibrada, intentó colocar un colmillo sobre ella. Era demasiado pesado. Levantó la vista desamparadamente, sin decir ni una palabra, y durante un minuto permanecieron en torno a la báscula, mudos y quietos como tres estatuas. De repente Carlier dijo:

—Cógelo por el otro lado, Makola, ¡pedazo de bestia! —y entre los dos lo levantaron. Kayerts temblaba de pies a cabeza.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró, y metiendo una mano en el bolsillo encontró un sucio pedazo de papel y un trozo de lápiz. Dio la espalda a los otros como si fuera a hacer alguna trampa y anotó furtivamente los precios que Carlier le gritó con voz demasiado alta. Cuando todo terminó, Makola susurró para sí: «Hay demasiado sol

aquí para los colmillos». Carlier le dijo a Kayerts en tono descuidado:

—Oye, jefe, sería mejor que le ayudara a llevar todo esto a la tienda.

Mientras volvían a la casa, Kayerts comentó suspirando:

—Había que hacerlo.

Y Carlier dijo:

—Es deplorable, pero como los hombres eran de la Compañía, el marfil es de la Compañía. Tenemos que cuidar de él.

—Por supuesto, informaré al director —dijo Kayerts.

—Por supuesto; es él quien debe decidir —aprobó Carlier.

A mediodía comieron con abundancia. Kayerts suspiraba de vez en cuando. Cuando mencionaban el nombre de Makola siempre añadían un epíteto de oprobio. Así tranquilizaban sus conciencias. Makola se tomó medio día de vacaciones y bañó a sus hijos en el río. Nadie perteneciente a las aldeas de Gobila se acercó aquella jornada a la factoría. Nadie apareció al día siguiente, ni al otro, ni durante una semana entera. Las gentes de Gobila podían estar muertas y enterradas, a juzgar por las señales de vida que daban. Pero únicamente estaban de luto por los hombres que habían perdido debido a la brujería de los blancos, que habían traído mala gente al país. La mala gente se había ido, pero el miedo continuaba. El miedo siempre permanece. Un hombre puede destruir todo lo que hay en su interior, el amor, el odio, las creencias e incluso la duda, pero mientras se aferra a la vida no puede destruir el miedo; el miedo, sutil, indestructible y terrible, que invade todo su ser; que impregna sus pensamientos; que ronda en su corazón; que observa en sus labios la lucha del último aliento. El miedo movió al manso anciano Gobila a ofrecer más sacrificios humanos a los Espíritus Malignos que se habían apoderado de sus amigos blancos. Su corazón estaba lleno de angustia. Algunos guerreros hablaban de matar y quemar, pero el precavido anciano salvaje los disuadió. ¿Quién podía prever las calamidades que esas misteriosas criaturas podían provocar si se irritaban? Debían dejarlas en paz. Tal vez con el tiempo desaparecerían bajo la tierra como había pasado con el primero. Sus gentes tenían que permanecer lejos de los blancos y esperar mejores tiempos.

Kayerts y Carlier no desaparecieron, sino que siguieron sobre la tierra que empezaron a imaginar más grande y más vacía. No era tanto la absoluta y muda soledad del puesto lo que les impresionaba como un inexpresado sentimiento de que algo en ellos se había esfumado, algo que les había dado seguridad y había impedido que la selva se apoderara de sus corazones. Las imágenes de la patria, el recuerdo de hombres como ellos, de hombres que pensaban y sentían de su misma manera, retrocedieron a distancias que el brillo de un sol sin nubes hacía imposible de distinguir. Y desde el gran silencio de la selva que les rodeaba, su desesperanza y salvajismo parecía que se acercaba, los arrastraba suavemente, los contemplaba, los envolvía con una solicitud irresistible, familiar y repulsiva.

Los días se prolongaron en semanas; luego, en meses. Los de la aldea de Gobila tocaban tambores y gritaban a la luna nueva como antes, pero seguían sin acercarse a la factoría. Makola y Carlier intentaron una vez, en canoa, volver a establecer la comunicación, pero fueron recibidos por una lluvia de flechas y tuvieron que volver al puesto volando para salvar sus vidas. Aquel intento provocó en el territorio de arriba y abajo del río un alboroto que se pudo oír durante días. El vapor se retrasaba. Al principio hablaron despreocupadamente del retraso, luego con ansiedad, después sombríamente. El asunto se había vuelto muy serio. Los víveres escaseaban. Carlier lanzaba el sedal en la orilla, pero el río estaba bajo y no había peces en la corriente. No se atrevían a alejarse mucho de la factoría para cazar. Además tampoco había caza en el bosque impenetrable. Una vez Carlier mató a un hipopótamo en el río. No tenían ningún bote para recogerlo y se hundió. Cuando volvió a la superficie, fue lejos y las gentes de Gobila se apoderaron del cadáver. Fue ocasión para una fiesta nacional, pero Carlier tuvo un ataque de rabia y dijo que era necesario exterminar a todos los negros para que el país fuera habitable. Kayerts vagaba silenciosamente, sin rumbo; se pasaba horas mirando el retrato de su Melie. Era una chiquilla de largas trenzas descoloridas y rostro ligeramente agrio. Kayerts tenía las piernas hinchadas y apenas podía caminar. Carlier, debilitado por la fiebre, ya no podía andar contoneándose, sino que se tambaleaba con aire de no importarle nada, como convenía a un hombre que se acordaba de su maravilloso regimiento. Estaba ronco y se había vuelto sarcástico y proclive a decir cosas desagradables. Según él, «hablaba con franqueza». Hacía mucho tiempo que había calculado sus porcentajes en el comercio, incluyendo el último trato de «ese infame de Makola». Había decidido también no hablar del asunto. Kayerts dudó al principio, tenía miedo del director.

—Ha visto cosas peores a las calladas —sostenía Carlier riéndose con ronca carcajada; Confía en él! No te lo va a agradecer si le dices la verdad. No es mejor persona que tú o que yo. ¿Y quién va a hablar si nosotros cerramos la boca? Aquí no hay nadie.

¡En eso radicaba el problema! No había nadie, y como estaban a solas con su debilidad se fueron convirtiendo cada vez más en un par de cómplices en vez de un par de amigos íntimos. Todas las noches decían: «Mañana aparecerá el vapor». Pero uno de los vapores de la Compañía había naufragado y el director estaba ocupado, visitando factorías muy distantes e importantes en el río principal. Creía que aquella era inútil y que los inútiles que en ella estaban podían esperar. Entre tanto, Kayerts y Carlier se mantenían comiendo arroz hervido sin sal y maldecían a la Compañía, a toda África y el día en que nacieron. Hay que haber vivido con semejante dieta para conocer el espantoso problema en que se convierte la necesidad de tragar comida. Literalmente no había en la estación más que arroz y café; bebían el café sin azúcar. Los quince últimos terrones los había guardado Kayerts bajo llave, encerrado

solemnemente, en una caja junto con media botella de coñac «para caso de enfermedad», según explicó. Carlier se mostró de acuerdo.

—Cuando se está enfermo —dijo—, cualquier extra viene bien.

Esperaban. La maleza empezó a crecer en el patio. Ya no sonaba la campana. Los días pasaban silenciosos, exasperantes y lentos. Cuando los dos hombres se hablaban, regañaban; y sus silencios eran amargos, como si estuvieran teñidos por la amargura de sus pensamientos. Un día, tras una comida de arroz hervido, Carlier tomó su café y lo dejó sin probarlo, diciendo:

—¡Maldita sea, vamos a tomar un café decente por una vez! ¡Saca el azúcar, Kayerts!

—Es para los enfermos —murmuró Kayerts sin levantar la vista.

—¡Para los enfermos! —se burló Carlier—. ¡Tonterías!... ¡Muy bien, yo estoy enfermo!

—Estás tan enfermo como yo y no lo voy a tocar —dijo Kayerts en tono pacífico.

—¡Venga, saca el azúcar, avaro, viejo traficante de esclavos!

Kayerts levantó la vista con rapidez. Carlier le sonreía con marcada insolencia. Y de pronto a Kayerts le pareció que nunca hasta entonces había visto a aquel hombre. ¿Quién era? No sabía nada de él. ¿De qué era capaz? Sintió en su interior un súbito estallido de violenta emoción, como si se encontrara en presencia de algo inimaginable, peligroso y definitivo.

Sin perder la compostura, consiguió decir:

—La broma es de muy mal gusto. No la repitas.

—¡La broma! —dijo Carlier inclinándose hacia adelante en su asiento—. Tengo hambre, estoy enfermo y no estoy bromeando. Odio a los hipócritas. Eres un hipócrita. Eres un traficante de esclavos. Yo soy un traficante de esclavos. No hay más que traficantes de esclavos en este maldito país. ¡Y, por supuesto, hoy pienso tomar azúcar con el café!

—Te prohíbo hablarme de ese modo —dijo Kayerts con cierta decisión.

—¿Tú? ¿Qué dices? —gritó Carlier y se puso en pie de un salto.

Kayerts se puso en pie también.

—Soy tu jefe... —comenzó a decir, intentando dominar el temblor de su voz.

—¿Qué dices? —chilló el otro—. ¿Jefe de quién? Aquí no hay jefes. No hay nada. Nada salvo tú y yo. Saca el azúcar, asno barrigudo.

—¡Cállate la boca y sal de esta habitación! —gritó Kayerts—. ¡Quedas despedido, miserable!

Carlier blandió un taburete. De repente se puso peligrosamente serio.

—¡Fofa, civil inútil, toma! —aulló.

Kayerts se escondió bajo la mesa y el taburete pegó contra el tabique de hierba de la habitación. Luego, mientras Carlier intentaba dar la vuelta a la mesa, Kayerts,

desesperado, le embistió a ciegas, con la cabeza baja, como un jabalí acosado, y derribando a su amigo corrió enloquecido a lo largo de la galería y se metió en su habitación. Cerró la puerta con llave, tomó su revólver y se quedó allí, jadeante. No había pasado ni un minuto cuando Carlier ya pegaba furiosas patadas en la puerta mientras aullaba:

—Si no sacas el azúcar te voy a pegar un tiro como a un perro. Ahora, uno, dos, tres. ¿No lo vas a hacer? Te voy a enseñar quién es el amo aquí.

Kayerts, creyendo que la puerta se venía abajo, escapó por un agujero cuadrado que hacía las veces de ventana. Les separaba la anchura de la casa. Pero al parecer el otro no tenía fuerzas suficientes para derribar la puerta y Kayerts le oyó correr. Luego comenzó a correr él también penosamente con sus piernas hinchadas. Corrió todo lo rápido que pudo con el revólver en la mano e incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. Vio sucesivamente la casa de Makola, la tienda, el río, el barranco y el monte bajo; y volvió a verlos cuando dio una segunda vuelta corriendo a la casa. Y corriendo con toda rapidez los vio una vez más. Esa misma mañana no habría podido caminar ni una yarda sin resoplar.

Y ahora corrió. Corrió con la suficiente rapidez como para apartarse de la vista del otro hombre.

Luego, cuando débil y desesperado pensaba: «Antes de que termine la próxima vuelta moriré», escuchó al otro hombre tropezar pesadamente y luego detenerse. También él se detuvo. Estaba en la parte trasera de la casa y Carlier ante la fachada, como antes. Le escuchó dejarse caer en un sillón maldiciendo y de pronto sus piernas cedieron y se deslizó, sentándose contra la pared. Su boca estaba seca como la ceniza y su rostro, húmedo de sudor y de lágrimas. ¿Qué pasaba? Pensó que todo era una horrible ilusión; creyó estar soñando, que iba a volverse loco. Después de un rato volvió en sí. ¿Por qué habían reñido? ¡Por el azúcar! ¡Qué absurdo! Se lo daría, no lo quería para nada. Y empezó a incorporarse con un repentino sentimiento de seguridad. Pero antes de incorporarse del todo tuvo un destello de sentido común, que le llenó de nuevo de desesperación. Pensó: «Si cedo ahora ante ese animal de soldado, el horror recomenzará mañana y al día siguiente y todos los días, cada vez tendrá más pretensiones, me pisará, me torturará, me convertiré en su esclavo, ¡estaré perdido! ¡Perdido! El vapor puede tardar días, tal vez no llegue nunca». Tuvo un temblor tan fuerte que se vio obligado a sentarse de nuevo. Se estremeció, desesperado. Sintió que no podía moverse y que tampoco se movería ya más. Estaba completamente obsesionado por la súbita percepción de que nada tenía sentido, de que en aquellos momentos tanto la vida como la muerte se habían convertido en algo igualmente difícil y terrible.

En seguida oyó que el otro tiraba su sillón; se levantó de un salto con extrema facilidad. Escuchó y se sintió confuso. ¡Tengo que correr otra vez! ¿Hacia la derecha

o hacia la izquierda? Oyó pasos. Echó a correr hacia la izquierda, empuñando el revólver, y en ese mismo instante, o así le pareció, chocaron violentamente. Los dos gritaron sorprendidos. Se produjo una ruidosa explosión entre ambos, una llamarada de fuego rojo y humo espeso; y Kayerts, ensordecido y cegado, se volvió apresuradamente pensando: «Me ha dado, todo ha terminado». Esperaba que el otro se le acercara para gozar de su agonía. Se agarró a un montante del tejado: «¡Todo ha terminado!». Luego escuchó una estrepitosa caída en el otro lado de la casa, como si alguien hubiera caído de cabeza sobre una silla; luego, silencio. No pasó nada más. No murió. Sólo sentía como si su hombro se hubiera dislocado. Había perdido el revólver. ¡Estaba desarmado y desesperado! Esperó su fin. El otro hombre no hacía ruido alguno. Era una estratagema. ¡Estaba acechando! Pero ¿por qué lado? ¡Quizá estuviera apuntándole en ese mismo instante!

Después de unos momentos de horrible y absurda agonía decidió ir al encuentro de su destino. Estaba dispuesto a rendirse. Dio la vuelta a la esquina, apoyando la mano en la pared para tranquilizarse, dio unos pasos y casi cayó desmayado. Había visto en el suelo, sobresaliendo de la otra esquina, un par de pies vueltos hacia arriba. Un par de pies blancos, desnudos, calzados con zapatillas rojas. Se sintió mortalmente enfermo y durante un momento permaneció en una profunda oscuridad. Luego, Makola apareció ante él diciendo tranquilamente:

—¡Venga, señor Kayerts! ¡Está muerto!

Estalló en lágrimas de gratitud; un ruidoso ataque de llanto. Al cabo de un rato se encontró sentado en una silla mirando a Carlier, que yacía de espaldas. Makola estaba de rodillas al lado del cuerpo.

—¿Es éste su revólver? —preguntó Makola levantándose.

—Sí —dijo Kayerts. Luego, con rapidez—: ¡Corría detrás de mí para dispararme, tú lo viste!

—Sí, lo vi —dijo Makola—. Solamente hay un revólver; ¿dónde está el de él?

—No lo sé —susurró Kayerts, con una voz que de pronto se tornó muy débil.

—Iré a buscarlo —dijo el otro suavemente.

Dio la vuelta a la galería mientras Kayerts permanecía sentado mirando el cuerpo. Makola volvió con las manos vacías, quedó sumido en sus pensamientos, luego entró tranquilamente en la habitación del muerto y salió con un revólver que enseñó a Kayerts. Kayerts cerró los ojos. Todo empezó a girar en torno suyo. La vida era ahora más difícil y más terrible que la muerte. Había matado a un hombre desarmado.

Después de meditar un rato, Makola dijo suavemente, señalando al muerto que yacía con el ojo derecho reventado:

—Murió de fiebre.

Kayerts le miró sin expresión.

—Sí —repitió Makola pensativamente, pasando por encima del cuerpo—. Creo

que murió de fiebre. Lo enterraremos mañana.

Y se fue lentamente hacia su esposa, que lo estaba esperando, dejando a solas a los dos hombres blancos en la galería.

Llegó la noche y Kayerts se sentó inmóvil en su sillón. Se sentía tranquilo, como si hubiera tomado una dosis de opio. La violencia de las emociones que había experimentado le producía una sensación de agotada serenidad. Había vivido en una corta tarde todas las profundidades del horror y de la desesperación y ahora había encontrado el reposo en la convicción de que la vida ya no tenía secretos para él: ¡ni tampoco la muerte! Se sentó junto al cadáver, pensando; pensaba intensamente, le sobrevenían nuevos pensamientos. Le parecía que se había desprendido de sí mismo por completo. Sus antiguos pensamientos, convicciones, gustos y antipatías, las cosas que respetaba y las que aborrecía se le presentaban ahora bajo su verdadera luz. Parecían despreciables e infantiles, falsas y ridículas. Se sentía a gusto con su nueva sabiduría, sentado junto al hombre que había matado. Discutía consigo mismo sobre todas las cosas que había bajo el cielo, con esa especie de extraviada lucidez propia de algunos lunáticos. De paso reflexionó que, de todos modos, el muerto era una bestia dañina; que diariamente se morían miles de personas, tal vez centenares de miles —¿quién podía saberlo?—, y que en esa cantidad una muerte más no importaba; no tenía importancia, al menos para una criatura capaz de pensar. Él, Kayerts, era una criatura capaz de pensar. Hasta aquel momento de su vida había creído muchos absurdos, como el resto de la Humanidad, formada por tontos; ¡pero ahora podía pensar! ¡Se sentía en paz; conocía bien la filosofía más elevada! Luego intentó imaginarse muerto y a Carlier sentado en su sillón, contemplándole; y lo consiguió de tal forma que en pocos instantes ya no supo quién estaba muerto y quién estaba vivo. Esa extraordinaria conquista de su imaginación, sin embargo, le dejó estupefacto y tuvo que hacer un complicado y oportuno esfuerzo mental para salvarse a tiempo de convertirse en Carlier. Su corazón palpité y sintió calor en todo su cuerpo pensando en el peligro pasado. ¡Carlier! ¡Qué cosa más bruta! Para tranquilizar sus excitados nervios —¡no era sorprendente que estuvieran así!— intentó silbar un poco. De pronto se quedó dormido o, al menos, creyó dormir; pero había niebla y alguien había silbado en aquella niebla.

Se incorporó. Era de día y una pesada bruma había descendido sobre la tierra; una bruma penetrante, envolvente y silenciosa; la bruma matinal de las tierras tropicales; la bruma que se pega y que mata; la bruma blanca y mortífera, inmaculada y venenosa. Se puso en pie, miró al cadáver y alzó los brazos dando un grito como el de un hombre que, al despertarse de un trance, se encuentra para siempre en una tumba.

—¡Socorro, Dios mío!

Un alarido inhumano, vibrante y repentino, atravesó como un afilado dardo la blanca mortaja de aquel país de tristeza. Le siguieron tres chillidos cortos e

impacientes, y luego, durante un rato, las coronas de niebla siguieron rodando tranquilas en el formidable silencio. Siguieron luego muchos más chillidos rápidos y penetrantes, como los gritos de alguna exasperada y despiadada criatura, que desgarraron el aire. El progreso llamaba a Kayerts desde el río. El progreso, la civilización y todas las virtudes. La sociedad llamaba a su hijo ya formado para que fuera, para que lo atendieran, lo instruyeran, lo juzgaran, lo condenaran; le llamaba para que volviera a aquel montón de basura que había dejado atrás, para que se hiciera justicia.

Kayerts escuchó y entendió. Bajó tambaleándose de la galería, dejando al otro hombre completamente solo por primera vez desde que les habían arrojado allí a los dos juntos. Marchó a tientas en la niebla, clamando en su ignorancia al cielo invisible para que deshiciera su obra. Makola pasó rápidamente entre la bruma, gritándole mientras corría:

—¡El vapor! ¡El vapor! No pueden ver. Están llamando a la factoría. Voy a tocar la campana. Baje al embarcadero, señor. Yo tocaré.

Desapareció. Kayerts permaneció quieto. Miró hacia arriba; la niebla rodaba baja, por encima de su cabeza. Miró en torno suyo como un hombre perdido; vio una mancha oscura, una mancha en forma de cruz emergiendo entre la cambiante pureza de la bruma. Empezó a caminar tambaleándose hacia ella, mientras la campana de la estación, con sus tumultuosos repiques, respondía al impaciente clamor del vapor.

El director gerente de la Gran Compañía Civilizadora (ya sabemos que la civilización sigue al comercio) desembarcó el primero y sin detenerse dejó atrás al vapor. La niebla río abajo era cada vez más densa; arriba de la estación la campana sonaba incesante y bronca.

El director gritó en voz alta al vapor:

—No ha bajado nadie a recibirnos; tal vez haya pasado algo, aunque suena la campana. ¡Es mejor que vengan también!

Y empezó a subir trabajosamente por la empinada orilla. El capitán y el maquinista del vapor subieron tras él. Mientras subían, la niebla comenzó a disiparse y pudieron ver al director a buena distancia. De pronto le vieron caminar más aprisa, llamándolos por encima del hombro:

—¡Corran! ¡Hacia la casa! He encontrado a uno de ellos. ¡Corran y busquen al otro!

¡Había encontrado a uno de ellos! Y hasta un hombre como él, de variadas y desagradables experiencias, se sintió un tanto descompuesto por el encuentro. Se quedó en pie y buscó afanosamente en sus bolsillos una navaja mientras miraba a Kayerts, que estaba colgado por una cuerda de cuero de la cruz. Evidentemente, había subido a la tumba, que era alta y estrecha, y después de atar el extremo de la correa al travesaño, se había dejado caer. Los dedos de sus pies estaban a sólo unas pulgadas

de la tierra; sus brazos colgaban, tiesos; parecía estar rígidamente cuadrado en posición de firmes, pero con una mejilla de color púrpura juguetonamente posada sobre su hombro. Y, con indolencia, mostraba su hinchada lengua al director gerente.



JOSEPH CONRAD. Escritor británico de origen polaco, nació en Berdyczów el 3 de diciembre de 1857. Debido a la profundidad de su obra, en la que analiza los rincones más débiles y oscuros del alma humana, está considerado uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XIX.

Conrad nació en el seno de una familia noble, muy activa dentro de los movimientos nacionalista polacos, algo que supuso su exilio tras la insurrección polaca de 1863. Tras quedar huérfano marchó a Marsella donde, a los 17 años, se enroló como marinero en un barco mercante.

De sus experiencias como marino por las costas de Sudamérica, India o África se nutren muchos de sus posteriores relatos, así como de sus vivencias durante las Guerras Carlistas en España, en las que participó en el bando carlista.

Nacionalizado inglés tras varios años enrolado en la Royal Navy decidió retirarse a los 38 años para dedicarse de manera íntegra a la escritura. Comenzó a escribir en inglés, cuya escritura no dominaba al principio tan bien como el polaco o el francés.

Es importante su visita al Congo Belga en 1888, donde constató las atrocidades cometidas sobre la población indígena, algo que sentaría las bases de una de sus novelas más famosas, *El corazón de las tinieblas*. Conrad también escribió algunos de los clásicos más memorables de la novela de aventuras, como *Lord Jim* o *Un vagabundo en las islas*.

Su estilo, a medio camino entre la tradición clásica y el nuevo modernismo, que más tarde reinaría en Europa, está también influenciado por el romanticismo pese a

tratar sus relatos con una gran dosis de realismo.

Joseph Conrad murió en Bishopsbourne, el 3 de agosto de 1924.

Notas

[1] En castellano en el original, al igual que las otras palabras de este relato que figuran en cursiva. (*N. de los T.*) <<

[2] Se supone que la horca se convierte en viuda del último criminal ejecutado y espera a otro. (*N. de los T.*) <<